



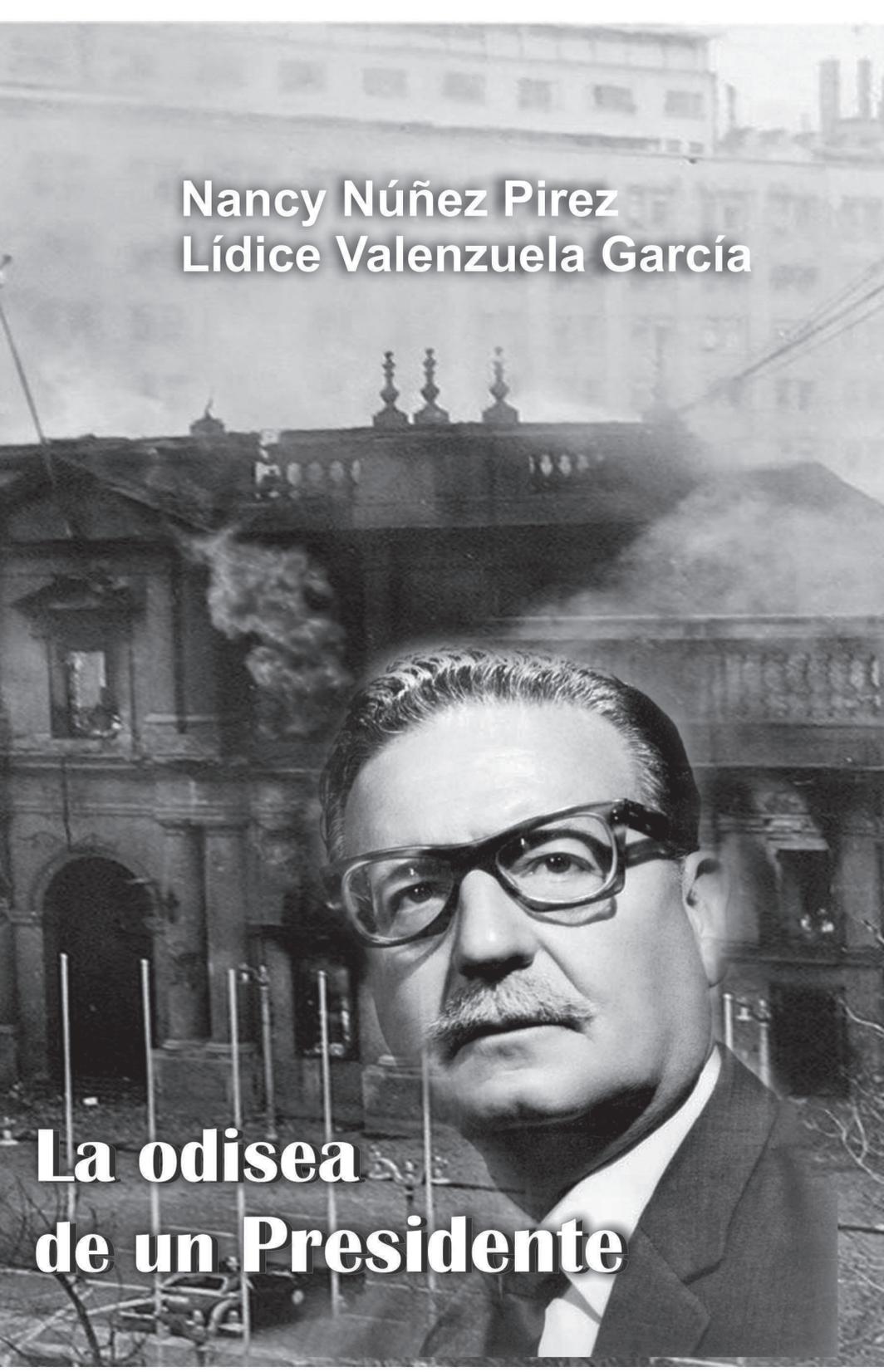


**Chile 1970-1973**

**La odisea de un presidente**

**Nancy Núñez y Lídice Valenzuela**





**Nancy Núñez Pirez  
Lídice Valenzuela García**

**La odisea  
de un Presidente**

Edición: *Lídice Valenzuela García*  
Diseño de cubierta e interior: *Bárbara Valdés Carballido*  
Corrección: *Magda Dot Rodríguez, Ana Luisa Acevedo Hernández y Yuliet Caballero López*  
Revisión técnica: *Sarai Rodríguez Liranza*  
Fotos: Internet y cortesía de las autoras  
Cuidado de la edición: *Tte. cor. Ana Dayamín Montero Díaz y Tte. cor. Xenia Rey Hernández*

© Nancy Núñez Pirez y Lídice Valenzuela García, 2023  
© Sobre la presente edición:  
Casa Editorial Verde Olivo, 2023

ISBN: 978-959-224-669-0  
978-959-224-670-6

El contenido de la presente obra fue valorado por la Oficina del Historiador de las FAR.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en ningún soporte sin la autorización por escrito de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo  
Avenida de Independencia y San Pedro  
Apartado 6916. CP 10600  
Plaza de la Revolución, La Habana  
volivo@unicom.co.cu  
www.verdeolivo.cu

*A Salvador Allende Gossens, Fidel Castro Ruz;  
a los héroes y mártires del pueblo chileno durante  
la dictadura de Augusto Pinochet, y  
a las cubanas y cubanos que colaboraron con el  
gobierno de la Unidad Popular*



Al Dr. Armando Hart Dávalos, entonces director de la Oficina del Programa de Estudios Martianos, ya fallecido.

A los exembajadores de la República de Cuba Juan Carretero Ibáñez, por su colaboración y asesoría, y Ulises Estrada Lescaille.

Luis Fernández Oña, ministro consejero en Chile.

Michael Vázquez Montes de Oca, consejero comercial.

Nelly Cubillas Pino, especialista en Comercio Exterior; y a todos aquellos que contribuyeron a la realización de esta obra.



## Prólogo

*Una vez leído Chile 70-73 La odisea de un presidente cuyos originales gentilmente me facilitaron sus acuciosas autoras —las compañeras periodistas Lídice Valenzuela y Nancy Núñez— y habiendo tenido acceso a otros textos de diferente factura que recogen de una forma u otra aquellos acontecimientos chilenos, especialmente los dramáticos momentos finales de la existencia física de Salvador Allende, no hay dudas de que la investigación realizada y aparecida en esta obra, así como su forma de presentación literaria, permiten calificarla como la realización exitosa de una tarea pendiente.*

*Tanto los once capítulos que dividen la obra como los anexos que los acompañan, contribuyen a dar una visión de conjunto lo más integral posible, de la etapa histórica de Chile, de América Latina y del mundo que sirvió de escenario a aquella epopeya precursora, fundamentalmente a la inolvidable personalidad de Salvador Allende, un héroe fundacional del cambio de época que hoy vive la Patria Grande.*

*De particular interés y por vez primera ven la luz diversos aspectos relacionados con los estrechos lazos de amistad y solidaridad de las fuerzas de izquierda chilenas con la Revolución Cubana —en especial entre el presidente Allende y Fidel— plenas de hermandad, cariño y afecto aun en los momentos más difíciles.*

*Chile 70-73 La odisea de un presidente ha de leerse no solo como ayuda para revivir un importante capítulo de la memoria histórica latinoamericana, sino también como oportunidad para profundizar y extraer las experiencias más valiosas y las lecciones que se consideren más útiles para las luchas populares, democráticas, socialistas y de liberación de Nuestra América, en medio de las nuevas y cambiantes condiciones históricas.*

*En el detallado recuento de mucho de lo que allí ocurrió entre 1970 y 1973, incluidos sucesos hasta ahora públicamente desconocidos, y en la proyección incluso más íntima de la personalidad de aquella figura gigante y eterna que fue Salvador Allende, radica el valioso y oportuno aporte de este libro.*

*Como ya hemos dicho, sus autoras y más cercanos colaboradores deben recibir el reconocimiento de todos los que —como yo— hemos tenido en esta obra la ocasión de ampliar conocimientos valiosos, enseñanzas oportunas y ejemplos impercederos.*

ARMANDO HART DÁVALOS

## Nota al lector

Terminó el siglo XX, han pasado 23 años del XXI, y en el escenario político de América Latina y El Caribe se repiten historias protagonizadas por dos actores antagónicos: de una parte Estados Unidos, que quiere imponer su ideología imperialista y un mundo unipolar, y de la otra, los pueblos que cada día ganan, cada uno a su modo, y con la utilización de los medios a su alcance, un protagonismo superior en la lucha de clases a nivel mundial.

Es interés de esta publicación que tiene su génesis en los acontecimientos políticos ocurridos en el Chile socialista de los años 1970 al 1973, mostrarle a los lectores cómo en la historia de la región latinoamericana —al igual que en otras partes del planeta— los señores imperiales de la Casa Blanca emplean métodos ya conocidos, u otras herramientas y medios más acordes con la época —como la informatización de la sociedad— pero siempre con fines similares: impedir el desarrollo de gobiernos revolucionarios o progresistas en una zona geográfica que, en su pensamiento conservador, les pertenece como el patio trasero de una vivienda.

La intromisión del gobierno estadounidense en Chile contra el presidente constitucional Salvador Allende, se hizo evidente antes del triunfo del doctor, que dejó atrás los hospitales para dedicarse por entero a la política, siempre con la mira puesta en ocupar el sillón presidencial para devolverle a su pueblo sus derechos sobre los grandes recursos naturales del país, quebrar una diplomacia dirigida a satisfacer las órdenes de Washington, elevar la calidad de vida de una población de mayoría pobre. Sueños que pudieron hacerse realidad si Estados Unidos y la reacción interna chilena, muy poderosa, no hubiesen impedido gobernar al socialista mandatario.

Chile dejó una amarga experiencia en la región latinoamericana, también una lección de hasta dónde es capaz de llegar Washington en su afán de destruir cualquier posibilidad de establecer un nuevo gobierno socialista, luego que Cuba le diera una lección de dignidad al resistir, hasta hoy, un bloqueo económico, financiero y comercial de más de 60 años y de haberle infligido en Playa Girón su primera derrota militar cuando intentaron implantar un régimen mercenario en las arenas de Playa Girón, en Matanzas.

Las administraciones norteamericanas nunca han dejado a Cuba en paz. En muestra de su afán de destruir la Revolución triunfante el 1 de enero de 1959, el presidente Donald Trump incluyó a Cuba en la lista de países patrocinadores del terrorismo solo por el hecho de acoger en su territorio las delegaciones colombianas que negocian la paz, ahora con el auspicio del presidente izquierdista Gustavo Petro. Esa muestra de solidaridad al brindar su espacio para llevar la tranquilidad a millones de colombianos y ser un país garante de los diálogos entre las partes —como lo han sido varios países latinoamericanos— impide que La Habana mantenga un flujo normal en el área económica. Todas las puertas le han sido cerradas por Washington que castiga con sanciones y multas a quienes se atreven a negociar con el gobierno de la Isla. Mientras, crece el clamor para que el actual presidente Joseph Biden derogue la injusta medida coercitiva.

### **Ayer Chile, hoy contra los países revolucionarios**

Para Estados Unidos derrocar a Salvador Allende era asunto priorizado de su política exterior. El ejemplo revolucionario de Cuba no podía repetirse en Latinoamérica y sus servicios de inteligencia, que nunca perdieron al dirigente chileno de sus radares, sabían la simpatía del doctor por la Revolución Cubana y de sus numerosos amigos en La Habana, incluido Fidel Castro.

El triunfo de la Unidad Popular, una coalición integrada para los comicios por los partidos Socialista, Comunista, Radical, el Movimiento Acción Popular Unitaria (Mapu) y la

Izquierda Cristiana, constituía una amenaza para la superpotencia y tuvo una negativa repercusión en los líderes de Washington, hasta entonces los dueños del poder en ese país, del que extraían cada año miles de millones de dólares en ganancias a través de sus compañías explotadoras de la tierra y los trabajadores chilenos.

A Cuba, aislada diplomáticamente por Estados Unidos, con la primera Revolución Socialista en curso en la región, se unía ese 1970 un proceso político que aunque en condiciones absolutamente diferentes, intentaría trazar un nuevo rumbo para Chile.

Allende Gossens, de vocación marxista, intentó —siempre con la mira puesta en el apoyo de los jóvenes y las masas empobrecidas— instaurar un gobierno de nuevo corte, cuyo paradigma era la transformación estructural de la economía capitalista de su país y de su desigual distribución de la riqueza, favorable a la oligarquía y la mayoritaria clase burguesa. La victoria de Allende resultó una sorpresa para Estados Unidos, que hasta entonces había logrado su propósito de impedir que ganara las presidenciales cuando se presentó como candidato en 1958 y 1964. Ahora la situación le favoreció gracias a que logró aliarse con la Democracia Cristiana (DC) y su líder, el mandatario saliente Eduardo Frei.

Cuando el dirigente socialista tomó posesión comenzaba una nueva fase en la historia latinoamericana, con los dramáticos resultados ya conocidos tres años después: el suicidio de un presidente que había jurado no claudicar y solo salir de La Moneda con los pies para «alante». El mandatario acabó con su vida luego de un desigual combate en el interior de la sede gubernamental, en pleno corazón de Santiago de Chile, entre un grupo de leales colaboradores y miembros de las Fuerzas Armadas que poco antes había bombardeado el recinto oficial.

Allende prefirió la muerte antes de caer en manos del general neofascista.

## **Planes desestabilizadores**

La Casa Blanca puso en movimiento diferentes mecanismos encaminados a expulsarlo de La Moneda antes de que terminara su mandato por los medios que fuera necesario, incluido un golpe militar que Allende, apegado a la Constitución Nacional, consideró imposible, a pesar de las alertas que recibió de fuerzas políticas leales.

El levantamiento militar ocurrió el 10 de septiembre de 1973, en una violenta acción sin precedentes, pues los soldados y sus jefes estaban movidos por el odio hacia el mandatario y sus seguidores de distintos estratos sociales, entre ellos reconocidos intelectuales y artistas.

El general Augusto Pinochet, jefe de las Fuerzas Armadas, y traidor a los principios de esa institución, resultó la marioneta escogida para ejecutar el golpe que quebró la Constitución Nacional y derrocó a un mandatario legítimo.

Es imposible que cambie la mentalidad de quienes están acostumbrados a conspiraciones, fomentar asesinatos y golpes de Estado hasta ahora.

John Kerry, secretario de Estado del expresidente Barak Obama, afirmó ante el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes en abril del 2013, dando continuidad a la antigua Doctrina Monroe y sin importarle la soberanía de los países latinoamericanos, calificó a estos, una vez más, como su «patio trasero» y precisó que planeaba cambiar «la actitud de algunos gobiernos» en una actitud injerencista.

«Trataremos de hacer lo posible —destacó— para tratar de cambiar la actitud de un número de naciones, donde obviamente hemos tenido una especie de ruptura en los últimos años».

El jefe de la diplomacia puntualizó: «América Latina es nuestro patio trasero [...] tenemos que acercarnos de manera vigorosa».

Si se hace un repaso de los últimos acontecimientos ocurridos en la región, se observa la metodología repetida de lo sucedido en Chile, con algunos cambios de detalles, pero con la

misma esencia intervencionista e intromisión en los asuntos internos de las naciones.

## **Nueva época para América Latina**

Estados Unidos, la mayor potencia económica y militar del Planeta ha sido golpeada en las últimas décadas por su errática política exterior, en especial en el Medio Oriente y África, mientras otros países de poderosas economías e ideologías diferentes, como Rusia y China, avanzaron en las relaciones con un área geográfica de prometedor futuro, mediante un acercamiento basada en proyecciones y programas económicos solidarios que respetan las asimetrías nacionales.

Aunque los pueblos respaldaban a Cuba y su Revolución, solo hasta 1970, cuando ganó Allende, el gobierno revolucionario cubano vivió en solitario respecto a sus pares de la región, —con excepción de México— obligados por los regímenes de la Casa Blanca a romper sus relaciones diplomáticas. Allende fue derrocado, pero el pensamiento revolucionario, su ejemplo que permanece hasta hoy, y las lecciones de aquellos trágicos acontecimientos, constituyeron la matriz de una nueva etapa en América Latina, apenas 16 años después.

Un nuevo hito en la geopolítica latinoamericana ocurrió en 1999 cuando, contra todo pronóstico histórico, aún después de los golpes militares precedentes, el teniente coronel (r) Hugo Chávez Frías ganó en las urnas con el 58 % de los votos la presidencia de Venezuela, abriendo paso a un novedoso proyecto político que denominó Socialismo del Siglo XXI.

A Chávez Frías y su política integracionista, que mantiene al ser humano como centro priorizado de su programa revolucionario, le siguieron otras naciones del Sur de América y de Centroamérica, cuyos líderes y sus principios nacionalistas transformaron la geopolítica de la región, a pesar de las amenazas siempre latentes de la Casa Blanca.

Bolivia, con Evo Morales, su primer presidente indígena; Ecuador, con el joven economista Rafael Correa; Nicaragua, con el comandante sandinista Daniel Ortega; Argentina, primero con el político Néstor Kirchner y luego con su sucesora

y esposa, la senadora Cristina Fernández; Paraguay, con el sacerdote Fernando Lugo; Brasil, en primer término con el fundador del Partido de los Trabajadores y exobrero metalúrgico, Luiz Inacio Lula da Silva, luego sustituido por la exguerrillera Dilma Rousseff; Uruguay, con Tabaré Vázquez, que después repitió en la presidencia, tras sustituir al líder Tupamaro José *Pepe* Mujica, constituyeron una pléyade de gobernantes con un nuevo pensamiento político, alejados de los grandes centros de poder económico.

En Centroamérica también asumió Manuel Zelaya, un político moderado que intentó cambiar algunas reglas de la antigua partidocracia e insertarse en el colectivo hacedor de metas sociales y económicas diferentes, sin aliento para el neoliberalismo.

Este grupo de nuevos líderes creó redes de colaboración, integración y concertación política, apoyadas por Cuba desde su formación.

Así surgieron la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (Alba), la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), y como colofón la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), fundada en 2011 y a la cual pertenecen las 33 naciones de esas dos áreas multiculturales. Además, el Mercado Común del Sur, referencia obligada en la unidad comercial de Suramérica, dio un vuelco a lo social y admitió nuevos socios para extender el cuarteto fundacional. Una de las características de los gobiernos democráticos surgidos a partir de 1989 fue la digna postura que mantuvieron para alcanzar la soberanía nacional y la independencia, sin ataduras a los viejos esquemas capitalistas.

Cada país buscó la construcción de nuevas sociedades a partir de sus características nacionales, variables ideológicas y métodos ejecutorios diferenciados.

En ese contexto, como ocurrió en la IV Cumbre de las Américas celebrada en el balneario argentino de Mar del Plata en el 2005, hicieron agua, en este período, varios de los planes de dominación reservados por Washington para la región. En el famoso sitio turístico se vino al piso, ante la presencia del pre-

sidente norteamericano de turno George Bush, el proyecto de alineación capitalista bautizado como Área de Libre Comercio para las Américas (Alca), dado a conocer en Miami por William Clinton en 1994.

El interés mayor de ese plan que comprometía a 34 países, cubriendo un territorio que iba desde Alaska hasta Tierra del Fuego, era apoderarse, como es habitual en ese sistema, de las economías menos desarrolladas, y un mercado estimado en ochocientos millones de personas. La inteligencia, valentía, y compromiso de los líderes suramericanos Kirchner y Chávez, ya fallecidos, junto a Luiz Inacio Lula da Silva, destruyeron en la IV Cumbre los ambiciosos planes del imperio mundial para los años siguientes. A estas alturas los planes económicos estadounidenses están debilitados por potencias como China, Rusia, Brasil, Sudáfrica, India, unidos en el grupo BRICS —ahora en proceso de crecimiento—, además de otras fuentes de negocios, en los que prima la igualdad y el respeto mutuo.

Los años transcurridos desde la asunción de Chávez, su pérdida física y la de Kirchner, y sobretudo el renacimiento de una derecha intransigente y violenta, financiada y organizada por Washington, unido a la difícil situación económica mundial —de la que tampoco escapa Estados Unidos— propició una reversión de los gobiernos progresistas por otros de derecha.

Los estrategas de la Casa Blanca diseñaron planes diferentes contra cada uno de los países en transformación.

A las redes económicas tejidas por estos países, cuyas ganancias se destinan a mejorar la calidad de vida para sus poblaciones más vulnerables, se unen los múltiples programas de cooperación social en las áreas de salud, educación, cultura y deportes, medio ambiente, tecnologías de punta, siempre con la colaboración desinteresada de Cuba, como lo hizo con Chile en los años 70.

Cuando se monitorea el actual panorama en Suramérica se evidencian puntos absolutamente coincidentes entre los planes desarrollados en Chile y los que derrocaron a líderes revolucionarios. Solo que las brutales intervenciones militares fueron

sustituidos por los llamados golpes blandos en las tierras latinoamericanas.

Para revertir la ola revolucionaria, Estados Unidos dirigió desde sus embajadas el derrocamiento de los máximos líderes revolucionarios.

A su orden puso un engranaje visible: la propagación de noticias falsas sobre los países y sus principales dirigentes mediante un sistema de comunicación informatizada y de prensa escrita, propició la unión de los enemigos de clase del progresismo con los sistemas judiciales, encargados de acusar y condenar a los líderes revolucionarios, sin pruebas convincentes para evitar que pudieran retornar al poder.

El primero en caer fue Zelaya, en 2009, cuando en un silencioso golpe cívico-militar lo sacaron de Honduras y llevaron en ropa de dormir a Costa Rica, sin que en momento alguno renunciara al cargo. No pudo regresar entonces y esa nación se convirtió en una de las vergüenzas de Centroamérica debido a los altos índices de corrupción y violencia.

En 2022 su esposa Xiomara Castro, una mujer de izquierda, ganó la presidencia hondureña con amplia mayoría. Amenazada por fuerzas de derecha, en junio último realizó una visita a China en la búsqueda de nuevos socios comerciales que la alejen de la órbita estadounidense.

Tras la salida de Zelaya, en otra de las estrategias a prueba, parlamentarios de derecha de Paraguay desalojaron de su presidencia al exsacerdote Fernando Lugo en menos de 72 horas por un supuesto mal manejo de una situación política interna.

El triunfo de Lugo como candidato de la Alianza Patriótica para el Cambio había acabado en 2008 con 61 años de gobierno consecutivo del derechista Partido Colorado, implantando un sistema de ayuda social nunca antes visto en ese país.

En 2016, la presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, se vio envuelta por el Congreso Nacional en una acusación de mal manejo de las partidas financieras del gobierno. No fue acusada de robo, ni de soborno, ni de mal gobierno.

Existe además una triangulación de las fuerzas conservadoras —Estados Unidos, Europa y América Latina— con anti-

guos dirigentes de esa ideología que tratan de crear matrices de opinión respecto a la actualidad regional. Entre ellos están los expresidentes españoles José María Aznar y Felipe González, Álvaro Uribe, jefe del paramilitarismo en Colombia.

Las estratagemas actuales pasan, como 50 años atrás, por la guerra sucia financiada por Washington en sus distintas modalidades, que van desde intentos de magnicidio, acaparamiento de bienes de primera necesidad, paro de transportistas, infiltración de paramilitares, dominio de los grandes consorcios mediáticos, desprestigio y asesinato de dirigentes revolucionarios, operaciones apoyadas y manipuladas por los consorcios periodísticos conservadores.

A lo que se suma, como admitió Caracas, errores internos cometidos por la dirección política revolucionaria, en tanto seres humanos enfrentados a situaciones límites a lo interno. Washington conoce que resultaría suicida en estos momentos tratar de imponer dictaduras militares, como hizo con Pinochet cuando le convino y al que le permitió quedarse en La Moneda hasta que los regímenes uniformados eran repudiados a nivel mundial, al igual que sus mentores.

Entonces puso en práctica lo que en política se conoce ahora como golpes de Estado «blandos», o sea, alcanzar el poder sin la intervención de las Fuerzas Armadas Nacionales, pero que continúan siendo una injerencia descarada en los asuntos internos de otras naciones que nunca han pedido su mediación, la Casa Blanca estudia y luego impulsa la estrategia más adecuada para cada país. Por eso, hay una notable similitud en los mecanismos utilizados contra la Unidad Popular en Chile y en los empleados en la actualidad contra los gobiernos populares en su primera y segunda oleada.

La Revolución Bolivariana, liderada hasta su muerte por Chávez, es el blanco principal de la ambición norteamericana y sus acólitos de la derecha regional e internacional y contra esa nación soberana emplean su maquinaria intervencionista mediante sanciones a funcionarios y organismos y bloqueos marinos.

El presidente Nicolás Maduro, sucesor de Chávez, y electo democráticamente en las urnas, ha denunciado, con pruebas irrefutables, la intervención de los diplomáticos norteamericanos en su país y el despliegue de un programa contrarrevolucionario, que comprende, entre otros puntos, la creación de un desfavorable estado de opinión en la población mediante campañas mediáticas.

Desde que Maduro pisó el palacio de Miraflores en 2013, pocos meses después de la muerte del líder bolivariano, Estados Unidos y sus aliados internos, apoyados además por algunos países periféricos, como la Colombia de Álvaro Uribe e Iván Duque, se desató una virulencia derechista organizada por Washington —incluidas invasiones e intentos de magnicidios— que ha costado al pueblo venezolano cientos de muertos y heridos en acciones neofascistas en distintas localidades.

Contra Cuba, sometida por EE. UU. a un férreo bloqueo económico, financiero y comercial desde hace más de seis décadas, se ensaña el Imperio del Norte. La incluyeron en su lista de países patrocinadores del terrorismo, le impiden la adquisición de alimentos y medicinas. A la muerte de Fidel Castro, los tanques pensantes de Washington creyeron que la Revolución caería. No fue así. En Cuba hay una continuidad del sistema político que aspira a la construcción de un socialismo próspero y sostenible, a pesar de las limitaciones de todo tipo a que es sometida la Isla, ahora bajo la presidencia de Miguel Díaz-Canel Bermúdez.

Nicaragua sufre también el embate continuo de la Casa Blanca. En 2018 intentaron destituir mediante un golpe de Estado al presidente Daniel Ortega, el cual fue abortado en las calles por el pueblo revolucionario.

Ahora, América Latina vive otro momento de renovación política. Venezuela, Cuba y Nicaragua siguen dando al mundo ejemplos de resistencia.

Cambios importantes ocurrieron en Colombia, donde el exsenador izquierdista Gustavo Petro derrotó este 2022 en las urnas al candidato derechista.

En Honduras, Castro se convirtió en la primera presidenta en la historia de su país, en Bolivia, Luis Arce, el exministro de economía de Morales, ganó limpiamente los comicios en 2019 y se mantiene en confrontación directa contra los separatistas de la Media Luna Oriental. En Perú, un profesor de primaria de la humilde región de Cajamarca, Pedro Castillo, trató de mantenerse en pie mientras sorteaba los planes de la derecha para anularlo, dirigidos por la diputada Keiko Fujimori, una oscura figura cuya prioridad es sacar de la cárcel a su padre, Alberto Fujimori, condenado por crímenes de lesa humanidad. Castillo fue destituido por el Congreso Nacional en diciembre de 2022 y sustituido por una política títere de la derecha, Dina Boluarte. En Chile, un joven de 36 años, exdirigente estudiantil durante las revueltas de 2011, ganó la primera magistratura ante una derecha desgastada. En Argentina, Alberto Fernández, y su vice, las dos veces mandataria Cristina Fernández de Kirchner, batallan a diario por sacar adelante una nación endeudada por el derechista expresidente Mauricio Macri. El intento de atentado contra la vicepresidenta el pasado 1 de septiembre y el hostigamiento del Poder Judicial son muestras del peligro —tal como ocurrió en Chile— que enfrentan los líderes latinoamericanos progresistas.

En México, el presidente Andrés Manuel López Obrador brinda al mundo una lección de diplomacia revolucionaria, al decirle las verdades a Estados Unidos sobre su postura hacia temas medulares, en tanto brinda su apoyo y solidaridad a los gobiernos y pueblos necesitados. Su gobierno, llamado IV Transformación, sigue adelante con éxito. Su firme postura ante Washington y su dignidad como persona y en representación de su país aleja la imagen de una América Latina sometida a los designios del imperio norteamericano.

En Brasil, líder indiscutible de la integración latinoamericana y de esta con el resto del mundo, el fundador del Partido de los Trabajadores, Luiz Inacio Lula da Silva, ganó por tercera vez la presidencia del gigantesco país suramericano —que asumió el 1 de enero de 2023—, al derrotar en las urnas al ultraderechista Jair Bolsonaro, un excapitán de las Fuerzas Armadas al

servicio de la oligarquía local. Sin embargo, días después de su asunción, miles de seguidores de Bolsonaro intentaron un golpe de Estado mientras trataron de ocupar los edificios de la Plaza de los Tres Poderes en Brasilia. Fracaso total.

Los ciclos históricos se repiten. Van y vienen. Ahora hay un momento de mayoría progresista y revolucionaria en el subcontinente, mientras Washington sigue con sus planes de someter a una región que alimenta las entrañas imperiales.

En este libro, donde tienen voz varios diplomáticos cubanos que vivieron la odisea de Chile y de su valeroso presidente, quedará demostrado que los enemigos de los pueblos de América Latina siguen siendo los mismos, y que los apetencias imperialistas continuarán intentando aniquilar los más puros sentimientos de sus líderes.

Allende murió, pero surgieron otros hombres de buena voluntad, y seguirán naciendo, que impedirán, a sangre y fuego, que el gigante del Norte caiga con sus fuerzas en las aguerridas tierras del continente. Es, también, un acercamiento a la personalidad del líder socialista, visto por la mirada de quienes con él compartieron tres duros años de un proceso político que dejó experiencias quizás aun insuficientemente estudiados.

# Capítulo I

## Preámbulo de una asunción

En 1970 la naciente Revolución Cubana ya había adoptado un proyecto nacionalista que hacía realidad el llamado Programa del Moncada, documento que circuló en Cuba de manera clandestina durante la dictadura de Fulgencio Batista (1952-1959). El texto recogía el alegato del joven abogado Fidel Castro, quien pidió autodefenderse en el juicio en el que se le juzgaba por liderar los ataques a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes el 26 de julio de 1953, en las ciudades de Santiago de Cuba y Bayamo, respectivamente.

Fidel Castro se comprometió con su pueblo en el Moncada, y luego de la victoria del 1.º de enero de 1959 cumplió e hizo mucho más en el orden socio-económico que lo previsto en el primer proyecto revolucionario. Pero las medidas puestas en práctica por su Gobierno emplazaban la impuesta autoridad que sobre Cuba y el resto de América Latina poseía entonces Estados Unidos e intenta mantener en la actualidad.

La Casa Blanca se dio cuenta de que con Cuba perdía una de las joyas de su corona, la cual nunca ha podido recuperar, a pesar de los miles de planes contrarrevolucionarios puestos en práctica en los últimos 63 años.

Han sido cerca de tres mil las muertes ocasionadas por los ataques terroristas de la contrarrevolución, asentada en la ciudad floridana de Miami, y miles los mutilados y heridos a consecuencia de vandálicas acciones.

La represalia contra el pueblo de Cuba es despiadada. Washington ordenó —y sus lacayos obedecieron— dejar sola a Cuba en el espectro latinoamericano.

Dictó contra los cubanos un bloqueo económico, financiero y comercial vigente desde 1961 oficialmente, pues los planes contra la Revolución Cubana ya se manejaban desde antes de su victoria por el presidente Dwight Eisenhower y su gabinete. El proyecto anticubano intentó evitar el triunfo del Ejército Rebelde y la caída de su lacayo Batista.

En aquellos pensamientos estaba inmerso el cubano Juan Carretero, mientras el avión en que viajaba iniciaba un lento descenso. Se sentía el cuerpo entumecido cuando puso los pies por segunda vez en su vida en el aeropuerto de Pudahuel, en Santiago de Chile, la capital del país.

Llevaba más de 16 horas sentado en los estrechos asientos de las naves que lo depositarían en la tierra donde, días después, el presidente electo tomaría posesión del cargo. Era el mes de octubre de 1970 y entraba a la nación suramericana como miembro de la delegación de la Universidad de La Habana, que realizaría una visita de intercambio con otras similares chilenas.

Carretero, conocido en medios cubanos como Ariel, con solo 30 años, era uno de los dirigentes de la Dirección General de Liberación Nacional (DGLN). La dirección revolucionaria cubana, que le tenía absoluta confianza, le había designado como jefe de los hombres encargados de proteger al nuevo mandatario, Salvador Allende, quien debía entrar con total seguridad en el palacio de La Moneda.

La primera vez que el funcionario cubano visitó Santiago fue de paso, cuando aún había relaciones diplomáticas con La Habana. Retornaba de Bolivia donde estaba cumpliendo una misión encomendada por el comandante Ernesto *Che* Guevara, quien trataba de accionar una base guerrillera en el norte argentino que le permitiría posteriormente la entrada a su país natal.

En esta ocasión la tarea era concreta, diferente, y debía ejecutarla sin un solo error. Con las instrucciones directas recibidas del jefe de la revolución cubana, debía desplegar en apenas horas una intensa labor con el propósito de evitar que la derecha impidiera la asunción de Allende, como antes evitaron que ganara las elecciones mediante campañas engañosas.

Fidel Castro, como resultado de su profundo conocimiento de la política latinoamericana y sus circunstancias históricas, estaba convencido de que Allende tenía posibilidades de ganar las elecciones de 1970.

Pero no solo se quedó en la teoría esa visión, sino que debido a su compromiso con su solidario compañero de lucha y amigo personal, contribuyó con su labor política a esa victoria. Tuvo especial cuidado en desplegar desde La Habana una estrategia con los sectores políticos chilenos. Incluso hubo un despliegue internacional, pues cada vez que alguien pasaba por Chile hacía contacto con los partidos políticos de aquella nación e incluso si coincidían en terceros países.

También el gobierno cubano invitaba a diferentes dirigentes políticos que conformaban o no la Unidad Popular, demócrata-cristianos y otras figuras políticas chilenas. En poco tiempo se inició un intercambio en el sector educacional y ciertos movimientos comerciales.

Aunque sin relaciones en ese campo, debido al interés de empresarios chilenos, Cuba inició la importación de algunos renglones, con lo que comenzó a habilitarse un comercio en los años 69 y 70. Ya en esa época se desarrollaba un plan para que viajaran a La Habana delegaciones de Comercio Exterior. Esos mecanismos lograron que muchas personas desinformadas sobre la realidad cubana conocieran las verdades escondidas por los medios de comunicación chilenos. Todos los movimientos eran a través de empresarios privados, y con su postura lograron quebrantar en alguna medida el bloqueo norteamericano contra la Isla.

Aquellos vínculos, muy necesarios para la economía chilena, crearía de inmediato una enemistad superior del gobierno de Estados Unidos hacia Cuba.

Pero en aquellos años Chile estaba en una situación económica muy difícil, porque el cobre se había privatizado.

El presidente Eduardo Frei inició una reforma agraria que no llegó a materializarse. Miles de campesinos perdieron sus tierras, o nunca las tuvieron. Zonas rurales y citadinas comenzaron a empobrecerse.

Las capas medias también estaban empobrecidas. A La Habana llegó un empresario de la derecha chilena a vender sus vinos. Hasta las clases elitistas de la nación suramericana

buscaban vías para sobrevivir. Todo eso creó las condiciones para un acercamiento entre las dos naciones.

Ahora las circunstancias eran diferentes. Allende ganó los comicios y Carretero había sido enviado a Santiago de Chile, en una misión clandestina de suma importancia.

En un momento de relativo descanso recapacitó. Apenas nueve días habían transcurrido desde su llegada. El calendario marcaba 4 de noviembre, día de la toma de posesión presidencial y en la capital existía un ambiente festivo.

Carretero se detuvo a repasar los detalles del plan elaborado en La Habana y aprobado después por el nuevo jefe de gobierno, pues sin el visto bueno de Allende no podía moverse ni un dedo. ¿Estaba todo en orden? ¿Se le habría escapado algún detalle? Se convenció de que todo estaba tal y como se había orientado.

Para esa fecha, la escolta del mandatario, bautizada como Grupo de Amigos del presidente (GAP) estaba organizada, bien preparada militarmente por los instructores cubanos, quienes permanecían en el país desde hacía varias semanas para prevenir o abortar cualquier actividad enemiga que pudiera presentarse. Sin embargo, se consideraba que el GAP estaba aún en fase preparatoria para la importante misión que deberían acometer, una vez retirados los cubanos.

Allende designó a uno de sus hombres de confianza, Eduardo *Coco* Paredes como jefe de investigaciones, (Policía Política). Además de la escolta presidencial, también había un equipo de ese cuerpo destinado a la protección del dignatario. Eran personas procedentes de distintos partidos de la Unidad Popular.

Una de las primeras misiones que cumplió el *Coco* Paredes fue perseguir a los miembros de la célula del grupo contrarrevolucionario Frente Nacionalista Patria y Libertad (FNPL), que emboscó y asesinó al jefe del Ejército, el general René Scheneider, en un movimiento destinado a la desestabilización nacional para abortar la asunción del líder socialista.

Dos generales pagados por Estados Unidos, Roberto Viaux y Camilo Valenzuela junto a miembros del grupo del FNPL trataron de secuestrar a Scheneider, en ese momento coman-

dante en jefe del Ejército, con el fin de provocar la intervención de las fuerzas armadas y evitar la sesión del Congreso Nacional que aprobaría los resultados de la elección presidencial chilena.

Una conspiración de altos jefes militares y la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés), crearía un caos en el país. Entre el 5 y el 21 de octubre hubo 21 contactos de agentes de la CIA con elementos militares claves de las Fuerzas Armadas y el cuerpo de Carabineros. Aquel grupo que recibía órdenes de la embajada estadounidense y apoyaban un golpe de estado a pocos días de la asunción de Allende, se les garantizó apoyo absoluto por los más altos niveles del gobierno de Washington, tanto antes como después de la operación.

Desde hacía meses atrás, ya había entrado en Chile con cierto grado de cansancio. Sin embargo, no había tiempo ni siquiera para dormir. En el corto tiempo transcurrido desde su llegada encontró la residencia familiar de Allende, la acondicionó en varios sentidos, organizó su escolta personal, y preparó la llegada a Santiago de la delegación oficial cubana que asistiría a la asunción. Misiones que enfrentó en absoluta clandestinidad, asistido por un grupo de expertos en seguridad personal.

En otras circunstancias, el arribo de una misión de la Isla no sugería complicaciones. Sin embargo, el momento era especial, pues Cuba no tenía relaciones diplomáticas con Chile y el presidente saliente no tenía facultad para invitar a los isleños.

En la práctica, tal situación significaba que la nave de Cubana de Aviación no podía tocar suelo en el aeropuerto de Pudahuel hasta que Allende no estuviera investido y firmara el convite a la representación llegada de La Habana.

Estaba previsto que si la comitiva isleña —integrada por políticos, artistas e intelectuales— entraba al país con antelación a ese momento, con certeza la derecha chilena formaría un escándalo y mancillaría la histórica ceremonia.

Los invitados cubanos fueron recibidos con honores oficiales sobre las 18:00 hora local de Chile el 4 de noviembre, cuando ya Allende era el jefe del gobierno y, por tanto, acorde con la Constitución Nacional, era el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas en Chile, que entonces les eran leales, bajo el

mando del general Carlos Prats. La derecha estaba maniatada en aquel momento, pues nada podía hacer contra una acción diplomática legal.

La delegación cubana viajaba en un vuelo regular, y la nave debía poseer los permisos correspondientes. Había que ser una persona astuta, y él lo era, para que todo marchara sobre ruedas desde una posición anónima, por su parte, y sin publicidad alguna sobre los planes del viaje oficial.

Los miembros de la misión cubana también debían ser protegidos de un posible embate derechista. Encabezada por el doctor Carlos Rafael Rodríguez, ministro-presidente de la Comisión de Colaboración Económica y Científico-Técnica (CECE) estaba integrada también por los directivos de las organizaciones de masas y de la Unión de Jóvenes Comunistas. En el grupo se encontraban Raúl García Peláez, jefe del Departamento de Relaciones Exteriores del Partido Comunista de Cuba, José *Pepe* Ramírez, Nicolás Guillén, entonces presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, el pintor Mariano Rodríguez, Alfredo Guevara, fundador del Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficos y Santiago Álvarez, prominente realizador de ese organismo.

Viajaron, además, Jorge Enrique Mendoza, director del diario *Granma* y Ernesto Vera, al frente de la Unión de Periodistas de Cuba. El alto nivel político de representación era expresión del respeto y afecto que existía en Cuba por Allende y su pueblo.

Para respaldar la llegada de los invitados, a Chile arribó también un barco con una exposición de la Universidad de La Habana, que mostraba los logros de la Revolución Cubana en esferas fundamentales de la economía y la sociedad. La muestra quedó abierta al público en la Universidad Central de Chile.

Del aeropuerto la misión visitante partió directamente al palacio de La Moneda, donde se estaba celebrando en ese momento una recepción oficial en la que el presidente recibía a las delegaciones invitadas.

Aquella ceremonia cobró un auge popular con la presencia de centenares de personas que desde la Plaza de la Constitu-

ción, frente a La Moneda, apoyaban al nuevo gobierno y a su jefe, mientras esperaban el arribo de los lujosos vehículos y sus ocupantes.

Cuando se vislumbraron los automóviles en los que ondeaba la bandera tricolor, la multitud se desbordó en gritos, vivas, y aplausos. Pero en medio de aquellas muestras de regocijo sobresalían las voces que saludaban y clamaban por Nicolás Guillén, quien vivió exiliado en Santiago durante la dictadura de Fulgencio Batista (1952-1959), y era un amigo fraterno del poeta Pablo Neruda.

Lo querían y lo trataban de «tú», como a un hermano. Durante su permanencia en la capital chilena, Guillén escribió unos versos al pie del Cerro santiaguino de Santa Lucía que dicen: «Cerro de Santa Lucía, tan culpable por las noches, tan inocente de día».

Se sintieron muchas emociones aquella noche, pues los caribeños devinieron centro de la atención de los presentes en La Moneda y sus alrededores.

Uno de sus edecanes le avisó a Salvador que la delegación cubana ya se encontraba en el palacio, y de inmediato él salió a unas escaleras que llevaban al jardín y se unió en un abrazo con Carlos Rafael y con otros miembros de la comitiva, a quienes conocía de sus varias visitas a Cuba.

Las sorpresas continuarían. Poco después, el mandatario invitó a pasar a su nuevo despacho. De manera solemne, expresó conmovido el gran cariño que sentía hacia el pueblo de Cuba y hacia Fidel Castro, y anunció que de inmediato firmaría su primer Decreto, que era el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba, con el cual, precisó, se estaba desagraviando a la Isla de su expulsión de la Organización de Estados Americanos (OEA), en agosto de 1962.

Comienza ahora, afirmó, un nuevo camino de amistad entre nuestros pueblos y gobiernos, e imprimió su firma de médico en aquel documento que reparaba una histórica injusticia.

Brindis con champán, felicitaciones y abrazos. Pero quizás la acción que más engrandeció aquella noche santiaguina se produjo cuando Allende y los recién llegados anunciaron a la

multitud el restablecimiento de las relaciones oficiales entre las dos naciones. Por órdenes de Washington, la alianza de los títeres gubernamentales de la época intentaron, sin conseguirlo, dejar sola a Cuba en el hemisferio, con el siempre honroso acompañamiento de México.

Con su actitud, el líder socialista trazó el derrotero independiente y soberano de su administración. La luz roja de peligro se encendió una vez más en las oficinas de la misión CIA en Santiago.

El bloqueo económico, comercial, financiero y diplomático impuesto por la Casa Blanca a la pequeña isla del Caribe fue quebrado aquella memorable noche de noviembre.

Mientras continuaba el agasajo, Carretero recordó que en aquel vuelo de Cubana de Aviación también arribaba el refuerzo de la escolta presidencial, integrada por varios cubanos, entre ellos Leonardo Víctor Suárez González, quien era especialista en detección y desactivación de explosivos.

Suárez González traía consigo técnica especializada para prevenir y detectar ataques terroristas, muy posible luego del intento de secuestro y asesinato del general Schneider.

Entre sus misiones, el experto tenía que revisar cada lugar por donde transitaría el primer mandatario a partir de ese momento. Además, otras tareas le esperaban. Cuando retornara a su país debía dejar un cuerpo entrenado de militantes chilenos que lo relevarían en la peligrosa operación preventiva.

### ***Contacto con Allende***

El primer contacto de Carretero con Salvador Allende ocurrió en su casa de la calle Guardia Vieja, en el centro de la ciudad, desde donde se abren algunas avenidas hacia distintos barrios. El futuro presidente vivía en una de tres casas situadas muy cerca una de la otra, y con las mismas características. Eran viviendas de clase media, nada lujosas ni ostentosas. El Chile que vio era muy austero, ya que las leyes de importación eran muy rigurosas.

La primera conversación entre los dos fue privada, en horas de la noche. Trataron de que muy pocas personas conocieran

el encuentro o que los vieran juntos la menor cantidad de gente posible. Incluso, el enviado por Cuba salía de su casa de seguridad solo para cumplir tareas imprescindibles.

El objetivo de aquella primera cita era comunicarle que ya los cubanos estaban allí para cumplir la misión acordada por Fidel Castro con su hija Beatriz y su secretaria personal Miriam Contreras, Payita, de preparar bien a su escolta y a su seguridad personal. Le comunicó también la preocupación que tenía Fidel por su seguridad. En respuesta, y quizás para aliviar en algo sus inquietudes, el senador le informó que ellos poseían un pequeño aparato de inteligencia que ya estaba infiltrando a los probables enemigos.

Allí, en el hogar que compartía con su esposa Hortensia Bussi, acordaron que las formas de contacto con él serían a través de Beatriz, a quien llamaban Tati, y con su coterráneo Luis Fernández Oña, su esposo, quien era el que mejor dominaba los entretelones de la nación andina y era clave en la operación.

Fernández Oña poseía relaciones más íntimas con Allende, no porque fuera su yerno sino porque era quien lo atendía personalmente cuando viajaba a La Habana como dirigente político.

Carretero, por supuesto, jamás utilizó la improvisación como garantía de un exitoso cumplimiento de sus misiones.

Como funcionario de la Dirección General de Liberación Nacional, una de sus tareas fundamentales fue la atención al desarrollo de la situación política en Chile. Siempre estaba actualizado debido a los vínculos que mantenía con el movimiento político y social de ese país.

Pero ahora su experiencia estaba a prueba para encontrar una residencia acorde con los requerimientos de su futuro inquilino. Empezó la indagación acompañado por varios de sus subordinados especialistas en distintos temas. Debía ser un espacio digno pero no lujoso. Y debía cumplir un requisito, el más preocupante, y es que el inmueble poseyera condiciones de seguridad idónea, como entradas y salidas convincentes, siempre pensando en una situación excepcional de agresión.

Tenía que contar con un espacio para el almacenaje de armamento.

Se visitaron varias residencias. La mayoría quedaron desechadas por una razón u otra, hasta que encontraron una que era del dueño de un fundo —hacienda— la cual poseía la mayor parte de las características requeridas. Estaba situada en la calle Tomás Moro en el número 200, en el barrio aldeaño al de Providencia. En sus alrededores solo existía el vacío. Ni en los lados ni detrás había movimiento alguno. Es decir, era como una pequeña hacienda y daba a dos calles distintas.

Su parte posterior fue cubierta de plantas, lo cual le brindaba la apariencia de un terreno baldío, que no se utilizaba para entrada de automóviles ni de personas. Sin embargo, por ahí escapó Hortensia Bussi el día del golpe de Estado.

Aquella vivienda, como otras muchas en Chile, poseía un sótano que hacía funciones de cava, donde se guardaban unas 170 botellas de vino tinto llamado Casillero del Diablo y también otras tantas de un vino casero producido por el dueño del lugar.

Carretero tomó algunas muestras de las bebidas y se las llevó a Allende dándole la explicación —que era en fin lo más importante— de que esa cava podía servir para guardar armas y municiones y explicándole que el sótano se extendía debajo del césped, lo que permitía una salida segura a la calle.

Cuando Allende vio las garrafas con aquella marca se detuvo en la conversación y le preguntó:

—¿Y esto usted se lo encontró?

—Ahí están, en el sótano.

Le contó sobre las botellas y de qué tipo eran. La reacción del mandatario fue de felicidad extrema.

—Bueno, ya usted me ha dado todas las consideraciones y coincidido en que esta casa posee los requisitos ideales. La visitaremos porque parece que esa pudiera ser la futura residencia del presidente de Chile, pero tendrían que hablar con el dueño sobre un asunto. El que vaya a negociar tiene que cerciorarse de que se coloque una cláusula que especifique que

todo el vino tinto que hay en esa casa está incluida en la compra de la propiedad.

Ignorante en temas vinícolas, Carretero le preguntó entonces sobre su interés por el hallazgo.

—Ah, pues mire, lo que usted se ha encontrado ahí es un tesoro. Esta es la cosecha de Casillero del Diablo de 1968 y ha sido la mejor en la historia de Chile. No hay más en la geografía. Si ahí hay 170 botellas, el presidente podrá brindarle a sus invitados el mejor vino chileno.

Ese Casillero del Diablo inclinó la balanza a favor del inmueble.

La casa de Tomás Moro solo la usaron Salvador y Hortensia. Era de mampostería, con tres habitaciones. Un salón, un comedor amplio y salón de recibo formal, con ventanales por donde entraba la luz. También un portal lateral que daba hacia el jardín que rodeaba la edificación.

En su parte posterior una entrada para vehículos, un garaje y otra construcción donde vivía parte de la escolta personal que estuviera de guardia. Los cubanos de la Rosa y Papucho vivían en aquella guarnición.

Luego llegó otro especialista de La Habana que estuvo allí de manera permanente como asesor principal de la escolta y siempre permanecía junto al jefe chileno de aquel grupo.

Los guardaespaldas locales eran jóvenes del Partido Socialista y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

Carretero ni siquiera imaginó que dos años después de la asunción de Allende, las fricciones que siempre existieron entre la coalición de la Unidad Popular y el MIR subieran de tono. El Partido Socialista que lideraba Luis Corvalán le exigió que expulsara al MIR de su escolta, para que esta solo quedara en manos de militantes de su agrupación. Y el dignatario aceptó.

Esa fue una posición criticada por una parte importante de la izquierda de América Latina, que reconocía la lealtad del MIR al presidente, la cual quedó demostrada, una vez más, durante el golpe de estado.

Desde la primera vez que lo vio, Carretero se sintió cautivado por la personalidad de Allende.

Cuando pensaba en el presidente —a quien nunca se le ocurrió juzgar ni como jefe de gobierno ni como ser humano— lo percibía como un hombre de pensamiento profundo. Le gustaba su carácter, caballeroso y metódico para todo. Descubrió su naturaleza humana y su pensamiento político en aquellos tres años de convivencia, a veces más lejana, a veces más íntima.

Cada día, Allende se levantaba casi de madrugada: puntualmente a las 05:00 hora local, y de inmediato leía cuanta información le entregaba su ayudante. Indagaba lo que acontecía en el mundo. Desayunaba y en ocasiones hacía algo de ejercicios. A las 07:30, dos horas y media después de que abriera los ojos, entraba a su despacho en el palacio de La Moneda.

Era evidente su rigurosidad con los horarios y las costumbres. Uno de sus hábitos peculiares era la siesta del mediodía. Le encantaba al menos intentar convencer a sus más allegados de los basamentos científicos procedentes de su condición de médico de la necesidad del descanso a esa hora y el beneficio que reportaba a la salud que al mediodía se detuviera la actividad en un rango de minutos a media hora.

Era una necesidad biológica del ser humano, porque tal reposo permitía que el cerebro se «recargara» para poder seguir atento hasta la noche, decía a sus interlocutores cuando trataba de convencerlos sobre las bondades del corto descanso.

Era cierto que en el palacio o en su casa eran habituales las reuniones que duraban hasta la madrugada, tanto de amigos como de trabajo, y al siguiente día había que comenzar temprano. Él apenas dormía unas cuatro horas diarias. A su organismo le resultaba imprescindible un alto en el día. Siempre ponía como ejemplo la importancia que la siesta reparadora tuvo para el pueblo de Vietnam en su lucha durante la guerra de agresión de Estados Unidos. Para los soldados y el pueblo vietnamita ese descanso del mediodía sustituía la proteína que necesitaba el organismo y que ellos no poseían.

Ahí Salvador recordaba su visita a Vietnam en plena guerra, observando que a las 12:00, sonaba una alarma que indicaba la hora del reposo, aunque estuvieran estallando las bombas.

Mientras la muerte caía sobre las ciudades y los campos, los vietnamitas permanecían en sus refugios reponiendo el desgaste físico y mental con el llamado «bistec de Ho Chi Min», el venerado líder de ese pueblo asiático.

En su afán de convencimiento, comparaba el cerebro con una batería que se iba descargando, y aseguraba que unos 10 minutos era suficiente para reponerla. Si tenía poco tiempo, le decía a su edecán que le permitiera un descanso breve. Pero si pasaba de una hora, entonces se desvestía, y se colocaba un pijama, como si fuera de noche. Decía que así se hacía la idea que era su sueño nocturno y lo disfrutaba más.

El mandatario se exigía el rigor para todo. Comía frugalmente, pero en su mesa había ingredientes que no podían faltar, como el ají verde picante. Ingería dos ajíes verdes en el almuerzo, que al menos en ese horario eran sagrados.

Conocedor de alta cocina, aunque le gustaba todo tipo de alimento, le encantaba el pescado cubano, como las agujas, el pargo y la cherna, y los mariscos, pero no ingería grandes cantidades.

Mientras la vida transcurría en palacio, Carretero mantenía conexiones con varios equipos cubanos y chilenos. Muy en especial con la colaboración de las personas más allegadas a Allende.

Los cubanos tuvieron el apoyo de varias mujeres de la secretaría privada del mandatario. Sin Payita, quien sostenía una relación sentimental con su jefe, y Beatriz, las tareas asignadas le hubieran resultado más difíciles. A ellas se unieron Isabel Jaramillo, Blanca Mediano, Patricia Espejo y Carmen Castillo.

Ese grupo femenino fue absolutamente leal al presidente durante el golpe militar y solo abandonaron el palacio cuando Allende de manera intransigente les ordenó que se retiraran.

Después, ellas continuaron la lucha por restablecer la democracia en su país. Jaramillo, Mediano y Espejo vivieron exiliadas en Cuba, desde donde ayudaban a la resistencia chilena.

Carmen Castillo tenía otra situación. Poco antes del golpe de Estado militar se incorporó de manera activa al MIR, cuyo jefe, Miguel Enríquez, era su esposo. Tras la asonada, los dos

fueron descubiertos por los militares en la casa clandestina donde se encontraban para evitar ser detenidos. Miguel perdió la vida en el enfrentamiento, y Carmen, que estaba embarazada, resultó herida, hecha prisionera y torturada, a pesar de su gravidez.

Gracias a la movilización internacional, resultó liberada por el régimen pinochetista. En Francia, una de las naciones europeas que intercedió por ella ante Pinochet, dio a luz a su hijo y allí se convirtió en una destacada escritora y cineasta. Mediante el arte, expuso las dolorosas circunstancias del régimen militar, batalla que esa valerosa mujer continúa hasta hoy.

Aunque la misión por la que fue a Chile estaba cumplida, Carretero presumía que otros asuntos le retendrían en Santiago. Deseaba retornar unos días a Cuba, pero el ministro Rodríguez, antes de volver a La Habana, les dejó entrever que tenían que esperar por determinadas condiciones.

Indicó que debían permanecer en Santiago para abrir oficialmente la embajada cubana y quedarse allí como parte del cuerpo diplomático acreditado.

Antes debían preparar las condiciones para la llegada del embajador Mario García Incháustegui, cuyo nombramiento, dijo, «sería dado a conocer en los próximos días».

Él solo quería retornar a La Habana aunque fuera por poco tiempo para reencontrarse con su familia y muy en especial con sus dos hijas aún pequeñas. Las orientaciones oficiales no dejaron dudas. De momento, solo habría dos funcionarios, Luis Fernández Oña como ministro-consejero encargado de negocios, y Carretero como consejero político.

Así constaba en una nota del ministro cubano de Relaciones Exteriores, Raúl Roa, que después fuera entregada por Fernández Oña al canciller chileno Clodomiro Almeida. Nancy Yulién, la esposa cubana del revolucionario y economista chileno Jaime Barrios, fungiría como secretaria de Fernández Oña.

Comenzó así, con condiciones mínimas de personal, la etapa oficial de las relaciones con la administración de la Unidad Popular.

Mientras se establecían en un ámbito mayor las relaciones diplomáticas, tanto Fernández Oña como él se mantenían en contacto con Allende para resolver los asuntos más perentorios que el mandatario pudiera requerir de Cuba.

En sus conversaciones con Rodríguez, Allende le relató cuáles eran sus planes gubernamentales; lo que pensaba hacer en sus seis años al frente del ejecutivo; y de inmediato ambos dirigentes acordaron que debía definirse por las dos partes una estrategia de colaboración a sus disímiles proyectos.

Cuba, y el curso de los meses lo demostró, brindó un efectivo apoyo a los programas oficiales y se ampliaron las relaciones de tipo diverso, de manera sostenida.

La sede diplomática de Cuba abrió sus puertas ese noviembre.

En esos días también llegó al país el clavista, una figura militar imprescindible para las comunicaciones entre La Habana y Santiago.

Finalmente, Carretero retornó a La Habana no para descansar luego de los ajetreados meses vividos, sino para recibir instrucciones de su dirección acerca de su nueva misión como consejero político. Cuando retornó a Santiago lo hizo solo, pues todavía no había condiciones para que su familia lo acompañara.

Había necesidad de hacer algunos cambios en el orden interno. La vivienda donde estuvieron clandestinos los cubanos desde su primera llegada a Chile hasta ese momento se fue haciendo pequeña, por lo que el grupo se mudó, también de manera provisional, para otra situada en la calle de Los Leones.

Además, había que resolver dos asuntos muy importantes: hallar dos residencias; una para la embajada y otra para Incháustegui, el jefe de la misión. Mientras se resolvían las adquisiciones, los improvisados diplomáticos realizaban las funciones inherentes a sus cargos en el inmueble de Leones.

Los políticos chilenos estaban contentísimos, pues ya eran oficiales sus vínculos con el Partido Comunista de Cuba. Antes de la victoria de la Unidad Popular ya los dirigentes políticos se conocían, pues viajaban a La Habana desde terceros países, o coincidían en eventos internacionales.

En esos primeros meses, los líderes de la alianza se veían eufóricos, mientras se ponían de acuerdo para ocupar los cargos gubernamentales. Los ministros hacían sus planes de acuerdo con los programas de la Unidad Popular. La necesidad de apoyo de Cuba surgía según se consolidaba el desarrollo del gobierno socialista.

Lo que no pensaron, al menos en el criterio de Carretero, era en que la paz no sería el símbolo predominante de aquellos años, pues si la derecha siempre boicoteó las candidaturas de Allende, ahora tampoco estaba dispuesta a permitir que concluyera su mandato en el cual, por primera vez en la historia chilena, un político estaba dispuesto a eliminar privilegios, redistribuir la renta nacional y luchar porque los pobres mejoraran su calidad de vida. Algunos de quienes estuvieron a acompañarlo en este gobierno de nuevo tipo, al parecer ni siquiera estaban conscientes del grave peligro en que se hallaban.

Durante su campaña, el presidente prometió realizar la reforma agraria, la nacionalización del cobre, como producto esencial de la economía nacional cuyas ganancias se destinarían al desarrollo social, una reestructuración del sistema educacional, a partir de las escuelas estatales, brindando por primera vez a los alumnos el desayuno escolar.

Con solo esos dos primeros puntos hubiera bastado para que Estados Unidos y sus aliados internos hubieran intentado impedir su llegada a la presidencia, como lo hicieron, y luego de inmediato el fomento de la desestabilización interna que culminó con el golpe de Estado.

Cuando el recién nombrado consejero político llegó a La Habana, se entrevistó primero con Manuel Piñero, el jefe de la DGLN, y después con el presidente Fidel Castro.

En cuanto a las funciones políticas que tendría allí, la primera, permanente, y más importante, era ser el enlace especial del Comandante en Jefe con el presidente Allende para todos los asuntos que tuvieran que ver con las relaciones bilaterales.

Otra de sus misiones sería mantener relaciones oficiales, a nombre de la Revolución cubana y del Partido Comunista de Cuba, a los partidos políticos y movimientos revolucionarios

de Chile, por lo cual se crearía en Santiago, bajo su dirección, una representación de la DGLN.

En las reuniones comprobó la preocupación oficial de que la embajada cubana estuviera equipada con todas las condiciones, en el interés de brindar el apoyo y la solidaridad que recabara el proceso allendista. Se le explicó que incluso debía prever cualquier circunstancia excepcional —tal como ocurrió durante el golpe de Estado— por lo cual la sede diplomática era valorada de manera especial por la dirección cubana.

Se le indicó comprar algunas edificaciones con esas características para la residencia del embajador, el consulado, y la oficina económica-comercial. Le entregaron una alta suma de dinero para adquirir las distintas edificaciones.

Cuando Carretero viajaba por América Latina siempre iba armado y cuando se trasladó a Chile esa segunda vez, pasando por España hubo un incidente en el aeropuerto de Barajas. Sus compañeros que viajaban en la nave de LAM Chile llevaban pistolas y mucho parque. Acompañados por el cónsul de la embajada de Cuba en España esperaban para tomar el avión en el aeropuerto de Madrid. Desde su posición, observó que la fila no caminaba. Con soltura, le preguntó a unos militares españoles qué ocurría y le dijeron que había una amenaza de bomba en la nave, y que cuando estuvieran listos, los pasajeros tenían que ser revisados, situación no prevista en sus planes. Ya preocupado, le insistió al uniformado si también los diplomáticos tendrían el mismo tratamiento. La respuesta fue afirmativa, pues se trataba de la seguridad de los clientes.

De inmediato, y tratando de no levantar sospechas, el grupo, entró en un baño y puso las armas en un maletín y se la entregaron al cónsul. Lo fundamental era llegar a Chile. En aquella época no era usual un contratiempo de ese carácter. Ese fue un caso excepcional, quizás provocado, pero jamás se supo.

Ya en Santiago, visitó a Allende acompañado de Fernández Oña. Le informaron de las instrucciones recibidas de Fidel, las cuales escuchó con notable interés. De inmediato impartió

instrucciones a Beatriz y a Payita para que le brindaran todo el apoyo para que pudieran cumplir sus encomiendas.

Carretero le precisó al mandatario: «Estoy a su disposición para cualquier mensaje a Fidel».

Ellos dos se veían frecuentemente en Cañaveral, una especie de finca campestre donde él residía con Payita, y no en Tomás Moro con Hortensia, como se preveía. Luego de que su familia estuviera en Chile, Carretero en muchas ocasiones se trasladaba a Cañaveral los fines de semana para analizar con el mandatario las situaciones que se iban presentando y almorzaban todos juntos.

Casi siempre el encargado de transmitirle los mensajes de Fidel era Fernández Oña, que estaba más cercano a él. Este era «el enlace del enlace». Él transmitía el recado recibido de La Habana, le solicitaba la opinión a Allende, y se la trasladaba a Carretero, para quien era imposible, por razones de tiempo y de responsabilidades, visitar al dignatario con la frecuencia que lo hacía el yerno.

Para instalar la embajada, se compró la propiedad de Los Estanques, la cual ocupaba casi la mitad de una manzana, rodeada por un muro alto.

Constaba de dos grandes casas, con sus jardines y patios. Estaba situada en una pequeña cuadra, que terminaba en la embajada. Frente a ella, casas de viviendas casi todas de dos pisos. Donde concluía la calle había estanques de agua, un pequeño acueducto donde no había personal alguno, y del lado opuesto un amplio terreno que colindaba a un kilómetro con un barrio de oficiales de las Fuerzas Armadas.

La localización era excelente, pues hasta allí solo llegaban personas que iban a la embajada, situada en el barrio de Bitacura, a unos 12 km del centro de Santiago, y a una media hora del palacio de La Moneda, en un día sin mucho tránsito.

Para mayo de 1971 ya los inmuebles de la nueva embajada cubana estaban listos en Los Estanques. El edificio de Los Leones quedaba como consulado. Llegó el embajador García Incháustegui, y se instaló en su residencia de San Patricio.

De inmediato comienzan a arribar los funcionarios que integrarían el equipo diplomático, así como los miembros de la guarnición militar, ubicada en una casa en la parte trasera del inmueble.

La embajada poseía tres pisos, el último de ellos destinado a los clavistas.

También se incorporaría en ese tiempo el agregado militar, el comandante Manuel *Manolito* Céspedes, quien sostendría y mantendría relaciones con los militares chilenos.

Carretero vivió meses en el sitio donde estuvo la primera embajada, que era la casa clandestina desde donde operó antes de la toma presidencial. Después llegaron su esposa y sus dos hijas pequeñas, Alicia, de siete y Tania, de tres años. Su esposa de entonces trabajó con él en el análisis de la información obtenida por su equipo operativo.

Las instrucciones de La Habana se iban materializando. Había oficiales —eran unos siete— que atendían personalmente a cada uno de los partidos con representación importante en el escenario político, y otros que se ocupaban de dos o tres agrupaciones pequeñas cada uno.

Además, otro de sus oficiales estaba encargado de los contactos con los partidos y movimientos de izquierda de la periferia geográfica: Argentina, Uruguay y Bolivia.

El equipo, en su conjunto, estaba formado por especialistas dedicados a relacionarse con las agrupaciones políticas y hacían sus análisis según los planes específicos de cada cual. Luego se reunían con Carretero y elaboraban un informe semanal que enviaban a Fidel Castro, el cual era considerado una herramienta básica para los planes operativos.

A veces el documento sobrepasaba las 100 páginas. Siempre al final brindaban conclusiones y propuestas que se derivaban de los datos recibidos.

Ese análisis se conformaba con todas las pesquisas hechas en las distintas vertientes políticas, como resultado de la investigación de la prensa y de insumos procedentes de la inteligencia, de los distintos consejeros y del propio embajador.

Antes de su envío a Fidel, el documento era analizado y consensuado en el consejo de dirección de la embajada, integrado por el embajador, el jefe de la inteligencia cubana, Manuel Galán, Luis Fernández Oña y Carretero.

Ese informe permitía al líder cubano tener una información de primera mano de lo que ocurría en la Unidad Popular, en su entorno y las situaciones políticas que se iban produciendo —por ejemplo— para que Cuba pudiera prestar la colaboración sobre la base de las solicitudes hechas por la parte chilena sobre la base de la unión, que fue una característica del trabajo de los cubanos en Chile, y el apoyo a la gestión presidencial de Allende, así como los pasos del enemigo para desestabilizar al gobierno.

Tales análisis se le presentaban también a Allende para dotarlo de elementos de la realidad chilena, indicarle los criterios de la parte cubana, y si él estaba de acuerdo, apoyarlo para desarticular los planes enemigos.

Siempre bajo las orientaciones del mandatario, Carretero mantenía coordinaciones muy estrechas con el jefe de la dirección de investigaciones del gobierno, Coco Paredes, miembro del Comité Central del Partido Socialista, y con Manuel Riquelmes, segundo jefe de ese grupo y miembro de la comisión militar del Partido Comunista de Chile.

El gobierno popular estaba integrado por partidos de izquierda, en los cuales existían distintas posiciones políticas que aunque apoyaban el programa de la Unidad Popular tenían diferentes visiones acerca de los métodos para canalizar tales propósitos.

El MIR comenzó a implementar métodos de lucha que no eran afines con los lineamientos políticos y consignas oficiales de la coalición gubernamental, como la toma de tierras por los campesinos sin autorización oficial, o la creación del poder popular en las fábricas.

También había fracciones en los partidos que deseaban impulsar más las medidas oficiales, mientras otras, en determinados momentos, planteaban la revisión de las ya tomadas para adecuarlas a la situación convulsa que vivía el país, sobre todo

a partir de finales del año 71. Estas divergencias, que no eran de principios, todavía se mantenían en secreto en el seno del gobierno, pero iban minando las bases políticas que sustentaban la unión inicial.

Solo la capacidad y la habilidad del presidente Allende lograban mantener un nivel de equilibrio y la solución favorable de algunos conflictos causados a veces por las mismas fuerzas de la alianza gubernamental, y en otras oportunidades por las fuerzas opositoras a su ejecutivo.

En los primeros meses de gobierno, la Unidad Popular comenzó a implementar sus programas, pero el gabinete estaba aún en un proceso de adaptación y aprendizaje. De la oposición, la coalición pasó a gobernar el país.

No era aún el momento de tomar las medidas más radicales que —según los planes de Allende— cambiarían la base estructural de la sociedad chilena. Aún con el apoyo de la Socialdemocracia, él realmente contaba con el 36 por ciento de los votos que obtuvo como candidato.

Sin embargo, cuando se realizaron las elecciones municipales, la Unidad Popular elevó al 54 el porcentaje de electores que votaron a su favor.

O sea, «arrollaron» en las alcaldías y en las gobernaciones, lo cual le dio fuerza para gobernar de manera más holgada.

Allende se fue para Valparaíso a fines del año 70, y principios del 71. Se instaló en Cerro Castillo, que era una residencia adonde iban a vacacionar los mandatarios. Esos son los meses de verano en el país. Allí celebraba las reuniones con su gabinete. Después, hizo la mudanza de manera oficial, hasta que el gobierno en pleno se trasladó para Valparaíso.

Payita adquirió la Casa de Cañaverál, que era donde el presidente descansaba los fines de semana y donde la pareja recibía a amistades cercanas, entre ellos Carretero y su familia. Generalmente los domingos también estaban presentes las hijas de Allende, esposos, hijos y parientes. La Payita, que parecía incansable, los atendía a todos.

Los programas de los domingos consistían en compartir momentos felices. Allí se conversaba sobre la vida, los nietos.

En uno de aquellos encuentros, Allende festejaba su cumpleaños. Era el 26 de junio de 1972. La familia de Carretero estuvo en la celebración. Por coincidencia ese día también era el octavo aniversario de Alicia, su hija mayor. Para sorpresa de la niña y de los padres Payita le había comprado una bicicleta como presente de aniversario.

Tras la habitual plática en los jardines de la residencia, el grupo pasó a almorzar y Payita tuvo el detalle de que prepararan sus platos favoritos, y ya en los postres, al festejado, sentado a la cabeza de la mesa, le sirvieron una copa con helado de coco glasé y un pedazo de torta. Apagó las velas y le cantaron el tradicional Feliz cumpleaños. Al resto de los invitados solo se les sirvió torta.

Tania, la hija pequeña de Carretero, de cuatro años, con el desenfado de la edad, se dirigió muy seria al presidente y le dijo:

—Oye, chico, ¿a mí no me vas a dar helado?

Allende se echó una carcajada ante aquella demanda tan sorprendente y perentoria. Para quedar bien con Tania le dio una respuesta convincente.

—El problema es que no tengo helados para todos los que están en la mesa, pero por ser tan simpática, voy a compartir este contigo.

La cuestión de fondo es que Allende recibía semanal o quincenalmente helados Coppelia producidos en Cuba, y en especial el de sabor a coco glasé, que era su predilecto, y que reservaba con sumo celo para que le durase. O sea, que en sus planes no estaba el compartir el coco glasé con nadie.

Por su parte, los obsequios que Carretero le llevaba eran unas grandes botellas de whisky de la marca Chivás Regal, que no lo vendían en Chile, pero sí en el aeropuerto de Perú. Lo mandaba a buscar con algunos compañeros que pasaban por el aeropuerto de Lima, o cuando él viajaba a La Habana. Al mandatario, como licor fuerte le gustaba el whisky, el bueno, no cualquiera, y respecto al vino chileno el de la marca Casillero del Diablo. Él seguía más el año de las cosechas que las marcas comerciales.

Mientras ocurrían estas pláticas placenteras, un golpe de Estado militar comenzaba a gestarse en las filas castrenses.

Fidel Castro conocía perfectamente la situación de los militares en Chile. En su viaje a ese país —que duró 26 días— dedicó muchas horas a conversar con los uniformados. Les brindó conocimientos sobre la historia de la Revolución Cubana y de cómo el Ejército Rebelde respetaba a los oficiales y soldados de la dictadura de Fulgencio Batista (1952-1959) que eran hechos prisioneros. Cada noche, habló con los mandos de las provincias donde se encontraba de visita.

Incluso coincidió con Augusto Pinochet, quien estaba designado como jefe de la plaza de Santiago. Carretero tuvo la percepción, pues hizo todo el viaje por el interior de Chile con el líder cubano, de que este intercambió con el después más sangriento dictador del país. A medida que se iban desarrollando los acontecimientos durante el gobierno allendista, Fidel estaba más seguro de lo que ocurriría con los militares.

Lo que más le aportó el líder cubano a Allende fue su ejemplo. El mandatario chileno siempre tuvo una gran admiración por las condiciones de Fidel como líder y estadista, y como hombre de pensamiento y de acción.

Luego del golpe de Estado, Fidel interiorizó que la traición fue un delito desde el punto de vista legal, pero desde el político Pinochet y sus seguidores fueron defensores de su clase, es decir, de la alta burguesía chilena aliada a Estados Unidos.

El general traidor actuó como lo que era. Carretero y sus compañeros siempre manejaron la idea, desde que llegaron, de que la alta oficialidad del Ejército que respondía a los intereses de Washington, y en los que había un pensamiento fascistoide —eran admiradores del régimen nazifascista— se opondrían a los intentos de Allende y la Unidad Popular de abrir un camino socialista para el pueblo.

Allende estaba consciente de tales criterios, pero consideraba que con el «muñequero», una palabra que usaba como sinónimo de negociación, y con la táctica política, se podría manejar cualquier situación que surgiera con los militares, pues no

en todos los casos los oficiales eran fascistas, como los probados y leales Scheneider y su sucesor Prats.

Quizás otra historia se hubiera escrito si Scheneider hubiese vivido y Prats no se hubiera quedado prácticamente aislado. Tal vez con esas presencias en el alto mando en las Fuerzas Armadas, el golpismo se hubiera neutralizado desde arriba.

Incluso una de las acciones más enérgicas que llevó a cabo la CIA, apoyada en los partidos de oposición y los sectores golpistas del ejército, fue la campaña dirigida a humillar y menoscabar al general Prats, quien era el comandante en jefe del Ejército chileno y sustituto de Schneider, y que fuera ratificado después por el presidente Allende. Prats mantuvo una posición digna de respeto a la Constitución y a la autoridad presidencial, lo que le costó la antipatía de Washington y sus lacayos chilenos.

Presionado por sus familiares, dimitió de sus responsabilidades a principios del 1973.

El general le dijo a Allende que ya él no podía seguir trabajando a su lado, pues estaba desacreditado. Eran cientos de mujeres dando golpes en las cacerolas frente a su casa. No le daban tregua. Era un plan contra él: lo acusaban de ser un incondicional de Allende. La media estaba en su contra, tal como ocurría también con el jefe de gobierno. La Unidad Popular solo contaba con los periódicos *El Siglo*, del Partido Comunista, y *La Tercera*, un vespertino propiedad de un amigo del mandatario. Incluso Cuba le compró acciones al dueño para que ayudara al gobierno. También estaba *Punto Final*, una revista de izquierda, crítica. *El Mercurio* tenía tirada nacional y era el bastión de la derecha y de Washington.

Con conocimiento de causa, Prats pasó a retiro. Sabía lo que iba a pasar y se lo transmitió a Allende. Unos días antes de que se exiliara en Argentina le hicieron una entrevista y explicó el porqué de su alejamiento del país, desligándose públicamente del golpe de Estado que se avecinaba.

Pero ni en la nación vecina Prats se salvó de la violencia fascista. Ya en el poder, el general Pinochet —quien le continuó en la cadena de mando— lo mandó a asesinar en Buenos Aires.

Allí envió a unos agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) para que lo mataran. Prats murió —como Orlando Letelier en Washington— en la voladura de su automóvil minutos después de abordarlo una mañana. Ya estaba en marcha la Operación Cóndor.

Las posiciones de Allende siempre estuvieron vinculadas a la creación de un amplio apoyo al gobierno de la Unidad Popular en el marco de la ley, y ello incluía a las Fuerzas Armadas y Carabineros (policía) con los cuales mantenía relaciones respetuosas y cordiales, en especial con aquellos altos oficiales que comandaban tales cuerpos cuando fue electo presidente.

Al ser asesinado el general Scheneider y neutralizado el general Prats por las maniobras de los grupos de derecha, entró en escena como comandante de las Fuerzas Armadas el general Augusto Pinochet, con quien el mandatario también mantenía vínculos cercanos, puestos a prueba cuando la intentona golpista de junio del 73, el llamado «tanquetazo».

El jefe de la unidad de tanques, aliado con otros altos oficiales, se lanzó contra La Moneda para destituir al presidente.

Sin embargo, este conato fue sofocado por el general Palacio, quien comandaba la plaza de Santiago, pues ya Pinochet era comandante en jefe del Ejército. Un general allegado a Allende impartió órdenes a Pinochet de detener a los insurrectos, apegándose en ese momento a las leyes.

Se ha comprobado, y Carretero da fe de ello, que ya en aquel momento el general traidor estaba conspirando con la embajada de Estados Unidos y el mando de las otras fuerzas —naval y aérea—. Sin embargo, al surgir este golpista que al parecer actuó por su cuenta, entorpeció los planes que tenía y reducía su liderazgo en las Fuerzas Armadas. Pinochet poseía ambiciones personales y un afán desmedido de ser el gestor principal de las acciones enemigas contra Allende. Su mayor interés era presentarse ante la derecha chilena y los norteamericanos como el salvador del país de las garras del comunismo internacional.

La actitud de Pinochet supuestamente favorable al orden constitucional durante el «tanquetazo» alejaba cualquier sospecha del mandatario sobre su figura.

Mientras estuvo como jefe de la plaza santiaguina, el traidor prestaba su apoyo al presidente en la construcción de un proyecto encaminado a crear el parque O'Higgins en la capital, concebido como un área recreativa importante para la población. Allí se construyeron unas pequeñas casas típicas chilenas en la que los artesanos tendrían posibilidades de mostrar su arte, moldeando la famosa arcilla greda chilena, con la que se realizaban fabulosos objetos de la tradición cultural andina.

Pinochet prestaba la colaboración del ejército como parte de la fuerza constructiva y de forestación del espacio. Puede decirse que este militar y el mandatario tenían una relación cercana desde el punto de vista oficial, dado el aparente entusiasmo del general en el logro de este importante proyecto.

Carretero relata que a solicitud de Allende, Cuba había enviado a Santiago al famoso arquitecto Antonio Quintana, ya fallecido, para asesorar a sus colegas chilenos a cargo de la obra, algunos de los cuales habían viajado a La Habana para conocer su arquitectura. Como paradigma, el Parque Lenin y el Palacio de las Convenciones, en La Habana. Quintana también aprovecharía ese viaje para hacer un estudio para levantar un acuario en Valparaíso, otro proyecto social que pensaba encaminar el mandatario.

Nada hacía presumir la traición del general. Los movimientos clandestinos de Pinochet eran muy bien preparados. Lo que estaba en la superficie era una proyección oficial, de cumplimiento de su deber, que detuvo un golpe militar. Salvador tenía señales de otros mandos, días antes Altamirano denunció que se estaba preparando un golpe, ya que socialistas de Valparaíso vieron tendencias raras en la Marina. Días previos al golpe le dan la noticia a Allende de que tropas procedentes de Valparaíso están marchando rumbo a Santiago. Manda a sus edecanes a averiguar qué estaba ocurriendo y le brindan una respuesta tranquilizante. Los cubanos estaban al tanto de estos movimientos.

Miembros de la inteligencia fieles al gobierno le informan que se están movilizando tropas del Ejército y de la Marina para el desfile militar que se hacía anualmente el 18 de

septiembre, día de la independencia nacional, que antes debían hacer las prácticas en la capital. Según se conoció después, Allende quedó conforme. «Ah, es verdad... hay desfile» —comentó solamente—. Pero algunos miembros del Partido Socialista con más experiencia política informaron inmediatamente a la embajada cubana que, al parecer, el golpe de Estado de gran envergadura ya venía en camino.

Aunque Carretero conocía el pensamiento de Allende, en los últimos meses, en sus encuentros, evidenció que él pensaba en el martirologio, dando por sentado que moriría en aquel golpe ya previsto. Tampoco quiso involucrar a Cuba, y así se lo dijo: es un asunto interno de Chile.

No obstante, el consejero político recibió las instrucciones de Fidel de acudir a la ayuda de Salvador si este la reclamaba. De lo contrario, la posición de Cuba era defender la embajada y darles una lección a los golpistas. Los cubanos, mujeres y hombres por igual, estaban conscientes de que del muro de la sede diplomática no se podía dejar pasar una bota de los militares.

Mientras ocurrían los trasiegos de los uniformados hacia la capital, se suceden los análisis con el presidente de la consumación de la traición de las Fuerzas Armadas. En medio de aquella tensión llegó a Santiago el cubano Ulises Estrada, quien iba a sustituir a Carretero en su cargo en la embajada. Ulises traía consigo las orientaciones últimas de Fidel Castro.

Allende conocía que el golpe se podía dar en cualquier momento, aunque Carretero pensaba que no lo asumía en un ciento por ciento porque confiaba en Pinochet y en algunos mandos que tenía ahí, como el jefe de Carabineros, que era un general comprometido. Sin embargo, el 11 de septiembre, a este alto militar lo detienen y lo alejan del conflicto.

La situación emocional de Allende era notoria. Carretero, Ulises, y otros invitados cubanos y chilenos se encontraron en la casa de Cañaverál para festejar el cumpleaños de Beatriz, el 8 de septiembre de 1973. Allí estuvieron hasta horas de la noche. La impresión de los que allí se encontraban era que un sentimiento de tristeza se sentía en el ambiente. En Cañaverál se encontraban políticos de la Unidad Popular y también Violeta

Parra con sus hermanos, quienes cantaron, pero con un presagio de derrota.

A Carretero y Ulises no les gustó nada la atmósfera que allí se percibía y cuando avisaron que se retirarían, la mayoría de los allí presentes decidieron permanecer en la residencia, pues los carabineros habían puesto un obstáculo a mitad del camino, paraban los carros y revisaban a la gente.

La información la había traído alguien que pasó por el lugar. Carretero y Ulises acordaron que iban a pasar por el bloqueo, tratando de evitar cualquier problema. En efecto, encontraron a la policía en la carretera, les enseñaron los carnés diplomáticos, además de que el vehículo tenía placa oficial y siguieron su camino sin dificultad.

Los dos se fueron directo a la embajada y redactaron un cable para La Habana explicando lo conversado en Cañaveral con los representantes políticos presentes en el supuesto festejo, y sugirieron que enviaran urgente a Chile a personal de la dirección política cubana a hablar con Allende, pues veían tanto en él como en sus colaboradores más cercanos un visible desaliento.

Ellos consideraron que sería además un paso importante para esclarecer con el mandatario las razones de tanta zozobra y conocer en qué podían ser útiles ante otro nuevo intento de golpe de Estado mucho más organizado y articulado por todos los mandos armados del país que el abortado «tanquetazo».

Días después llegaron a Chile el comandante Manuel Piñero y el vicepresidente Carlos Rafael Rodríguez con una carta personal de Fidel para Allende. Ellos querían precisar además qué necesitaba, qué iba a hacer y en qué podría ayudar Cuba. La respuesta fue cortante; nada necesitaba.

El almanaque marcaba el 11 de septiembre. Carretero era el jefe de operaciones para coordinar la defensa de la embajada cubana. Tenía órdenes precisas para actuar. Bajo su control se encontraban las armas que debían ser entregadas a los partidos integrantes de la Unidad Popular para defender al Gobierno. Debía darle una buena cantidad de armamentos al Partido Comunista de Chile.

La entrega estaba planificada con sus dirigentes. En una camioneta y escoltado por cuatro automóviles con sus hombres sacó las armas de la embajada y siguió el camino que le fuera indicado por los comunistas. Se suponía que habría un miembro de ese partido en un lugar del camino que le daría una señal para que siguiera. Para su sorpresa, nadie le esperaba. Estaba casi llegando al lugar donde debía dejar el cargamento.

Se acercó al sitio donde se suponía que los estarían esperando. Mandó a uno de sus oficiales que iba en otro carro que llegara al punto y le informaba cómo estaba allí la situación. El oficial le informó que el local estaba vacío.

Entonces llamó a Ulises por la radio que tenían, en clave. Ulises le respondió: «dale para atrás, cancela eso, que esta gente (del PC) me llamó y no las quieren».

Carretero ni lo pensó: «nos vamos pa'l carajo». Retornaron a la embajada, los automóviles con chapas particulares se dividieron, pero le fue difícil, en una situación de zafarrancho militar como ya había, volver con el camión atravesando medio Santiago. Lo que no podía permitir era que los opositores cogieran aquellas armas.

La lección que sacó el diplomático cubano y sus compañeros de aquella ausencia, inesperada para él por demás, era que el Partido Comunista y su dirección estaba dispersa y sin un plan concreto para enfrentarse al golpismo.

Sin embargo, pasado el golpe y los años, llegó a la conclusión de que tanto los dirigentes como los militantes de esa agrupación sufrieron con creces la actitud que mantuvieron aquel aciago día. Incluso, miembros de ese partido fueron apresados y asesinados por combatir la dictadura. Otros, dedicaron su existencia a la solidaridad con el Chile ensangrentado.

Desde semanas antes del golpe ya Allende repetía que lo tendrían que sacar muerto. Para Carretero, ya él estaba muerto en vida. Con la valentía y el coraje que la caracteriza, en nombre de la Revolución Cubana y de Fidel, Cuba le había ofrecido ayudarlo en la resistencia al golpe que ya se barruntaba y él no aceptó. No quería —y así lo expresó en el estrecho círculo de los oficiales cubanos— que los cogieran en movimiento alguno en

Chile para utilizarlo como pretexto para dar la asonada militar. Él estaba dispuesto a morir, pero no quería que los demás lo hicieran a su lado.

Carretero había visto la enorme concentración popular del 4 de septiembre, una semana antes de la agresión, cuando se reunieron en la Plaza de la Constitución más de 200 mil personas pidiendo armas para el pueblo.

El discurso de Allende lo demolió. Mandó a callar a la población de forma soberbia. El consejero político se encabronó porque observó las ansias revolucionarias aplastadas por el mandatario. Aquella masa volvió para sus hogares sabiendo que no había esperanzas.

El jefe de operaciones de la embajada cubana hizo un plano de Santiago. Le hicieron saber que él no debía ir a La Moneda. Los cubanos le iban a construir un bunker en el barrio obrero de San Miguel, le darían las armas, e instalarían la estación de Radio Magallanes para brindar informaciones. Al unísono se haría una defensa activa. Es decir, ir tomando cuarteles. Pensaron en que habría una guerra civil, pero la capital debía ser el foco de resistencia de los trabajadores. Al menos no le harían fácil el camino a los golpistas, ya que habría una resistencia.

Carretero estaba convencido de que se podía tomar Santiago con las fuerzas de la resistencia en la capital, más los refuerzos que con seguridad hubiesen llegado de las provincias.

Sin embargo, pese a las argumentaciones, Allende le transmitió a la dirección cubana que «no es necesario, no tiene sentido» enfrentar a los militares que, y así lo hicieron, establecerían desde el primer día del golpe una de las dictaduras más sangrientas de América Latina.

Desde la embajada cubana se habló con Allende tres veces el día del golpe militar. Carretero mandó oficiales a La Moneda para que hablaran con Beatriz y con Payita para comunicarles que estaban listos en la embajada con casi una compañía militar lista para trasladarse hasta el palacio. Aunque suponía la respuesta, ni él ni sus compañeros querían tener que rendir cuentas ante la Historia. Pero los oficiales no pudieron llegar a La Moneda. Beatriz llamó a su esposo Luis, que estaba en la

sede diplomática cubana y les dijo que se quedarán allí, que no permitieran ninguna provocación y que defendieran la bandera cubana.

El personal que estaba en la embajada escuchaba las alocuciones de Allende. Después llamó Payita y repitió lo mismo que antes había dicho el presidente.

La responsabilidad de Cuba estaba salvada, aunque la mayoría de aquellos hombres pensaron que iban a morir en el lugar, porque militarmente no había solución.

Hablaron también con el dirigente socialista Carlos Altamirano, quien mantuvo contra Allende una posición radical de izquierda, y después se echó para atrás cuando más falta hacía.

La honra de esa organización política fue salvada por sus miembros que murieron después en La Moneda, como los comunistas que allí se personaron, pero vinculados al mandatario en lo personal. A los del Partido Comunista los cogieron en sus casas y los metieron presos en las islas Swanson.

Una de las grandes equivocaciones de Allende fue pensar que algún general leal reaccionaría contra el golpe, pero la oficialidad de esa generación del ejército chileno fue formada en el mismo pensamiento fascista.

Prats y Scheneider eran de una generación anterior, la misma del presidente. Excepciones fueron también los generales Bautista y Bachellet. Bautista fue asesinado y desaparecido en Argentina. Ese grupo y Allende se conocían desde hacía muchos años.

El mandatario nunca vio como posibilidad la creación institucional de otros cuerpos armados populares, porque eso iba contra los principios constitucionales de las instituciones armadas del país, pero estas a su vez tampoco lo hubieran permitido. No había un documento legal que pudieran institucionalizar estos grupos.

El golpe dirigido por Pinochet fue el 11 de septiembre, el 12 fue la negociación con la Junta Militar que tomó el poder para determinar cómo iban a salir los diplomáticos y el resto del personal cubano en Chile; el 13 tomaron el avión y el 14 llegaron a La Habana.

En el aeropuerto los recibió el entonces ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Raúl Castro. De inmediato tuvo una reunión con Ulises y con el embajador García Incháustegui para recibir información en detalle sobre los acontecimientos. Ya Carretero había terminado su misión, por tanto le correspondía a Ulises Estrada como nuevo consejero político explicar lo acontecido.

Al resto de los recién llegados se les explicó que Fidel Castro estaba en Vietnam en aquellos momentos, luego de visitar India, donde le entregó la presidencia del Movimiento de Países No Alineados a la primera ministra Indira Ghandi.

Carretero sabía que Fidel, aunque siempre tuvo a Allende como un gran amigo, estaba consciente de que ya nada podría Cuba hacer para salvar el gobierno popular de Chile.



## **Allende en Cuba**

Uno de los primeros políticos de América Latina en visitar Cuba tras el triunfo de la Revolución fue Salvador Allende. Su interés era conocer personalmente a Fidel Castro y a otros dirigentes de la epopeya revolucionaria del pueblo que había derrotado a la tiranía de Fulgencio Batista Zaldívar (1952-1958).

Los viajes se repitieron. El senador socialista y luego presidente de Chile demostró ser un amigo leal. En una ocasión dijo a sus íntimos: una de las dos cosas que no puedo soportar en mi vida es un regaño de Fidel, aludiendo así a la hermandad y el cariño que surgió entre los dos grandes de América.

1959- enero Su interés es conocer a los líderes de la nueva Revolución triunfante y patentizar su solidaridad al pueblo de Cuba.

1961-abril Luego de la victoria del pueblo cubano liderado por Fidel en Playa Girón, donde se demostró que en menos de 72 horas Estados Unidos y sus sicarios eran vencibles militarmente, el senador viajó a Cuba para solidarizarse con su gobierno y las mujeres y hombres que lucharon en las arenas de la occidental provincia de Matanzas.

1966-enero Asistió a la Conferencia Tricontinental presidiendo la delegación chilena. Allí convocó a la creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), una idea que fue favorablemente acogida por los asistentes.

1966-julio Participó en los actos conmemorativos del XIII Aniversario del 26 de Julio, Día de la Rebeldía Nacional Cubana.

1967-julio Asistió a la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, (OLAS).

1967-octubre Hace breve escala en La Habana para continuar a Moscú donde asiste al 50 Aniversario de la Revolución de Octubre. Se entrevista con Fidel Castro en la oriental localidad de Manzanillo, donde se encontraba el líder revolucionario, antes de seguir viaje a la antigua capital de la extinta Unión Soviética.

1969 Realizó una visita de regreso de Vietnam y Cambodia. Es invitado por el líder de la Revolución Cubana para asistir a la inauguración de la Brigada Ernesto *Che* Guevara para el desbroce del marabú —una planta maligna para la agricultura—. Ellos se trasladaron a las orientales localidades de Holguín y Manzanillo. En este último lugar nació Celia Sánchez Manduley, una valiente guerrillera del llano y la Sierra Maestra durante la lucha de liberación nacional. Regresaron a La Habana desde el balneario de Varadero.

1972-diciembre Como presidente de Chile, hizo una visita oficial, en medio de las dificultades políticas y económicas que vivía su país debido a los planes desestabilizadores de la derecha interna, organizada y financiada por Estados Unidos.

Ese sería su último viaje a la Isla. Ocho meses después su gobierno fue derrocado por el golpe de Estado dirigido por el traidor Augusto Pinochet.



## **Al habla con su pueblo**

Salvador Allende, recién electo, habla a sus seguidores que festejaban el triunfo de la Unidad Popular, desde los balcones de la Federación de Estudiantes de Chile en la madrugada del 5 de septiembre de 1970.

[...] Yo les pido a ustedes que comprendan que soy tan sólo un hombre, con todas las flaquezas y debilidades que tiene un hombre; y si pude soportar —porque cumplía una tarea— la derrota de ayer, hoy sin soberbia y sin espíritu de venganza, acepto este triunfo que nada tiene de personal y que se lo debo a la unidad de los partidos populares, a las fuerzas sociales que han estado junto a nosotros.

Se lo debo a los radicales, socialistas, comunistas, social demócratas, a gentes del MAPU y del API, y a miles de independientes. Se lo debo al hombre anónimo y sacrificado de la patria; se lo debo a la humilde mujer de nuestra tierra. Le debo este triunfo al pueblo de Chile, que entrará conmigo a la Moneda el 4 de noviembre [...].

[...] Hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo.



## **Guerra mediática**

Sobre el gobierno de Allende se lanzaron los medios de comunicación privados, que encabezados por *El Mercurio* incitaban a la violencia, inventaban mentiras, creaban el descontento entre los sectores de la burguesía, organizaban paros y huelgas.

En reflexiones sobre esta posición de la prensa derechista y la guerra mediática contra su gobierno Allende indicó:

Es un libertinaje de la prensa. Se deforma, se miente, se calumnia, se tergiversa. Los medios de difusión con que cuentan son poderosos, periodistas vinculados a intereses foráneos y a grandes intereses nacionales. No sólo no reconocen sino que deforman las iniciativas nuestras. Todo esto, teniendo nosotros que respetar las conquistas que el pueblo alcanzó y de las cuales lógicamente hace uso y mal uso la oposición al gobierno popular.



## **Cuba y Allende, un solo corazón**

El senador Salvador Allende siempre fue un objetivo para las agencias de inteligencia de los sucesivos gobiernos de Estados Unidos. Mucho más después de que viajara a La Habana en 1959.

Antes, como dirigente estudiantil primero y como senador después, había estado en Cuba en misiones oficiales, pero ahora su presencia tuvo una connotación diferente. Para él, el encuentro con el líder revolucionario Fidel Castro insufló un nuevo aliento a sus ideas socialistas. En Cuba, veía un experimento político que aunque era dirigido por jóvenes inexpertos, cumplía un ideario que también le era propio y que, a pesar de las trabas que año tras años le impuso la oligarquía, soñaba implantar en Chile.

No sabía que aquella idealización de la lucha política en su país tendría tan nefastas consecuencias históricas, donde a 50 años de su inmolación, las más importantes instituciones del Estado son manejadas por la derecha.

Allende era un pacifista. Nunca fue partidario de la lucha armada, nunca quiso armar al pueblo ni formar milicias populares. De ahí surgieron sus contradicciones con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), integrado por estudiantes universitarios —algunos de ellos incluso allegados en lo personal— en una posición acérrima que hasta hoy le critican medios de la izquierda latinoamericana. Era un creyente ferviente en las instituciones establecidas en la República y en esa convicción luchó y murió.

Sus ideas, su apoyo al naciente gobierno cubano, la realidad chilena, sus proyectos, lo hizo saber en alta voz durante la concentración pública en que participó en La Habana, y en la que el líder revolucionario le pidió que hiciera uso de la palabra.

En enero de 1966 viajó a La Habana, encabezando una delegación de socialistas, comunistas y de representantes de otros

partidos de la izquierda chilena para participar en la Conferencia Tricontinental de Solidaridad, que condenó las acciones agresivas del imperio en las naciones del llamado Tercer Mundo.

En este evento de enorme trascendencia política, que fundó la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL), Allende propuso convocar para julio de 1967 una conferencia de partidos y movimientos revolucionarios y progresistas de América Latina y la creación de una organización latinoamericana de solidaridad (OLAS), la cual fue aprobada por unanimidad de los asistentes.

En 1968, tres cubanos y dos bolivianos sobrevivientes de la guerrilla comandada por su amigo, el comandante Ernesto *Che* Guevara, a quien conoció en 1959 en La Habana, lograron ingresar a Chile, de donde fueron expulsados por el gobierno de Frei. Ningún país aceptaba otorgarles visa. El vuelo a La Habana debía hacerse vía Tahití y Nueva Zelanda. Allende, en otro gesto solidario, decidió acompañar a los guerrilleros. Dijo el entonces presidente del Senado: «Esto es lo menos que puedo hacer por el Che».

No fue un hecho casual ni obligado por las circunstancias. Desde 1966, cuando el guerrillero heroico se encaminaba hacia Bolivia, Allende apoyaba la creación de una célula de socialistas chilenos bajo la jefatura del miembro del Comité Central Elmo Catalán para apuntalar al movimiento en Bolivia. Ese grupo era conocido por los «eleros» y era coordinado por su hija Beatriz Allende.

El espíritu internacionalista y solidario de Allende expresado a Vietnam en la entrevista que sostuvo con el líder Ho Chi Minh durante la guerra que le impuso Estados Unidos, al que derrotó militarmente su valiente pueblo, colmó de odio a los líderes norteamericanos del momento.

No hubo un movimiento revolucionario o social al que el político chileno no extendiera su mano solidaria.

La amistad entre Cuba y Chile, materializada en las relaciones de sus líderes y sus pueblos, se hizo notable, como se demuestra en este libro, antes, durante y después del gobierno de la Unidad Popular durante un trienio que transformó la historia contemporánea de América Latina.

## Capítulo II

### Zancadillas contra la Unidad Popular

El general Carlos Prats, sustituto del asesinado René Schneider, renunció a su cargo el 4 de agosto de 1973. Se vio forzado a tomar tal determinación ante las amenazas recibidas contra él y su familia cuando ocupaba el cargo de jefe del Ejército chileno. Amigo y leal al presidente Allende fue asesinado en Argentina, adonde se trasladó como medida de protección contra las hordas fascistas que él conocía existían en el Ejército. Lo sustituyó el general Augusto Pinochet.

El general Prats salió de Chile a Argentina —según dejó escrito— en azarosas condiciones, en la madrugada del 15 de septiembre (1973), al ser prevenido de que «grupos descontrolados trataban de liquidarme».

Quizás ignoraba que la convulsionada Buenos Aires no era un refugio seguro.

Hacía poco más de un año de su llegada a la capital argentina cuando el teléfono de la comisaría 23 de Palermo sonó y recibió una llamada anónima sobre un supuesto incidente.

«En Malabia 3351 había explotado un vehículo, muriendo sus ocupantes», comienza el informe policial escrito en la época, que continuaba con una descripción brutal de la escena del atentado en el que murieron Prats, de 59 años, y su esposa, Sofía Cuthbert, de 57.

El responsable del atentado de bomba fue —según testimonio judicial— Michael Townley, exagente de la DINA (la disuelta policía secreta pinochetista) y de la CIA. Townley confesó que él había participado en el crimen de Prats e involucró en el operativo a varios generales chilenos.

«Efectivamente, un Fiat 125 había sido destruido por un artefacto explosivo», dice el informe policial. Eran las 03:00 hora local y el auto seguía ardiendo.

«Los restos del automóvil se hallaban esparcidos en un radio de 50 metros», y se observaban «restos calcinados de carne humana», agrega.

Del lado derecho del auto estaba el cuerpo irreconocible de Sofía Prats. «Le faltaban ambas piernas y el brazo izquierdo, tenía varias heridas expuestas y quemaduras en varias partes del cuerpo», se lee en el documento. «Sobre la mitad de la acera y en forma paralela al cordón se encontraba el cadáver de un hombre, con quemaduras».

Del relato policial y del informe del forense se entiende que la explosión había sido brutal y había descuartizado los cuerpos del matrimonio chileno, que esa noche habían ido a cenar con unos amigos e ingresaban al garaje de su residencia.

Cuando dejó su cargo, días antes del golpe militar dando paso a la figura de Pinochet, a quien por escalafón le tocaba sustituirlo, de esta leal figura militar chilena, amigo personal de Allende, escribió el presidente:

[...] Es este un momento en que hay chilenos que callan ante las acciones sediciosas, a pesar de hacer constantes confesiones públicas de respeto a la Constitución.

Por eso, su gesto significa una lección moral que lo mantendrá como una meritoria reserva ciudadana, es decir, como un colaborador de la patria con el cual estoy seguro ella contará cuando las circunstancias se lo demanden.

Los peores ataques dirigidos contra usted constituyen un aparte de la escalada fascista en la cual se ha llegado a sacrificar al comandante de la Armada nacional, mi edecán y amigo, Arturo Araya Peeters, quien fuera ultimado por personas pertenecientes al mismo grupo social que tronchó la vida del general (René) Schneider. Es éste un duro momento para Chile, que usted lo siente de una manera muy profunda.

El gesto de su renunciamento, motivado por razones superiores, no es la manifestación de quien se doblega o rinde ante la injusticia, sino que es la proyección de la hombría propia de quien da una nueva muestra de responsabilidad y fortaleza [...].

## Capítulo III

### El más allegado al presidente

Era el año 1963, Luis Fernández Oña había entrado en el servicio de Inteligencia cubana, que cumplía con dos tareas simultáneas: las propias de la inteligencia y la de atención política a los partidos y movimientos de liberación, que surgían en América Latina.

Bajo las órdenes del comandante Manuel Piñeiro le encomendaron la misión de brindarle seguimiento político a Chile, un país del cual, en realidad, poco conocía. Pero en el camino aprenderás la tarea, le dijeron.

La «atención» consistía en estar informados de lo que sucedía en aquel país suramericano y recibir y acompañar a personalidades políticas que viajaran a Cuba. También debía realizar el mismo trabajo con Bolivia. Esas naciones no habían roto aún relaciones diplomáticas con Cuba. Por tanto, el tránsito de funcionarios en ambas direcciones era normal.

En aquel año el presidente chileno era Jorge Alessandri (1958-1964), y como candidatos a la Primera Magistratura aparecían el socialdemócrata Eduardo Frei y el socialista Salvador Allende. Es en el mandato de Alessandri que Chile rompe relaciones diplomáticas con Cuba.

Uno de los primeros líderes latinoamericanos en viajar a La Habana luego del triunfo revolucionario fue Allende, quien en esa oportunidad lo hizo en compañía de su esposa Hortensia Bussi.

Entonces senador de la República, no dudó un instante en visitar la Isla. Fernández Oña no lo conocía y estaba muy lejos de imaginar que sería su suegro.

En uno de sus varios viajes, llegó acompañado de su hija Beatriz. Era 1967, y una vez más la injerencia de Estados Unidos y las confabulaciones políticas internas le hicieron perder las elecciones presidenciales, por segunda vez.

Ellos iban solo de paso, pues seguían rumbo a la Unión Soviética, invitados a los actos conmemorativos por el 50 aniversario

de la Revolución de Octubre e hicieron una escala en La Habana rumbo a Moscú.

El amigo de Luis y su colega de trabajo, Ulises Estrada, que venía con ellos desde Chile le dijo: «Ahí viene Allende con una muchacha bastante bonita». Lo era. Tanto, que el joven se iluminó con su presencia. No sabe si se enamoró de ella en ese instante o después. Solo que ya no la apartó más de su mente.

Luis los recibió, ya que eso era parte de su trabajo, y le pareció entonces que Beatriz era muy joven para mantener una relación íntima con el senador, a quien mucho le agradaban las mujeres bellas y que jamás lo ocultó. Luego supo que era su hija y eso lo alivió, pero de inmediato rechazó el pensamiento de una eventual relación: ella estaba casada y él también.

Así que los llevó para el hotel Habana Libre, los dejó acomodados en sus habitaciones, Salvador ya dispuesto para dormir. Él descendió a Las Cañitas, un bar elegante situado en el *mezzanine* de la edificación.

Pero la imagen de Beatriz, a quien todos llamaban Tati, se mantenía fija en su cerebro. Bebió un par de tragos persiguiendo una idea y volvió al piso donde estaban alojados los visitantes.

No se le ocurrió algo más original que decirle a la muchacha, cuando le abrió la puerta, que era su cumpleaños, lo cual era mentira. Y ella, sin meditarlo mucho, hizo el ademán para darle un abrazo, que el joven enamorado rechazó de inmediato.

Salvador, quien se despertó con la conversación, y viendo el panorama, le espetó al supuesto cumpleaños: «¿Y por qué le haces eso a la muchacha?» Avergonzado de su engaño, Fernández Oña respondió: «No, doctor, es que los cubanos no estamos habituados a ese tipo de saludo». Se despidió como pudo y salió como un disparo del Habana Libre.

La suerte estaba de parte del acompañante de los Allende. A Luis, el veterano político chileno le parecía avezado, que estimaba la Revolución Cubana y a sus dirigentes. Era muy afable y muy cortés, pero sin ser petulante marcaba siempre una distancia entre él y sus interlocutores. Era un senador y como tal

se daba a respetar, aunque ello no menguaba las travesuras que acostumbraba hacerles a los amigos.

Sin embargo, aquel 1967, el cubano aún no había rebasado la línea de un funcionario que atiende a un dirigente político de alto nivel.

En una ocasión, Salvador y el diputado Patricio Hurtado viajaban a Cuba e hicieron una escala en Praga. Allí estaba Luis por otros motivos.

Los dos legisladores estaban en ropa interior en una habitación, y ante aquella espontaneidad, el cubano pensó que existía una distensión amistosa. Y, atrevido, lo llama por su nombre: «Salvador, tu...». Hasta ahí llegó. Con cierto enojo, el parlamentario lo miró a los ojos y le replicó: «No me tutee, que el tuteo lo controlo yo».

Más de una vez Fernández Oña sintió aquella frialdad del presidente del Senado chileno.

En 1968 se encontraba en Chile cuando llegaron a Santiago tres sobrevivientes de la guerrilla del Che y de inmediato se trasladó a la residencia de Allende en la calle Guardia Vieja.

El dirigente socialista saldría de Chile hacia Cuba con los tres guerrilleros, en un histórico gesto de amistad y solidaridad hacia el comandante Ernesto *Che* Guevara, a quien consideraba un amigo, y con Cuba.

En una parte de la conversación Luis le comenta: «A mí me parece que...» Por respuesta un nuevo parón: «¿Y usted pretende decirme lo que yo debo hacer?» Ahí acabó la conversación.

En otra oportunidad, ya siendo presidente, esperando la visita de Fidel a Chile, varios cubanos a cargo de la infraestructura de los movimientos del líder revolucionario, le brindaron una explicación sobre el plan de apoyo que pretendían seguir. Ahí mismo se paró y los detuvo: «¿Qué cosa pretenden, que haga lo que ustedes dicen?» Abrió la puerta, dio un portazo y se fue. Pocos minutos después, volvió y riéndose les dijo: «Los engañé».

Ahí Luis se percató de que había que ser muy cuidadoso con aquel hombre que fingía ataques al corazón, tirándose al suelo,

alarmando a los que le rodeaban, y en minutos se recuperaba, se burlaba y seguía en sus reuniones y despachos.

La intimidad con su futuro suegro vino más tarde.

Un día, después de conocer a Beatriz, le comunican que debía viajar con la pareja a Holguín, provincia situada en la parte oriental de la isla, a 743,2 kilómetros de La Habana.

Tras la llegada se trasladaron en helicóptero hasta donde se encontraba Fidel con otros miembros de la dirección política del país, en una casa para visitantes en Manzanillo, tierra en la que había nacido la heroína Celia Sánchez Manduley y también se inventó el famoso órgano musical de papel.

Allí, Salvador y Fidel conversaron un buen rato. Era la única posibilidad que tenían de encontrarse antes de que siguiera viaje. A los dos le gustaba jugar ping pong y en un rato estaban ante la mesa, raqueta en mano. Medio furibundo, Salvador tuvo que admitir que había perdido el partido. El encuentro apenas duró unas horas.

De vuelta a La Habana, Luis, Salvador y Beatriz se despidieron en el aeropuerto José Martí. Al joven le mantenía en vilo la esperanza de un pronto regreso.

Pero Beatriz tenía otras preocupaciones. Simpatizante de la guerrilla del Che en Bolivia, ella formaba parte del grupo llamado Los Elenos, encargados, entre otras tareas, de trasladar el avituallamiento hasta donde se encontraban el Comandante y sus hombres.

La segunda hija de Allende se inclinaba más por la lucha armada como la manera más efectiva de alcanzar el gobierno y llevar adelante las ideas socialistas, como las que deseaba implantar su progenitor.

Entonces, a su retorno a la capital, la muchacha plantea que quería recibir adiestramiento militar en Cuba. Quizás no meditó que su actitud ponía en aprietos a la dirección cubana, pues su padre era un conocido político dentro y fuera de Chile.

Piñero reunió al grupo que dirigía para intercambiar criterios al respecto, pero tenía claro la responsabilidad de entrenarla. Preguntaba, sabiendo la respuesta: «¿Cómo vamos a entrenar a esta muchacha, que es la hija de Allende, un buen

amigo de Fidel, sin olvidarnos, además, de su alta responsabilidad en el Congreso chileno?»

La solución fue encomendarle a Irina Trapote, una de las funcionarias de la dirección nacional de la Federación de Mujeres Cubanas, que la llevara a practicar en un campo de tiro existente en la calle 26, en Nuevo Vedado, al que acudían milicianos y militares con el mismo propósito.

Nunca se supo si la joven revolucionaria estuvo conforme o no con aquel simulacro de entrenamiento, pero había conciencia de la necesidad de entrenarla de manera adecuada.

En la nación austral se creó un centro de operaciones apoyando a la guerrilla, que era la retaguardia del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia.

Aunque Salvador conocía que el plan se gestaba en sus narices y que su hija estaba involucrada y se preparaba militarmente en Cuba, no se pronunciaba al respecto.

Cuando Beatriz conoció a Fernández Oña estaba casada con Renato Julio, pero la atracción que sentía por el cubano era poderosa y comenzaron una relación más profunda.

El matrimonio de él había sufrido desgarros, y estaba consciente de que no duraría mucho más, a pesar de los dos hijos que le alentaban a continuar casado.

Como Beatriz prolongó demasiado su estancia en Cuba, Renato vino a La Habana a buscarla.

Ella se alojaba en el hotel Capri y desde allí le telefoneó a Luis para preguntarle qué actitud adoptar con el esposo. Luis fue claro: «Termínalo». Pero, para su sorpresa, ella regresó a Santiago con el marido. Lo que le hizo pensar que allí terminaban sus vínculos amorosos.

Sin embargo, la suerte estaba del lado de los enamorados.

En febrero de 1968, el funcionario cubano tuvo oportunidad de viajar a Santiago de Chile para participar en una reunión de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe. Viajaba con Francisco García Valls, viceministro de Comercio Exterior.

Poco después de su arribo, Salvador lo llamó aparte, enterado de los amores de su hija. Lo único que le pidió fue «cuídame». Pero su futura suegra, a quien llamaban Tencha, fue

crítica de las relaciones, que ya eran evidentes. No estaba de acuerdo.

La futura suegra consideraba a Luis un mujeriego, y de ello tenía constancia. Había estado en La Habana en 1963 y se dio cuenta de que aquel funcionario bonito y de buen hablar estaba filtrando con una guía del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos. Nada importante, pero Tencha lo vio y alertó a su hija cuando supo que aquel joven pretendía unirse a la familia. No le faltaba razón a Hortensia.

Durante los meses que estuvo separado de Beatriz conoció a otra mujer y con ella tuvo a su hijo Ernesto. Pero no engañó a la chilena, se lo contó y ella fue radical: «Tú decides». Y él decidió.

Aquellos días de 1968 fueron especiales para los enamorados. Salvador los invitó a la casa que tenía en la playa en Algarrobo. Salió en un velero con Beatriz y con ella estuvo 45 días. Ahí se terminó el matrimonio con Renato Julio. Volvieron a separarse, pero ella viajaba con más regularidad a La Habana a recibir cierto tipo de adiestramiento, en especial en comunicaciones por radio, e instrucciones para llevarlas de apoyo al Ejército de Liberación Nacional de Bolivia.

Para Fernández Oña, la relación con la novia chilena era compleja. Primero debieron salvar el obstáculo de sus matrimonios y de la distancia. Pero lo peor era que ponía también en riesgo su trabajo en la DGLN.

En Cuba, en aquella época, estaba prohibido el casamiento entre cubanos y extranjeros, mucho más cuando se trataba de funcionarios oficiales.

La posibilidad de enamorarse era, empero, latente entre aquellos hombres que atendían a extranjeras revolucionarias, algunas bellísimas, a quienes acompañaban de manera constante durante sus estadias en La Habana.

Solo se enteraron de aquella relación que ya duraba meses cuando Fernández Oña comunicó a sus jefes que se iba a casar con Beatriz. Lo planteó formalmente, como una decisión tomada. En 1969 se presenta Salvador, procedente de una gira por Asia, y plantea que está de acuerdo con el matrimonio.

Los días de Allende en Cuba en aquella ocasión fueron aciagos. Debía quedarse en La Habana dando tiempo a que la alianza de la Unidad Popular definiera un candidato para las elecciones presidenciales, en una disputa entre él, por el Partido Socialista, y el poeta Pablo Neruda por el Partido Comunista. Además, conocía que había otros miembros de su Partido también interesados. Llamó a Santiago y avisó que estaba enfermo de hepatitis y que en esas condiciones de salud no podía regresar.

En ese lapso, Beatriz le telefona para informarle que su primera nieta, hija de Carmen Paz, padecía de una infección intestinal muy grave. Beatriz, como médica, la atendió, pero la niña no quedó bien. Luis fue testigo de que Salvador lloraba sin consuelo hasta que se secó las lágrimas y dijo: «Bueno, ya basta». Entre los dos hombres ya se había establecido una relación muy profunda.

Fernández Oña es de los pocos que conoció del infarto cardíaco sufrido por Salvador, en plena calle de Santiago, pocos días antes de la celebración de los comicios presidenciales. Aquella situación siempre se mantuvo oculta, para evitar que por razones de salud le impidieran participar en la contienda, lo cual hubiera sido un desastre político. Los cuidados de Beatriz y otros médicos amigos le salvaron la vida y la presidencia. Además, nunca más sintió molestias cardíacas.

Luis estaba en Cuba cuando Allende ganó. Cuando se conoció la noticia en Cuba, él estaba en el cabaré del hotel Habana Riviera, situado frente al malecón, junto a un grupo de chilenos.

Al lugar llegaron funcionarios de Seguridad Personal para trasladarlo al periódico *Granma*, donde ya se encontraban Fidel y Celia Sánchez, y el director de ese órgano, el capitán Jorge Enrique Mendoza.

Cuando Fidel lo vio, le dijo: «Se produjo el milagro». Una tempestad de preguntas se le vino encima, justo el día en que se había tomado varios tragos y estaba demasiado contento. Fidel empezó a interrogarlo durante horas, pidiéndole opiniones acerca de sus ideas sobre la victoria de la Unidad Popular; de

cómo preveía que se desarrollaría aquel proceso; si había algún momento en que pudiera producirse algo que impidiera que Allende asumiera la primera magistratura.

El líder de la Revolución Cubana estaba preocupado porque entendía que un gobierno que dejara intacta la faramalla política existente siempre corría peligros, no por parte del pueblo, sino por una probable traición en el seno de las Fuerzas Armadas.

En realidad, la Marina, en el momento de su asunción, le respondió con fidelidad. El Ejército también. El mayor peligro entonces procedía de la Fuerza Aérea, donde se observaba alguna tibieza. El presidente tenía tres edecanes, pero respondían a sus jefes de armas.

Allende poseía claridad política al respecto. Sabía que no había hecho una Revolución y que debía gobernar con un nuevo estilo, tal como le prometió al pueblo, pero estaba consciente de que vivía con la Espada de Damocles sobre su cabeza.

A los ocho días de obtener la presidencia, mandó a Cuba a Beatriz y a su secretaria particular y pareja sentimental Miriam Contreras, conocida como Payita.

Fidel las visitó en el Habana Libre y Beatriz le comentó que su padre solicitaba la presencia de Fernández Oña en Chile, pues él consideraba que era quien más sabía de la vida interna de su país.

Al regreso, las dos mujeres se llevaron como regalo personal del Comandante una metralleta para el presidente, que no poseía armas.

Luis viajó poco después como integrante de una delegación de veterinarios que iban a un Congreso en Santiago.

Como supuestamente Fernández Oña era miembro del grupo, ayudado por un doctor, trasladó las 10 pistolas que llevaba consigo en un maletín. El punto de escala era España. Al tocar suelo, desde la embajada cubana le avisaron que había controles en el aeropuerto de Madrid.

Hombre de ideas rápidas, se le ocurrió entablillarle las piernas a una de las médicas que iba en la delegación, quien accedió con gusto cuando se le explicó el motivo de una solicitud

tan extraña; la subieron a un sillón de ruedas, y la pasaron por las inspecciones sin contratiempo alguno.

En realidad, no se detuvo en las consecuencias de ser descubierto y el revuelo político que le perseguiría.

Cuando llegaron a Santiago, nadie de la familia Allende lo fue a esperar. Se le acercó el corresponsal de Prensa Latina en el país, Jorge Timossi, con la foto de un gordo. «Ese eres tú», le espetó. Y Luis, que no se reconocía en la imagen, y como medida de protección, le respondió que no. Así estuvieron un rato hasta que al fin se marcharon.

Al siguiente día, dos médicos que asistirían al Congreso de Veterinaria lo fueron a buscar para hacerle rayos X a la doctora que aún tenía las armas, y recogerlas para dejarlas en la casa de Payita. En un nuevo encuentro con el recién electo mandatario, este aprovecha el retorno de los médicos a Cuba, para mandarle un mensaje a Fidel.

En Chile se quedaron tres cubanos: uno de protección, otro de la Inteligencia, y Luis, que era en aquellos momentos el contacto directo con Salvador.

A los tres los atendió un matrimonio de chilenos, quienes también los trasladaban en sus andanzas por la capital. El suministro de comida lo llevaba Payita, o la sueca casada con Coco Paredes.

Las cosas fueron cambiando según transcurrió el tiempo. A partir del segundo año en el palacio de La Moneda, las cosas comenzaron a complicarse para el equipo ministerial de Allende. Existía una ruptura con el MIR, entre cuyos dirigentes se encontraba su sobrino Pascal. Beatriz había estudiado con muchos de los dirigentes del movimiento y eran amigos. Ella le explicaba a su padre la línea de pensamiento de la organización, por qué creían en la lucha armada para garantizar el proyecto político chileno, pero él no la entendía ni transigía en sus ideas pacifistas.

Ocurrió un hecho que fue el detonante para que Salvador decidiera que jamás quería un «mirista» a su alrededor.

De Cuba habían enviado un cargamento de armas entre logística para el Ministerio de Educación, y las metieron en

la casa de Salvador en Tomás Moro, con destino al Grupo de Apoyo al Presidente (GAP). Pero el MIR sacó las armas de allí. Se las robaron gracias a la colaboración de un cubano.

Allende nunca quiso que el movimiento le protegiera, ni siquiera el día del golpe de Estado, y mucho menos que tuvieran armamento en su poder. Los miristas crearon una situación explosiva, que ellos consideraban revolucionaria.

Varias veces Salvador explicó a sus íntimos que ya él no podía ser un comandante guerrillero con 65 años ni abandonar sus convicciones pacifistas. Lejos estaba de imaginar el odio, la represión, la venganza contra quienes lo apoyaron, los jóvenes del MIR en primer lugar, desplegó el traidor Pinochet.

En realidad, ya él había dicho en su último discurso que de allí solo lo sacarían con los pies para adelante. Escogió el lugar de su muerte y cumplió su palabra.

Allende reconoció siempre que el MIR había tenido gestos muy favorables, como la solicitud de sus dirigentes para protegerlo en el tiempo comprendido entre su victoria en las urnas y la toma de posesión. En su primera escolta personal reconocía a varias figuras de esa organización.

Además de las relaciones personales con Enríquez y otros líderes miristas, también los dos hijos de Payita pertenecían a esa formación y uno de ellos murió durante el golpe fascista.

Carmen Castillo, quien después sería la esposa de Enríquez y una de las relaciones de amistad más queridas de Allende, era también íntima de su hija Beatriz. Para el presidente era sumamente doloroso lo que estaba aconteciendo, dadas las relaciones sentimentales, subterráneas, con algunos de los más importantes jefes del MIR.

Incluso conoció que varios de sus miembros, en pleno golpe de Estado, se acercaron a la embajada de Cuba en busca de armas para combatir a los fascistas, las cuales por razones tácticas les fueron negadas.

Pocos días antes de la asonada militar, el presidente llamó a Fernández Oña a La Moneda y le solicitó que se llevara dos archivos de cuatro gavetas en las que tenía cintas y grabaciones

de la Unidad Popular que él no quería que cayeran en manos del enemigo.

La orden fue tajante: «Si algo me pasa, usted destruye todo». Y conjuntamente le entregó una cantidad de dinero. «Esto es para la familia». Fernández Oña le insistió. «Doctor, ¿usted no quiere que mande esto para Cuba?» Le respondió que no, que lo destruyera todo.

Varias veces los jefes de la misión cubana le pidieron a Allende que no se metiera en La Moneda, que era un hueco rodeado de edificios, sino que se trasladara para los barrios que constituían cordones obreros.

Quizás confió demasiado en sí mismo. Aunque muchos partidos lo apoyaron en un principio, ninguno quería jugar en la guerra que se le venía. Muchas de las medidas que tomó, lo hizo por decisión propia, dada la desunión que existía entre los dirigentes de la Unidad Popular.

Quizás por estar emparentado con Allende, o solo por ser funcionario de la embajada cubana, a Fernández Oña le cayó encima la negativa fuerza de los medios de comunicación de la derecha en Chile. Trataron de desprestigiarlo de muchas maneras.

Lo acusaron, entre otras cuestiones, de asesinar al edecán naval de Allende, y de que de inmediato había huido del país. Debió personarse en el hogar oficial de Tomás Moro para que los jefes militares le vieran allí y destruir la mentira de su presunta relación con aquella muerte. También le llamaban «asesor de asesinos», que entrenaba al GAP.

Cuando asistía a las recepciones, el resto de los diplomáticos asentados en Santiago le hacían todo tipo de preguntas, pues suponían que él estaba muy bien informado. Pero también atacaban a la Revolución Cubana y a los familiares de Allende.

El 8 de septiembre, cuando Beatriz cumplía años, esperando a su segundo hijo con Luis, a quien pusieron Alejandro como nombre, los amigos se reunieron en Cañaverál para festejarlo.

En Cañaverál, Salvador pasaba los fines de semana con Payita, su compañera hasta el día de la muerte. Era conocido que sus relaciones con Hortensia eran solo amistosas, pero

respetuosas. Siempre fue la primera dama, y como tal se comportó y se creció después hasta el día de su fallecimiento. Nunca descansó en la búsqueda de la solidaridad con la causa chilena luego de la muerte de su esposo y la instauración de la dictadura pinochetista.

Todos los que estaban en Cañaveral aquel día sabían que se estaban despidiendo.

En lo más íntimo, los allí presentes sentían que no volverían a reunirse. Algunos de los invitados descendieron hacia Santiago, pues la casa estaba en una ladera. Luis bajó con Beatriz y fueron para la casa de una doctora amiga de ella que estaba cuidando a la pequeña Maya, enferma de gripe.

Salieron del barrio La Reina, donde vivía la muchacha, situado en la zona más montañosa. Había siempre un carabinero de guardia frente a la casa. Regularmente ellos iban a dormir a la residencia oficial de Allende, donde ya en esa fecha había un grupo de colaboradores, en espera de lo que se venía. Pero como la niña estaba agripada, la dejaron en la casa que tenían en Martín Alonso Pinzón, en el barrio Los Condes. Maya permaneció protegida allí desde el día 9, hasta el 11 en la mañana.

Ese día 11 telefonaron a Beatriz. El golpe estaba en marcha y la niña en la casa, donde siempre había un custodio cubano debido a las amenazas que sufría el matrimonio y además le acompañaba a todos lados. El cubano tenía el sobrenombre de Honduras.

Fernández Oña pidió al guardaespaldas que se llevara a Maya de nuevo para La Reina y la dejara con la amiga de Beatriz y que le dejara un automóvil Fiat ahí para salir. Llamó de inmediato a Félix Lobo a la embajada, y le contó que estaban allá parados. Desde la casa se veía gente llegando a una plaza muy próxima. De vuelta, llegó Honduras con el Mercedes de la embajada. Beatriz se fue para La Moneda y Luis para la sede diplomática cubana.

Durante ese día, los funcionarios cubanos y su yerno en especial, mantenían una comunicación directa con el presidente. Le preguntaban qué hacían, que ellos podían luchar a su lado, ofrecer resistencia a los golpistas. Pero la respuesta era siempre

la misma: «No salgan de la embajada». Con el transcurrir de las horas, la situación se puso más tensa.

El día del golpe, cuando Fernández Oña entró en la sede diplomática cubana lo primero que hizo fue quemar los archivos encomendados por el mandatario. El dinero lo trajo para Cuba.

Aunque parezca increíble, los militares no cortaron las comunicaciones, pues seguramente estaban intervenidas.

Por Danilo Bartulín, el médico del mandatario, se enteró del suicidio de su suegro. Los militares habían dejado salir a Bartulín por ser doctor, pero el resto de los hombres permaneció en La Moneda, entre ellos Coco Paredes.

Después conoció que cuando era inminente la entrada de los golpistas a La Moneda, Allende empezó a dar órdenes. Y la primera fue que Beatriz saliera de allí. No la convenció, pero le pidió que por ella el mundo debía conocer lo que había ocurrido en Chile, y que era su obligación cuidar a sus hijos.

Solo así logró que la hija que le fue tan fiel y le hizo la vida más llevadera, cumpliera aquella dolorosa disposición.

La muchacha salió del palacio a regañadientes, a pesar de los argumentos paternos. No quería dejarlo, su deseo era quedarse junto al hombre que fue también su mentor político. Ellos eran muy unidos y no se imaginaba estar en otro lugar que no fuera a su lado en aquellas circunstancias, y mucho menos vivir lejos de él.

Pero Salvador les pidió a sus custodios que sacaran a las mujeres, entre ellas Payita, su último amor. Con Beatriz también estaba su hermana Isabel, dos periodistas, y una cubana llamada Nancy Yulién, que estaba casada con Jaime Barrios, economista que trabajó en Cuba con el Che y durante el gobierno de Allende fue presidente del Banco Central de Chile.

Cuando aquellas valerosas mujeres se encontraban a una o dos cuadras de La Moneda comenzó el bombardeo del Palacio Presidencial, algo inédito en la historia de América Latina.

Beatriz no podía avanzar mucho dado su embarazo hasta que logra detener un vehículo y con su hermana se fue para la casa de una amiga. Desde el lugar telefoneó a su marido. Eran alrededor de las 14:00 hora local.

Fernández Oña informó al embajador que tenía contacto con su mujer y que ella se sentía muy mal. Ya cayendo la noche, un oficial de carabineros le telefona directamente. Le transmitió que era el oficial encargado de la familia Allende. Que si él sabía dónde estaban que los recogiera para llevarlos al entierro del presidente. Eran más de 100 kilómetros a Viña del Mar, donde sepultarían al mandatario. Y el oficial fue breve, pero conciso. Si quieren, después del entierro, vuelven y se asilan en la embajada cubana.

Enseguida se movilizó. Llamó a su mujer y le preguntó por su madre y su otra hermana, Carmen Paz. Localizadas ambas, estaba listo para recogerlas.

El oficial leal a Pinochet vuelve a llamar y le comunica que está en la esquina. Y el cubano, previendo una emboscada, le responde que fueran a buscarlo. Le respondió que no, porque le iban a disparar. Estaba en una parte de la embajada que era un callejón sin salida. Entonces le dijo que iba a salir, para que no se asustara. El embajador le plantea «yo te voy a acompañar para ver en manos de quién te entrego».

A unos 10 metros de donde se encontraban estaba la garita con la guardia de seguridad. Cuando salió, Luis sintió que un panal de abejas le pasaba por la cara. Eran los tiros de los soldados chilenos parapetados en la casa situada al frente del portón de la embajada.

De inmediato, respondiendo al ataque los compañeros de la misión dirigieron su fuego contra la edificación, generalizándose un nutrido tiroteo desde todos los flancos de la embajada, que duraría unos siete minutos. Los dos hombres pasaron por arriba de la garita, sin saber todavía cómo lo hicieron.

Fernández Oña habló con el embajador y le dijo que estaba desarmado. García Incháustegui tenía una pistola, y le indicó que vigilara la cerca, porque por ahí podían entrar los soldados. Los minutos que pasó allí, casi al descubierto, le parecieron eternos. Entonces, los hombres de la embajada los vinieron a rescatar. Le preguntó al embajador si estaba herido, y la respuesta lo dejó atónito. «No sé, Luis, no sé». Cuando entraron les sirvieron whisky. Y allí vuelve la insistencia del oficial de

Carabineros de que hubo un error, que no dispararían más. Pero Luis le respondió que de ahí no salía más.

Ya dentro del territorio de la embajada el jefe de Tropas Especiales, Patricio de la Guardia,<sup>1</sup> asistido por otros compañeros, los condujeron bajo el intenso tiroteo hacia el interior del edificio.

A la mañana siguiente, el día 12, la Junta Militar mandó a la embajada a un coronel que había estado en Cuba, Uros Domic, para confirmarles que se encontraba allí para evitar que sucediera otro incidente. Más tarde llegarían un coronel del Estado Mayor y un funcionario de protocolo para coordinar la salida de Chile del personal cubano, dentro de las 48 horas señaladas en el decreto de la Junta Militar, que establecía al romper las relaciones con Cuba.

Los militares también hicieron contacto con los hijos de Laura, la hermana de Salvador.

Al cementerio solamente fueron Hortensia y algunos miembros de la familia, entre ellos su sobrino Pascal Allende.

Cuando los autos se detuvieron en la necrópolis apenas se veía, pero la Tencha, que demostró una valentía poco imaginada en ella, dijo en alta voz: «A todos los que están mirando, sepan que aquí están enterrando al presidente de Chile».

Mientras eso ocurría, en la embajada cubana se pretendía tomar los edificios más altos cercanos a las dos casas que integraban el conjunto diplomático. En una estaba la cancillería, y en la otra, las tropas especiales. Pero de Cuba respondieron que no. Y entonces los inmuebles cayeron en manos de los militares.

En la sede diplomática no había armas de gran potencia. Podían resistir, pero no combatir durante mucho tiempo. Conocieron por voces amigas que estaban amenazando con bombardearla también. Empezaron a recogerlo todo, incluidas las armas. Le comunicaron a Uros Domic que había personas en la residencia del embajador, que Beatriz estaba en otro lugar con la niña, que los periodistas de Prensa Latina se encontraban

<sup>1</sup> Por la Causa No. 1 de 1989, cumplió sanción. [N.E.]

también esperando. La respuesta de los militares es que fueran a buscarlos a todos. Luis salió con un hombre de civil y un mayor del Ejército en uniforme.

Fue primero a recoger a su hija Maya. Desde un techo, un franco-tirador le disparó. Con Maya estaba una empleada chilena, gruesa, que era quien la cuidaba. Luego fue donde Beatriz. De lejos vio a Isabel y a todas las mujeres que se encontraban en el lugar. Ellas se quedaron ahí. Maya entretuvo un poco a su mamá, que estaba en un estado calamitoso, con su enorme vientre, el sentimiento por la pérdida de su padre y la gravedad del momento.

Siguieron en busca de Patricia Espejo, Isabel Jaramillo y los periodistas de Prensa Latina Jorge Timossi, jefe de la corresponsalía, Jorge Luna y Mario Mainadé.

Esa noche, el embajador cubano convocó al cuerpo diplomático amigo de Cuba. Estaban los representantes de Perú, México, la Santa Sede, la Unión Soviética y Suecia, cuyo embajador se comprometió a cuidar de quienes por distintos motivos tuvieran que quedarse, así como proteger los bienes que no podían trasladar a La Habana.

El objetivo de aquella cita era que los diplomáticos extranjeros acompañaran la caravana donde iban los cubanos para evitar que los agredieran o mataran en el trayecto al aeropuerto. Los militares mandaron ómnibus y algunos automóviles, entre ellos un Mercedes Benz para trasladarlos.

Por la ventanilla, Fernández Oña veía un Santiago oscuro, tenso. Cada uno de los cubanos tenía una granada y un arma corta, por si ocurría algún incidente. En la terminal aérea, los empleados se negaron a cargarle los bultos.

En un camión iban parte de las armas, y la otra se quedó en el bunker de la embajada. El embajador sueco Harold Edelstan y otros amigos les entregaron el armamento al MIR, cuyos dirigentes murieron después en combate o fueron asesinados por las hordas pinochetistas.

La escolta del vehículo con las armas, sin saberlo, lo hacía un soldadito de los que tomaron el aeropuerto capitalino. El muchacho le preguntó al chofer de la embajada cubana qué es-

taba pasando. Le contaron que habían matado al presidente (según la noticia que se rumoraba).

La reacción fue increíble. Aquel «milico» solo atinó a decir, como si saliera de un sueño «¡Cuando mi mamá lo sepa, deja que yo llegue a mi comuna!» El conductor cubano lo increpó: «¿Pero cómo tú vas a ser cómplice de un golpe de Estado?» Pero él se defendió como pudo diciendo que desde hacía cuatro días estaba metido junto a sus compañeros en una barraca, sin siquiera escuchar radio. Lo único que recibió fue la orden de estar en esa ruta para llevarlos al aeropuerto. Eso hizo suponer que quizás una gran parte del Ejército no sabía lo que estaba ocurriendo en el país.

A Chile había llegado un vuelo de la línea soviética Aeroflot, por lo que el García Incháustegui se entrevistó con su homólogo de la Unión Soviética, quien se puso a titubear por lo peligroso del viaje. Finalmente aceptó brindar la nave para trasladar el personal a La Habana.

Al avión los rusos no le pusieron agua ni alimentos. Después que abordaron, el piloto ruso apagó todo el aparato para evitar que lo vieran y lo tumbara la Fuerza Aérea golpista.

La aeronave voló bajito primero y cuando salió del perímetro chileno alzó vuelo hasta Perú, donde hizo una escala para reabastecerse y continuar hasta la capital cubana.

Beatriz nunca se repuso psicológicamente del golpe que para ella supuso la muerte de su padre. Su único deseo, ya estando en La Habana, era regresar a su país para organizar la resistencia. Quizás, cuando años después se quitó la vida no estaba en condiciones de valorar plenamente la importancia que tenía en el escenario político chileno.



## Allende por Allende

Pienso que el hombre del siglo XXI debe ser un hombre con una concepción distinta, con otra escala de valores, un hombre que no sea movido esencial y fundamentalmente por el dinero, un hombre que piense que existe para la fortuna una medida distinta, en la cual la inteligencia sea la gran fuerza creadora.

Pertenezco a una familia que ha estado en la vida pública por muchos años. Mi padre y mis tíos, por ejemplo, fueron militantes del Partido Radical, cuando éste era un partido de vanguardia. Este partido nació con las armas en la mano, luchando contra la reacción conservadora. Mi abuelo, el doctor Allende Padín, fue senador radical, vicepresidente del Senado y fundó en el siglo pasado la primera escuela laica en Chile. En aquella época fue, además, serenísimo gran maestro del orden masónico, lo que era más peligroso que hoy ser militante del Partido Comunista.

Bien pronto, pese a pertenecer a una familia de la mediana burguesía, dejé la provincia, Valparaíso, y vine a estudiar Medicina a Santiago. Los estudiantes de Medicina, en aquella época, se encontraban en las posiciones más avanzadas. Nos reuníamos para discutir los problemas sociales, para leer a Marx, Engels, los teóricos del marxismo.

Yo no había frecuentado la Universidad buscando ansiosamente un título para ganarme la vida. Milité siempre en los sectores estudiantiles que luchaban por la reforma. Fui expulsado de la Universidad, arrestado y juzgado, antes de ser médico, por tres cortes marciales. Fui liberado, enviado al norte de Chile y después comencé en Valparaíso mi carrera profesional.

Tuve muchas dificultades porque, aunque fui un buen estudiante y me gradué con una calificación alta, me presenté, por ejemplo, a cuatro concursos en los que era el único concursante y, sin embargo, los cargos quedaron vacantes. ¿Por qué?: por mi vida estudiantil.

En Valparaíso tuve que trabajar duramente, en el único puesto que pude desempeñar: asistente de Anatomía Patológica. Con estas manos he hecho mil quinientas autopsias. Sé qué quiere decir amar la vida y sé cuáles son las causas de la muerte.

Terminando mi trabajo de médico, me dedicaba a organizar el Partido Socialista. Yo soy el fundador del Partido Socialista de Valparaíso. Me enorgullece haber mantenido, desde cuando era estudiante hasta hoy, una línea, un compromiso, una coherencia. Un socialista no podía estar en otra barricada que en aquella en la que yo he estado toda mi vida.

En verdad, tuve influencia en mi formación de un viejo zapatero anarquista que vivía frente a mi casa, cuando yo era estudiante secundario. Además me enseñó a jugar ajedrez. Cuando terminaba mis clases, atravesaba la calle e iba a conversar con él. Pero como era un hombre brillante, no sólo me planteaba sus puntos de vista sino que me aconsejó que leyera algunas cosas. Y empecé a hacerlo. Cuando fui a la Universidad, ya había allí una inquietud mayor, y también en esa época los estudiantes de Medicina representábamos al sector menos pudiente, no como los abogados; los abogados, como estudiantes, formaban parte de la oligarquía. Aquí hay tres abogados chilenos, por eso lo digo.

Además, yo iba de provincia y desde esa época empecé a ver la diferencia que existía en la Universidad y en la vida. Como médico, las cosas se me fueron haciendo mucho más claras. No soy un gran teórico marxista, pero creo en

los fundamentos esenciales, en los pilares de esa doctrina, en el materialismo histórico, en la lucha de clases.

Pero pienso que el marxismo no es una receta para hacer revoluciones; pienso que el marxismo es un método para interpretar la historia. Creo que los marxistas tienen que aplicar sus conceptos a la interpretación de su doctrina, a la realidad y conforme a la realidad de su país. Por ejemplo, yo era tan marxista como ahora en el año 1939, y fui, durante tres años, ministro de Salubridad de un gobierno popular. Soy fundador del Partido Socialista, que es un partido marxista, y llevo dos años en el gobierno. Pero ya lo he dicho: no soy presidente del Partido Socialista, ni mi gobierno es un gobierno marxista.

Yo he sido candidato cuatro veces: en el '51, para mostrar, para enseñar, para hacer comprender que existía un camino distinto de aquel que estaba establecido, incluso por el Partido Socialista, del cual yo a partir de ese momento fui expulsado por no haber aceptado esa línea. Expulsado del Partido Socialista entré en contacto con un Partido Comunista que estaba en la ilegalidad. Y así nació el embrión de aquello que es hoy la Unidad Popular: la alianza socialista-comunista. Un pequeño grupo socialista que yo representaba y los comunistas, que estaban en la ilegalidad.

En el '51 recorrí todo Chile sin ninguna ilusión electoral, pero para decirle al pueblo que la gran posibilidad consistía en la unidad de los partidos de la clase obrera, incluso con partidos de la pequeña burguesía. La fuerza de esta idea, nacida en el '51, se manifestó de manera poderosa en el año '58.

En el '58 yo perdí las elecciones por treinta mil votos. En el '64, hubiéramos vencido, si hubieran sido tres los candidatos, pero el candidato de la derecha, que era radical, prácticamente se retiró, y quedamos el señor Frei y yo. Y la derecha apoyó a Frei.

Con esto quiero subrayar que por tantos años yo he tenido un diálogo constante y permanente con el pueblo a través de los partidos populares. Y en esta última campaña organizando los comités de la Unidad Popular en cada fábrica, en los cuarteles, en las calles, en todas partes habíamos formado comités, escuelas, liceos, industrias, hospitales. Éstos han sido los vehículos, los contactos, los tentáculos del pensamiento de la Unidad Popular con el pueblo.

Es por ello que, aunque los medios de información eran tan restringidos, pudimos alcanzar esta victoria de hoy. Se puede usar, aquí, una expresión no política, pero clara: la cosecha de la victoria es fruto de la siembra de muchos años. En el año 1958, el FRAP —que entonces se llamaba así: Frente de Acción Popular— venció en la votación masculina. Yo vencí en la votación masculina y perdí en la de las mujeres.

En 1964, no obstante que Frei fue apoyado por los sectores de la derecha, en el voto masculino quedamos en igualdad, pero él me ganó, por un porcentaje muy elevado, entre las mujeres. Después de eso, en el '70, la verdad es que Alessandri y Tomic habían obtenido más votos que yo en proporción, en el sector femenino. Yo triunfé de lejos, entre los hombres.

Ahora, en el '58, las condiciones eran distintas. La Unidad Popular, en aquella época, era representada sobre todo por socialistas y comunistas. Y aun si hubiéramos ganado —gracias al voto masculino— la composición del Congreso era distinta de la actual. Los partidos Conservador, Liberal y Radical eran la mayoría. No había ninguna posibilidad, aun con el apoyo demócrata-cristiano, de que yo venciese al Congreso.

Todo, absolutamente todo, estaba dispuesto en Chile, de modo tal de asegurar la victoria de Alessandri. Además, existía una tradición según la cual el Congreso siempre ratificó a quien venciera en las elecciones. Cuán difícil era

suponer que un Congreso en el cual no teníamos la mayoría, hubiera podido romper con esta tradición, para elegir —en el '58— un candidato socialista apoyado exclusivamente por el Partido Comunista. Si nosotros hubiésemos lanzado al pueblo a la lucha, se habría desatado una represión violenta.

Aunque es cierto que el presidente Ibáñez personalmente expresó simpatía por mi candidatura, no intervino ni me apoyó decididamente. Ni yo le pedí eso. No había ninguna condición, ninguna posibilidad concreta.

Ahora, sí creo que hemos demostrado conciencia política. Aquella misma noche yo les dije a los trabajadores que habíamos perdido una batalla, pero no la guerra. Y debíamos seguir preparándonos. Creo que este precedente, entre otros, es lo que ahora me permite tener autoridad moral. La gente sabe que soy un político realista y que, además, mantengo las promesas.

Hace más de treinta años, me correspondió participar en forma activa en la elección del Frente Popular, movimiento unitario de izquierda que, con el sacrificio de legítimas aspiraciones de los partidos de la clase obrera —como el Socialista—, hizo posible el triunfo del presidente Pedro Aguirre Cerda, en cuyo gobierno tuve el honor de ser ministro de Salubridad, como personero de mi colectividad.

En 1952, en momentos difíciles para la clase trabajadora y sus colectividades políticas, enfrenté la dura tarea de encabezar un movimiento de esclarecimiento ideológico, asumiendo su representación en una contienda sin posibilidad alguna de buen éxito electoral.

En 1958 y en 1964, fortalecido ya el proceso iniciado en 1951, me correspondió personificar al Frente de Acción Popular en dos campañas presidenciales, que si bien no culminaron en la conquista del poder, contribuyeron de manera decidida a esclarecer y ampliar el proceso revolucionario.

El esfuerzo para unificar los partidos populares tiene ahora importancia aún más relevante.

La Unidad Popular se plantea como la alternativa de un gobierno diferente; es la conquista del poder para el pueblo, precisamente después que el país ha experimentado el fracaso del reformismo demócrata-cristiano y cuando aún están a la vista los resultados del anterior régimen, inspirados ambos en el capitalismo tradicional.

El panorama internacional nos señala la urgencia de enfrentar la intromisión imperialista, cada día más insolente y traducida en el fortalecimiento de las fuerzas represivas y contrarrevolucionarias y de la que es gráfica demostración el informe del gobernador Rockefeller.

Bolívar decía: «Los Estados Unidos quieren sujetarnos en la miseria en nombre de la libertad». Y Martí ha dicho frases mucho más duras. No quiero repetir las, porque en realidad yo distingo entre el pueblo norteamericano y sus pensadores y la actitud a veces transitoria de algunos de sus gobernantes y la política del Departamento de Estado y los intereses privados que han contado con apoyo norteamericano.

En realidad, la Doctrina Monroe consagró un principio: «América para los americanos». Pero éste no ha sido efectivamente observado, porque en América del Norte hay un desarrollo económico que no hay en Centro y Sudamérica. El problema no ha sido resuelto sobre base de igualdad de intereses. Defender el principio de «América para los americanos» a través de su Doctrina Monroe ha querido decir siempre «América para los norteamericanos».

Conocemos bien el drama de América del Sur, que siendo un continente potencialmente rico, es un continente pobre, fundamentalmente por la explotación de que es víctima por parte del capital privado norteamericano.

Nosotros luchamos fundamentalmente por la integración de los países latinoamericanos. Creemos que es justo el

camino indicado por los padres de la patria, que soñaron la unidad latinoamericana para poder disponer de una voz continental frente al mundo. Esto naturalmente no impide que miremos no sólo con simpatía sino también en profundidad el significado de la presencia del pensamiento del Tercer Mundo.

Podría sintetizar mi pensamiento en respuesta a su pregunta diciendo que luchamos antes que nada por hacer de América un auténtico continente en sus realizaciones y por ligarnos cada vez más a los países del Tercer Mundo. Es claro que creemos que el diálogo es fundamental. Los pueblos como el nuestro luchan por la paz y no por la guerra; por la cooperación económica y no por la explotación, por la convivencia social y no por la injusticia.

Si el hombre de los países industrializados ha llegado a la Luna, es porque ha sido capaz de dominar la naturaleza. El problema es que, si bien es justo que el hombre ponga los pies sobre la Luna, es más justo que los grandes países —para hablar simbólicamente— pongan los pies sobre la tierra y se den cuenta de que hay millones de seres humanos que sufren hambre, que no tienen trabajo, que no tienen educación.

Por eso pienso que el hombre del siglo XXI debe ser un hombre con una concepción distinta, con otra escala de valores, un hombre que no sea movido esencial y fundamentalmente por el dinero, un hombre que piense que existe para la fortuna una medida distinta, en la cual la inteligencia sea la gran fuerza creadora.

Quiero decirle que tengo confianza en el hombre, pero en el hombre humanizado, el hombre fraterno y no el que vive de la explotación de los otros.

La tarea que tiene ante sí la Unidad Popular es de tal urgencia histórica que, si no se cumple con prontitud, incontenibles tensiones sociales arrastrarán a Chile al caos, como consecuencia del fracaso del sistema. Hasta un ciego puede

ver las proyecciones y el significado que han tenido y tienen las huelgas del Poder Judicial y del Regimiento Tacna. La hoguera de rebeldía juvenil no se apaga sino con su presencia activa y creadora en la construcción del socialismo.

Si los partidos que reivindicán para sí la responsabilidad de vanguardia no son capaces de cumplir adecuada y unitariamente su papel revolucionario, surgirán en forma inevitable la insurgencia desesperada o la dictadura como proyección de la insuficiencia cada vez más notoria del régimen.

No es el camino de la asonada, sin conducción política responsable, la solución que puedan sustentar los verdaderos revolucionarios. Luchamos por crear el más amplio y decidido movimiento antiimperialista, destinado a que se cumpla la revolución chilena. Los emboscados que hubieran podido llegar hasta nosotros serán aplastados por la clarividencia revolucionaria del pueblo. No somos sectarios ni tampoco excluyentes; somos y seremos, sí, exigentes, para que en Chile el pueblo no aparezca burlado en sus ansias de independencia económica y política.



## El amor de Salvador y Payita

Mucho se ha comentado sobre las relaciones entre Salvador Allende y Miriam Ropert, conocida como Payita.

El apodo de Payita le viene porque cuando era pequeña e iba con la familia a la playa aún no sabía hablar bien. Y en vez de playa, decía paya, apodo amorosamente achicado. Así se le conoció a partir de entonces para toda la vida.

La Payita y su esposo, Enrique Ropert y el matrimonio constituido por Salvador y Hortensia Bussi, eran vecinos en la calle Jorge Isaacs, casi esquina a Guardia Vieja, en la comuna de Providencia.

Vivían lado a lado, por lo cual las dos familias se veían frecuentemente. Cada matrimonio tenía tres hijos.

Se conocieron una mañana de primavera, en 1958.

La saludó con un «Buenos días, soy Salvador Allende», mientras la vecina lo miraba con curiosidad con sus ojos verdes y reidores.

El senador quedó impresionado con la sonrisa de Payita y medio atolondrado se tropezó, cayó sobre un andamio y se golpeó en la cabeza. El traje blanco de su elegante vestimenta se manchó con su sangre.

Alarmada, ella le hizo entrar a su casa, lo limpió con agua oxigenada y sin que lo supieran entonces, comenzó una historia de amor que nunca concluyó.

Así se fue tejiendo una amistad entre las dos parejas, tras la cual latía el amor entre Salvador y Paya.

Ella lo idolatraba, y él, en aras de aquella confianza se hizo casi imprescindible en la casa de los Ropert, donde permanecía hasta altas horas de la noche, conversando, observando.

En 1969, y a petición del amigo, se convirtió en su secretaria en el Senado.

¿Qué encontró el senador en aquella mujer que se inició en el matrimonio con su elegante esposo a los 22 años, y que jamás pensó en serle infiel?

Payita fue un remanso para el ya maduro político socialista, que encontraba en la ternura femenina un resquicio para olvidar sus problemas. La ternura que le ofreció su madre y que alguna vez confesó no encontró en Hortensia se extendió al infinito en quien, sin ser la más bella, se le presentaba con dones casi excepcionales; era inteligente, leal, divertida y tierna.

A su lado se sentía realizado, más aún consciente de que su matrimonio con su mujer enferma y malhumorada, era puramente formal, pero a la que siempre respetó como esposa y madre de sus tres hijas.

Los dos, aunque se amaban y sabían que la ruptura con sus cónyuges —formal o no— era un hecho, los respetaron siempre, pues con ellos habían pasado décadas juntos, constituyeron familias sólidas y respetables. Además, ambos sufrían la presión de los hijos y de una época en que el divorcio de un senador constituiría un escándalo para la mojigata sociedad burguesa chilena.

Payita evitaba que rompiera su relación, protegiéndolo de la sociedad, pues a él poco le importaban las consecuencias de aquel acto que quebraría la mentalidad de una época.

Tencha se sobrepuso a sus dolores y se convirtió en 1979 en una primera dama que no defraudó al marido.

El esposo de Payita, ingeniero y conocido hombre de izquierda, abandonó la empresa privada donde trabajaba para ayudar al gobierno de Allende desde la Empresa Nacional de la Construcción.

Mucho lucharon Salvador y Payita por su amor. Aún casados —él nunca se divorció, aunque sus amigos manejan la hipótesis de que muchas veces pensó en hacerlo y solo se lo impedía la terquedad de Paya—, se encontraban por los patios colindantes de sus casas. Allende ideó la entrada por una puerta que su vecina instaló.

Cuando se separó de Roper, ella se mudó al barrio del Cañaveral, camino a Farellones, a una casa propiedad de una hermana. En ese sitio se quedaban algunas noches y los fines de semana cuando ya él era presidente y ella su secretaria ejecutiva, su gran confianza en el palacio de La Moneda.

Payita manejaba la agenda presidencial, las pautas de discursos y las delicadas conexiones políticas con los partidos de la izquierda. Comenzaba a trabajar muy temprano y en ocasiones se retiraba en la madrugada. Se mantuvo a su lado hasta el último día de la vida de su gran amor.

Beatriz era la hija más vinculada a Salvador, y entre ella y su padre se creó una relación muy fuerte, íntima y solidaria. Lo acompañó en todos sus movimientos políticos y personales.

En los entretelones de la campaña presidencial conoció a Payita y surgió entre las dos una amistad muy profunda.

Miriam Contreras se convirtió en un elemento vital en esta última etapa de la vida de Salvador.

Además de ser la coordinadora de su campaña por la presidencia, le prodigaba cuidados personales y vivía para complacerlo, lo protegía de las enfermedades, le brindaba los placeres de la mesa y los del amor.

Lo conocía tan bien, que se preocupaba hasta de los detalles más ínfimos, y al mismo tiempo irradiaba con su esplendorosa sonrisa un optimismo y una alegría que le era muy necesaria a Salvador por todas las tensiones que se derivaban tanto antes como después de ganar la primera magistratura.

La actitud de aquella mujer de baja estatura atraía el afecto de los que rodeaban a Allende y aun de quienes no compartían totalmente sus ideales.

Payita siempre tenía ideas que solucionaban los problemas de inmediato. Poseía una inteligencia natural. A su rapidez mental agregaba sus dotes de eficiente administradora, honrada, muy humana, que cuidaba con celo hasta el último centavo de los escasos recursos con que contaba el candidato primero y mandatario después.

Allende no era un político a la usanza de los restantes existentes en América Latina, que recibían grandes fondos para sus campañas.

Era muy estricto con lo que se recaudaba mediante sus seguidores.

Además, rechazaba las posibles contribuciones de determinadas compañías y empresas privadas que mancharían la imagen de honradez que mantuvo su gobierno.

Los múltiples contactos que Payita poseía en los sectores medios y de la burguesía fueron suficientes para una contribución sana que ayudaron a sufragar los gastos. Ella estaba muy bien relacionada por su origen de clase alta. Su vasta cultura artística y en especial su dedicación a la plástica le abrían las puertas de los pintores más destacados de Chile y de varias naciones.

El día 11 de septiembre quizás fue el más aciago de su vida. Se encontraba en Cañaverol cuando le telefonaron para avisarle de la asonada militar. Acompañada de su hijo Enrique, de 20 años, estudiante de economía, fue a buscar a Allende a su residencia oficial de Tomás Moro, pero ya él había salido hacia la sede gubernamental.

Allí mismo ordenó a 10 miembros de la guardia presidencial, el GAP, que se trasladaran con ella a La Moneda.

Cuando estaba a pocos metros de distancia del palacio, carabineros de Fuerzas Especiales bajo el mando de los tenientes José Martínez Maureira y Patricio de la Fuente rodearon el pequeño Renault de Payita y la camioneta que trasladaba a los hombres del GAP.

Sintió un golpe en el corazón cuando se volteó y vio que su hijo Enrique era detenido y golpeado. Retornó sobre sus pasos, y clamó porque soltaran al muchacho, pero fue inútil. Solo alcanzó a ver el momento en que lo arrastraron hacia la intendencia. Estaba desesperada. Desde el garaje presidencial se comunicó en palacio con Coco Paredes, quien le solicitó que, por órdenes de Allende, ella debía subir y en su despacho hacer las gestiones para salvar la vida de su hijo, y de los 10 jóvenes del GAP.

En el camino se encontró con el edecán naval de la presidencia, y decidieron ir directamente a la intendencia, pero en el trayecto el hombre se acobardó y desistió.

Entonces cumplió las órdenes de su compañero y subió a palacio. Habló con el general José María Sevúlpeda, director general de Carabineros. No esperó. Salió de nuevo y habló con el general Urrutia, segundo jefe de ese cuerpo, quien de inmediato partió para la intendencia. Volvió derrotado, y sus palabras fueron un puñal. «Lo siento, Paya, pero en la Intendencia sólo reciben órdenes del general Mendoza. Sevúlpeda ya no cuenta».

Regresó a La Moneda, sin perder las esperanzas de proteger a su joven hijo y sus acompañantes. Escuchó a Allende hablando por teléfono con el almirante Patricio Carvajal y rechazando la oferta de los militares golpistas de sacarlo de Chile en un avión.

Todos los que estaban allí, los principales colaboradores y amigos fieles al presidente, escucharon el ruido de los cañonazos de los tanques destrozando el edificio.

Allende se tendió en el piso y comenzó a disparar desde una de las oficinas. Payita llegó a su lado gateando entre las balas y le rogó que se retirara. Sintió las manos de su mujer en los tobillos, que ayudada por un compañero lo halaban hacia atrás.

Ante su resistencia de dejar la sede gubernamental, le pidieron que se trasladara a un lugar más seguro del recinto.

Aquella fiel mujer decidió morir junto a su amado y cerca de su hijo.

El mandatario pidió una tregua para que salieran nueve mujeres que había en palacio, pero Paya se escondió en los subterráneos y allí se quedó hasta el final. Los militares dispararon 18 rockets sobre la centenaria edificación presidencial.

Uno de los testigos recuerda que antes de que salieran las mujeres y Paya se protegiera en los subterráneos, la vio junto al presidente, en el comedor del personal de La Moneda, ya envuelto en el humo de los disparos.

A poca distancia de los dos, el periodista Augusto *el Perro* Olivares, agonizaba tras dispararse un tiro en la sien.

Amigos del fiel Olivares lo tendieron en el suelo y Olivares murió poco después.

Le dijeron al mandatario que no había nada que hacer, que ya había fallecido. Pero él no se quedó conforme. Pidió un minuto de silencio para su compañero, Paya le sacó el saco que llevaba puesto para entregárselo a su viuda, la también periodista Mireya Torres.

Allende dio la orden de rendirse, pero él personalmente nunca lo cumplió.

Los hombres que se encontraban a su lado y Paya hicieron una fila. Exigió que Payita saliera de primero y él de último. También pidió que le entregaran a ella el original del Acta de Independencia de Chile, que habían salvado del fuego. La mujer envolvió el histórico documento en el saco del fallecido Olivares, pero su corazón le decía que Salvador no honraría su orden de abandono.

Se escabulló por una escalera, mientras el resto salía. Desde su escondite, le llegó la voz del intendente de palacio, Enrique Huerta, que con la voz quebrada gritaba: «El presidente ha muerto».

Su corazón le pedía despedirse de su amado, pero una voz que nunca logró identificar le rogó: «No vaya, el doctor no hubiera querido que lo viera así».

Los amigos la llevaron hasta la puerta de salida, donde los soldados la esperaban con gritos furibundos de que se pegara a la pared, con las manos arriba y las piernas abiertas.

Uno de los soldados le quitó el saco de Olivares y encontró el pergamino. Paya gritó que no cogiera el Acta de Independencia, que no la rompiera. De nada valió. El ignorante golpista la rompió en pedazos. Se quedó tendida junto a otros detenidos en la vereda de la calle.

Pero el doctor Jaime Puccio, dentista del Ejército y de La Moneda, la reconoció y dijo a sus superiores que estaba herida, lo cual era falso.

Al llegar a la posta central, otras personas fieles a la causa la sacaron y la salvaron hasta que pudo asilarse, bajo la bandera sueca, en la embajada de Cuba.

Días después, el 19 de septiembre, un telefonema anónimo avisó a Mixi, la hermana de Payita, que el cuerpo de Enrique Ropert, su sobrino, había aparecido en las márgenes del río Mapocho, próximo al puente Bulnes.

Horas después, la casa de Mixi fue allanada por fuerzas del Ejército y detenidos su hijo y su yerno.

Mixi se sobrepuso al dolor y al sobresalto y entre cientos de cadáveres en fila en la Morgue encontró a Enrique con seis balas en la cabeza y el cuerpo lleno de hematomas. El joven de 20 años fue enterrado el 3 de octubre.

En el cementerio hubo una guardia especial esperando la llegada de Payita, que nunca llegó. El padre de Enrique, el ingeniero Ropert tampoco asistió al sepelio, pues se encontraba preso.

Después del golpe de Estado, esta mujer que se sobrepuso al dolor de la pérdida de un hijo y de su compañero, creó la Fundación Salvador Allende, en París.

Entregó las obras pictóricas que guardaba en su hogar con el objetivo de obtener fondos para la resistencia y la solidaridad con los luchadores de su país.

El resto de su vida estaría dedicada por entero a la solidaridad con los chilenos en el exilio.



## **Programa de la Unidad Popular**

Aprobado por los partidos Comunista, Socialista, Radical y Socialdemócrata, el Movimiento de Acción Popular Unificado (MAPU), y la Acción Popular Independiente (API), el 17 de diciembre de 1969 en Santiago de Chile.

Los partidos y movimientos que integran el Comité Coordinador de la Unidad Popular, sin perjuicio de mantener cada cual su propia filosofía y sus propios perfiles políticos, coinciden plenamente en la caracterización de la realidad nacional expuesta a continuación y en las proposiciones programáticas que serán la base de nuestra acción común y que entregamos a consideración del pueblo.

Chile vive una crisis profunda que se manifiesta en el estancamiento económico y social, en la pobreza generalizada y en las postergaciones de todo orden que sufren los obreros, campesinos y demás capas explotadas, así como en las crecientes dificultades que enfrentan empleados, profesionales, empresarios pequeños y medianos y en las mínimas oportunidades de que disponen la mujer y la juventud.

Los problemas en Chile se pueden resolver. Nuestro país cuenta con grandes riquezas como el cobre y otros minerales, un gran potencial hidroeléctrico, vastas extensiones de bosques, un largo litoral rico en especies marinas, una superficie agrícola más que suficiente, etc.; cuenta, además, con la voluntad de trabajo y progreso de los chilenos, junto con su capacidad técnica y profesional. ¿Qué es entonces lo que ha fallado? Lo que ha fracasado en Chile es un sistema que no corresponde a las necesidades de nuestro tiempo. Chile es un país capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capital extranjero, que no pueden resolver los problemas fundamentales del país, los

que se derivan precisamente de sus privilegios de clase a los que jamás renunciarán voluntariamente.

Como consecuencia misma del desarrollo del capitalismo mundial, la entrega de la burguesía monopolista nacional al imperialismo aumenta progresivamente, se acentúa cada vez más en su dependencia su papel de socio menor del capital extranjero.

Para la gran mayoría, en cambio, vender a diario su esfuerzo, su inteligencia y su trabajo es un pésimo negocio, y decidir sobre su propio destino es un derecho del cual, en gran medida, aún están privados.

En Chile las recetas reformistas y desarrollistas que impulsó la Alianza para el Progreso e hizo suyas el gobierno de Frei no han logrado alterar nada importante. En lo fundamental ha sido un nuevo gobierno de la burguesía al servicio del capitalismo nacional y extranjero, cuyos débiles intentos de cambio social naufragaron sin pena ni gloria entre el estancamiento económico, la carestía y la represión violenta contra el pueblo. Con esto se ha demostrado, una vez más, que el reformismo es incapaz de resolver los problemas del pueblo.

El desarrollo del capitalismo monopolista niega la ampliación de la democracia y exacerba la violencia antipopular.

El aumento del nivel de lucha del pueblo, a medida que fracasa el reformismo, endurece la posición de los sectores más reaccionarios de las clases dominantes que, en último término, no tienen otro recurso que la fuerza.

Las formas brutales de la violencia del Estado actual, tales como las acciones del Grupo Móvil, el apaleo de campesinos y estudiantes, las matanzas de pobladores y mineros, son inseparables de otras no menos brutales que afectan a todos los chilenos. Porque violencia es que junto a quienes poseen viviendas de lujo, una parte importante de la población habite en viviendas insalubres y otros no dispongan siquiera de un sitio; violencia es que mientras algunos botan la comida, otros no tengan cómo alimentarse. La explotación imperialista de las economías atrasadas se efectúa de muchas maneras: a través de las inversiones en la minería (cobre, hierro, etc.), y en la

actividad industrial, bancaria y comercial mediante el control tecnológico que nos obliga a pagar altísimas sumas en equipos, licencias y patentes, de los préstamos norteamericanos en condiciones usurarias que nos imponen gastar en Estados Unidos y con la obligación adicional de transportar en barcos norteamericanos los productos comprados, etcétera.

Para muestra un solo dato. Desde 1952 hasta hoy, los norteamericanos invirtieron en América Latina siete mil cuatrocientos setenta y tres millones de dólares y se llevaron dieciséis mil millones de dólares. De Chile el imperialismo ha arrancado cuantiosos recursos equivalentes al doble del capital instalado en nuestro país, formado a lo largo de toda su historia.

Los monopolios norteamericanos, con la complicidad de los gobiernos burgueses, han logrado apoderarse de casi todo nuestro cobre, hierro y salitre.

Controlan el comercio exterior y dictan la política económica por intermedio del Fondo Monetario Internacional y otros organismos. Dominan importantes ramas industriales y de servicios; gozan de estatutos de privilegio, mientras imponen la devaluación monetaria, la reducción de salarios y sueldos y distorsionan la actividad agrícola por la vía de los excedentes agropecuarios.

Intervienen también en la educación, la cultura y los medios de comunicación. Valiéndose de convenios militares y políticos tratan de penetrar las FF. AA. Las clases dominantes, cómplices de esta situación e incapaces de valerse por ellas mismas, han intensificado en los últimos diez años el endeudamiento de Chile con el extranjero.

Dijeron que los préstamos y compromisos con los bancos internacionales podrían producir un mayor desarrollo económico. Pero lo único que lograron es que hoy día Chile tenga el récord de ser uno de los países más endeudados de la tierra en proporción a sus habitantes.

En Chile se gobierna y se legisla a favor de unos pocos, de los grandes capitalistas y sus secuaces, de las compañías que dominan nuestra economía, de los latifundistas cuyo poder permanece casi intacto.

A los dueños del capital les interesa ganar siempre más dinero y no satisfacer las necesidades del pueblo chileno. Si producir e importar automóviles de alto precio, por ejemplo, es un buen negocio, se desvían hacia ese rubro valiosos recursos de nuestra economía, sin tener en cuenta que sólo un porcentaje ínfimo de chilenos están en condiciones de adquirirlos y que hay necesidades mucho más urgentes que atender; desde luego, en este mismo rubro, la de mejorar la locomoción colectiva, dotar de maquinaria a la agricultura, etcétera.

El grupo de empresarios que controla la economía, la prensa y otros medios de comunicación; el sistema público, y que amenaza al Estado cuando éste insinúa intervenir o se niega a favorecerlos, les cuesta muy caro a todos los chilenos. Para que ellos se dignen seguir trabajando, pues sólo ellos pueden darse el lujo de poder trabajar o no, es preciso:

No darles toda clase de ayuda. Los grandes empresarios estrujan al Estado bajo la amenaza que no habrá inversión privada si las ayudas y garantías que piden no se les otorgan.

No permitirles producir lo que ellos quieran con el dinero de todos los chilenos, en lugar de elaborar lo que necesita la gran mayoría del país.

No dejarlos llevarse las ganancias que obtienen a sus cuentas bancarias en el extranjero.

No dejarlos despedir obreros si éstos piden mejores salarios.

No permitirles manipular la distribución de alimentos, acapararlos para provocar escasez y de esta manera subir los precios a fin de continuar enriqueciéndose a costa del pueblo. Mientras tanto, buena parte de los que efectivamente producen experimentan una difícil situación:

Medio millón de familias carecen de viviendas y otras tantas o más viven en pésimas condiciones en cuanto a alcantarillado, agua potable, luz, salubridad.

Las necesidades de la población en materia de educación y salud son insuficientemente atendidas.

Más de la mitad de los trabajadores chilenos reciben remuneraciones insuficientes para cubrir sus necesidades vitales mínimas. La desocupación y el trabajo inestable se sufre en cada

familia. Para innumerables jóvenes la posibilidad de empleo se presenta muy difícil e incierta.

El capital imperialista y un grupo de privilegiados que no pasa del 10 % de la población, acaparan la mitad de la renta nacional. Esto significa que de cada cien escudos que los chilenos producen, 50 van a parar a los bolsillos de 10 oligarcas y los otros 50 deben repartirse entre 90 chilenos, del pueblo y de la clase media.

El alza del costo de la vida es un infierno en los hogares del pueblo y, en especial, para la dueña de casa. En los últimos 10 años, según datos oficiales, el costo de la vida ha subido casi en un mil por ciento.

Esto significa que todos los días se les roba una parte de su salario o de su sueldo a los chilenos que viven de su trabajo. Igual como les ocurre a los jubilados y pensionados, al trabajador independiente, al artesano, al pequeño productor, cuyas exiguas rentas son recortadas a diario por la inflación.

Alessandri y Frei aseguraron que pondrían término a la inflación. Los resultados están a la vista. Los hechos demuestran que la inflación en Chile obedece a causas de fondo relacionadas con la estructura capitalista de nuestra sociedad y no con las alzas de remuneraciones como han pretendido hacer creer los sucesivos gobiernos para justificar la mantención del sistema y recortar los ingresos de los trabajadores. El gran capitalista, en cambio, se defiende de la inflación y más aun se beneficia con ella. Sus propiedades y capitales se valorizan, sus contratos de construcción con el Fisco se reajustan, y los precios de sus productos suben llevando siempre la delantera a las alzas de remuneraciones.

Un alto número de chilenos están mal alimentados. Según estadísticas oficiales, el 50 % de los menores de 15 años de edad están desnutridos. La desnutrición afecta su crecimiento y limita su capacidad de aprender, de instruirse.

Esto demuestra que la economía en general y el sistema agrícola en particular, son incapaces de alimentar a los chilenos, pese a que Chile podría sustentar ahora mismo una población de treinta millones de personas, el triple de la población actual.

Por el contrario, debemos importar cada año centenares de miles de dólares en alimentos de origen agropecuario.

El latifundio es el gran culpable de los problemas alimentarios de todos los chilenos y responsable de la situación de atraso y miseria que caracteriza al campo chileno. Los índices de mortalidad infantil y adulta, de analfabetismo, de falta de viviendas, de insalubridad son, en las zonas rurales, marcadamente superiores a las de las ciudades. Estos problemas no los ha resuelto la insuficiente Reforma Agraria del gobierno demócratacristiano.

Sólo la lucha del campesinado con el apoyo de todo el pueblo puede resolverlos. El actual desarrollo de sus combates por la tierra y la liquidación del latifundio abre nuevas perspectivas al movimiento popular chileno.

El crecimiento de nuestra economía es mínimo. En los últimos lustros hemos crecido, en promedio, apenas a razón de un 2 % anual por persona; y desde 1967 no hemos crecido, más bien hemos retrocedido, según las cifras del propio Gobierno (ODEPLAN). Esto quiere decir que en 1966 cada chileno tenía una mayor cantidad de bienes de la que tiene hoy. Ello explica que la mayoría esté disconforme y busque una alternativa para nuestro país.

La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile.

### ***La unidad y la acción del pueblo organizado***

El crecimiento de las fuerzas trabajadoras en cuanto a su número, su organización, su lucha y la conciencia de su poder, refuerzan y propagan la voluntad de cambios profundos, la crítica del orden establecido y el choque con sus estructuras. En nuestro país son más de tres millones de trabajadores, cuyas fuerzas productivas y su enorme capacidad constructiva, no podrán sin embargo liberarse dentro del actual sistema que sólo puede explotarles y someterles.

Estas fuerzas, junto a todo el pueblo, movilizándolo a todos aquellos que no están comprometidos con el poder de los intereses reaccionarios, nacionales y extranjeros, o sea, mediante la acción unitaria y combativa de la inmensa mayoría de los chilenos, podrán romper las actuales estructuras y avanzar en la tarea de su liberación.

Los imperialistas y las clases dominantes del país combatirán la unidad popular y tratarán de engañar una vez más al pueblo. Dirán que la libertad está en peligro, que la violencia se adueñará del país, etc. Pero las masas populares creen cada vez menos en estas mentiras. Diariamente crece su movilización social que hoy se ve reforzada y alentada por la unificación de las fuerzas de izquierda.

Para estimular y orientar la movilización del pueblo de Chile hacia la conquista del poder, constituiremos por todas partes los Comités de la Unidad Popular, articulados en cada fábrica, fundo, población, oficina o escuela por los militantes de los movimientos y de los partidos de izquierda e integrados por esa multitud de chilenos que se definen por cambios fundamentales.

Los Comités de Unidad Popular no sólo serán organismos electorales. Serán intérpretes y combatientes de las reivindicaciones inmediatas de las masas y, sobre todo, se prepararán para ejercer el Poder Popular.

Así, pues, este nuevo poder que Chile necesita debe empezar a gestarse desde ya, dondequiera que el pueblo se organice para luchar por sus problemas específicos y dondequiera que se desarrolle la conciencia de la necesidad de ejercerlo.

Este sistema de trabajo común será un método permanente y dinámico de desarrollo del Programa, una escuela activa para las masas y una forma concreta de profundizar el contenido político de la Unidad Popular en todos sus niveles.

En un momento dado de la campaña los contenidos esenciales de este Programa, enriquecidos por la discusión y el aporte del pueblo y una serie de medidas inmediatas de gobierno,

serán señaladas en un Acta del pueblo que se constituirá para el nuevo Gobierno Popular y el Frente que lo sustenta, en un mandato irrenunciable.

Apoyar al candidato de la Unidad Popular no significa, por tanto, sólo votar por un hombre, sino también pronunciarse en favor del reemplazo urgente de la actual sociedad que se asienta en el dominio de los grandes capitalistas nacionales y extranjeros.

Esta es la primera parte de un documento más extenso, publicado por *El Siglo*, de Chile, con motivo del trigésimo tercer aniversario del triunfo de la Unidad Popular, el 4 de septiembre.

## Capítulo IV

### La CIA contra Allende

En medio de la compleja situación ocurrida antes de su toma de posesión, los planes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) contra el gobierno de la Unidad Popular seguían una marcha iniciada cuando el presidente socialista era apenas un estudiante.

Su expediente en la CIA fue creciendo por años, a la par que su pensamiento y su responsabilidad política.

Los agentes de la Inteligencia de Estados Unidos recibieron más de un millón de dólares entregados por la compañía International Telephone and Telegraph Co. (ITT) —con fuertes inversiones en la nación austral— para corromper legisladores e influir entre miembros de los partidos de derecha con el propósito de evitar el apoyo parlamentario a Allende cuando el Congreso Nacional decidiera la elección del dignatario.

Nacido en Valparaíso el 26 de junio de 1908 en el seno de una familia de clase alta —su padre, Salvador, era abogado y notario— en 1933 participó en la fundación del Partido Socialista, en el que militó hasta su muerte.

Durante su época universitaria, fue presidente del Centro de Estudiantes de Medicina y de la Federación de Estudiantes de Chile. Más tarde, director del grupo Avance. Resultó electo senador en cuatro períodos, entre 1945 a 1970 y diputado entre 1937 a 1941. Presidió el Senado entre el 27 de diciembre de 1966 al 15 de mayo de 1969 y ministro de Estado durante la presidencia de Pedro Aguirre Cerda. Su actividad política fue ampliamente conocida durante esos años en el Congreso Nacional.

En el contexto de los años 70, Estados Unidos veía con sumo recelo la entrada en el panorama latinoamericano de un mandatario de ideología socialista.

De ahí que los mecanismos del gobierno del exmandatario republicano Richard Nixon echaran a andar con mayor precisión a partir de que Allende ganara la presidencia.

El 15 de septiembre de 1970, Nixon convocó a una reunión en la Oficina Oval a la que asistieron su asesor de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, el director de la CIA, Richard Helms y el fiscal militar John Mitchel. De esa reunión surgieron dos planes subversivos, en extremo peligrosos para la constitucionalidad nacional chilena, identificados como el Track One (Vía uno) y el Track Two (Vía dos).

El Track One consistía en que el congreso (ignorando el pacto DC-UP) eligiese a Alessandri. De inmediato este renunciaría y el órgano legislativo se vería obligado a convocar a nuevas elecciones en que la derecha apoyaría a Eduardo Frei. El plan es conocido también como «gambito Frei».

Sin embargo, el Track One no funcionó por el entendimiento a que llegaron la DC y la Unidad Popular.

Dos días antes de la votación parlamentaria, la agrupación fascista Patria y Libertad intentó secuestrar al jefe del Ejército, el general René Schneider, el 22 de octubre, pero sin lograrlo, aunque el mensaje fue enviado y entendido.

Repitieron el rapto tres días más tarde. El general Schneider —algo impensado por sus eventuales captores— se rebeló con su arma personal y lo acribillaron a balazos. El plan era un intento de desesperación de la derecha para evitar que Allende asumiese el gobierno.

El objetivo opositor no era matar al jefe del Ejército, sino ocultarlo y causar inquietud, paralizar al congreso y lograr la desestabilización nacional. En esas eventuales circunstancias, era imposible que el parlamento se reuniera y con ello podrían demorar la decisión sobre la designación presidencial. No contó Patria y Libertad y sus jefes con que Schneider se defendería. Su chofer lo llevó de inmediato al Hospital Militar, pero las heridas eran tan graves que falleció dos días después.

La contrarrevolución chilena dejó al descubierto en esa acción la alianza entre el general Roberto Vioux, que servía a las órdenes directas de Washington, y pretendía movilizar a las Fuerzas Armadas para anular las elecciones, y el grupúsculo armado Patria y Libertad, que seguía las orientaciones de la CIA en Chile, la cual operaba desde la sede diplomática estadounidense.

Los asesinos del honorable general Schneider recibieron como premio de la CIA la suma personal de treinta y cinco mil dólares «por razones humanitarias» según se recoge en el desclasificado Informe Hinchey.

Con la muerte de Scheneider iniciaba Chile, sin que aún se tuviera clara conciencia de ello, un camino lleno de incertidumbres, de traiciones, incluso de posiciones encontradas entre los partidos de la Unidad Popular. A todo ello, Allende intentó darle solución. No pudo. Y esta es una de las grandes lecciones de este hecho histórico de la historia latinoamericana, sobre la cual siempre remarcaba el fallecido presidente venezolano Hugo Chávez.

Aquel acontecimiento de corte fascista que irrespetaba la Constitución Nacional —para Allende sagrada— era una advertencia de lo que podría ocurrir después de que asumiera la banda presidencial.

Sin embargo, más allá de la peligrosidad del momento, el presidente no imaginaba la magnitud de la contrarrevolución en los siguientes meses, ni tampoco bajo qué extraordinarias condiciones debía desempeñarse su mandato de seis años.

Al faltar Scheneider, el Ejército se aglutinó en torno a Carlos Prats, quien fue designado nuevo jefe de ese cuerpo. Prats, también militar de carrera, era íntimo amigo de la víctima, y comulgaba con sus ideas respecto al respeto que las Fuerzas Armadas debían a la Constitución Nacional y a las instituciones democráticas en Chile.

Inmediatamente se puso a las órdenes de Allende para restituir la tranquilidad ciudadana y cooperar en la búsqueda de los criminales que ultimaron a su antecesor. El nuevo jefe del Ejército era un hombre sencillo, de conversación pausada y culta. Sus ideas eran avanzadas, sin prejuicios de carácter político.

Entre los elementos de la reunión de Nixon, con Kissinger y Helms, documentos desclasificados años después, sobresalen las palabras del jefe de la CIA:

Tal vez aún exista una posibilidad de un 10 por ciento, pero hay que salvar a Chile! Vale la pena el gasto, no involucrar

a la embajada [...] no me interesan los riesgos que esto implica [...] hay millones de dólares disponibles, más aún si fuese necesario [...] trabajo a tiempo completo [...] usen los mejores hombres [...] plan de fuego [...] haga reventar la economía [...] un plan de acción en 48 horas [...].

Apenas un mes después, Thomas Karamessines, director asistente de planes de la CIA para la estación Santiago envió un cable cifrado en el que señaló:

Esto es la política firme y persistente que Allende sea derrocado por un golpe [...] y es imperativo que estas acciones sean puestas en prácticas clandestinas y seguras, de modo que las manos del USG (gobierno de los Estados Unidos) y norteamericanas deben de estar bien ocultas.

Las agencias especializadas y el Departamento de Estado seguían de cerca las tendencias políticas en Chile. Incluso indujeron a altos mandos —sin resultado— dar un golpe de Estado, pero fracasaron porque había entonces un valioso grupo de oficiales en las Fuerzas Armadas que seguían la Constitución Nacional. Por último pensaron en matar al electo dignatario, lo cual consta en un documento desclasificado de la Casa Blanca, que muestra las varias maneras de lograr el asesinato.

Son conocidos los planes de Estados Unidos contra Allende y su gobierno realizados bajo la dirección de Helms y otros agentes como William Broe, Jack Devine, Tom Clines, Sánchez Morales y David Atlee Phillips, gracias a la desclasificación de documentos secretos de la ITT y al informe presentado ante el Senado de los Estados Unidos por la Comisión Church en 1975 con el título de Covert Action (Acción Encubierta), entre otros.

¿Por qué no pudieron sobornar a los altos jefes militares?

La CIA reconoció que era muy difícil encontrar a los eventuales traidores debido a que la mayoría eran oficiales de carrera que preservaban la Constitución Nacional, a pesar de que se les prometió el apoyo norteamericano en caso de que accedieran a ejecutar el golpe. El principal obstáculo entonces se

llamaba René Schneider, era general y comandante del Ejército, pero ya no existía.

En medio de la guerra fría contra el campo socialista europeo, —que en el 2016 asomó de nuevo con la segunda vuelta en la presidencia de Barak Obama— para el imperialismo estadounidense resultaba imposible aceptar que el ejemplo de Cuba, fuera seguido por algún otro país de la región e incluso en Europa.

Para Washington, el ejemplo de la toma del poder de Allende por la vía pacífica traería inquietantes preocupaciones no solo para Latinoamérica, sino especialmente por el auge que habían alcanzado en Europa a finales de la década de los 70 las fuerzas de izquierda, especialmente en Italia, Francia y España.

El ejemplo de un gobierno marxista electo exitoso en Chile tendría, seguramente, un impacto y un valor como precedente en otras partes del mundo, especialmente en Italia.

No fue casual que el secretario general del Partido Comunista de Chile, Luis Corvalán, el mismo día de la toma de posesión de Allende declaraba al periódico *L'Unitá* lo siguiente:

Si de nuestra experiencia es posible sacar una enseñanza, es esta: para abrir un nuevo camino, la lucha y la unidad de todas las fuerzas populares son esenciales, así como también lo son el acuerdo y el entendimiento entre todos aquellos que quieren transformar la sociedad.

Baste recordar que en la segunda mitad de los 60 y principio de los 70 el Partido Comunista de Italia (PCI) representaba una poderosa fuerza de la izquierda en Europa, siendo el mayor partido comunista de un país capitalista.

Es la época de fuertes movimientos izquierdistas en el llamado Viejo Continente. En Italia tenía lugar un dinámico movimiento de masas encabezado por los sectores estudiantil y obrero, mientras que en Francia se producía la revuelta estudiantil de mayo, en 1968. En España resurgía con fuerza el Partido Comunista, que luchaba contra el gobierno tiránico de Francisco Franco.

El gobierno de la Unidad Popular significó un modelo para la izquierda europea, especialmente para el PCI, que ofreció su irrestricto apoyo y solidaridad al gobierno de Allende desde el primer momento, en la persona del que fuera su secretario general, Enrico Berlinguer, líder indiscutible del eurocomunismo y quien pretendió fallidamente llevar al poder en Italia a las fuerzas de izquierdas y progresistas, en alianza estratégica con otros sectores.

Allende había triunfado en medio de un escenario político internacional favorable para las fuerzas progresistas con la inminente derrota del invasor Estados Unidos en Vietnam, nación que demostró la factibilidad de vencer en el plano político-militar a un enemigo poderoso y que contribuyó a desarrollar un amplio movimiento de solidaridad antimperialista. Al mismo tiempo, a finales del 68 se desarrollan movimientos de liberación nacional en África, que llevaron al traste al colonialismo en ese continente.

En un memorándum «secreto-delicado» («Secret-Sensitive») Kissinger anotó entonces: «La imitación de fenómenos similares en otras partes afectaría significativamente el equilibrio mundial y nuestra propia posición».

Kissinger asumió su papel de gendarme contra el líder del Partido Socialista Chileno. En una reunión del comité 40 del Consejo Nacional de Seguridad celebrada el 27 de junio de 1970, afirmó: «No veo por qué tenemos que quedarnos acá y ver cómo un país se torna comunista por culpa de la irresponsabilidad de su propio pueblo».

El llamado «cabeza de carnero» por la periodista estadounidense Bárbara Walters, acusaba así al pueblo chileno de ser «irresponsable» por otorgarle su voto al veterano político, de ideas propias enraizadas desde su lucha como líder estudiantil, por demás amigo de Cuba y de su Revolución.

Los conservadores gobernantes estadounidenses —que responsabilizaron a Kissinger con el éxito de la misión contrarrevolucionaria— gastaron trescientos mil dólares en sus planes desestabilizadores en Chile.

Los medios de comunicación chilenos, en especial el diario *El Mercurio*, y otros de la región, golpearon a la Unidad Popular con una propaganda burda y mentirosa. El derechista *El Mercurio*, propiedad de Agustín Edwards, —también dueño del diario *La Segunda*, la Pepsi Cola y minas de cobre en Chile— recibió más de un millón y medio de dólares de la CIA, entre 1971 y 1973. Además, la CIA habría preparado editoriales e informaciones publicadas por ese diario para atizar la campaña de quiebre antidemocrático.

*El Mercurio*, representante de la oligarquía y los intereses económicos y financieros locales y foráneo, mantiene desde su fundación un perfil en defensa del capitalismo y la ultraderecha chilena y de los intereses de Washington. Su participación en hechos conspirativos y golpistas contra Allende le valieron el calificativo de «fiel adlátere» de la derecha chilena y los Estados Unidos.

A pocos días del triunfo de Allende, Agustín Edwards viajó a Estados Unidos para reunirse con el acaudalado director de la Pepsi Cola, Donald Kendall, quien sufragó gran parte de la campaña electoral de Alesandri.

Kendall solicitó a Nixon, en nombre de Edwards, ayuda monetaria para impedir la asunción de Allende, por lo que se convirtió en puente seguro para la entrevista que luego el chileno sostendría primero con Kissinger, entonces director de Seguridad Nacional, y luego, ese mismo día, con el director de la CIA, Richard Helms, el 14 de septiembre de 1970.

Edward recibió también de la International Telephone and Telegraph Company (ITT), dueña del 70 % de la Chilean Telephone Company (CHTEKLCO) para sostener *El Mercurio*, según afirman documentos desclasificados de la CIA, recogidos en las memorias del extinto Helms «A look over my Shoulder». «A life in The Central Intelligence Agency», conocido en abril de 2003.

El director de *El Mercurio* fue miembro de la Cofradía Náutica del Pacífico Austral, fundada en 1968 por José Toribio Merino, institución a la que pertenecían sectores antiderechistas

con amplia trayectoria golpista. Merino era jefe de la Armada Chilena y de la Junta Militar Golpista.

*The New York Times*, el 20 de septiembre de 1974, reveló que una parte de los millones de dólares que —según se sabía entonces— habían sido destinados a la desestabilización de Allende por la CIA, fueron entregados a ese periódico.

La Agencia mantuvo vigente el programa Vía Dos hasta el golpe de Estado. Un ejemplo de las acciones perturbadoras de la CIA en Chile fueron los asesinatos de los periodistas estadounidenses Charles Horman y Frank Teruggi en 1973, quienes vivían entonces en el país austral.

Estos dos profesionales aparecían fichados por la agencia en el consulado de Santiago mediante la operación conjunta que desarrollaba con el Buró Federal de Investigaciones (FBI) en una operación denominada MCCHAOS, dedicada al registro de ciudadanos estadounidenses proyectados como progresistas o radicales, según su visión conservadoras.

Horman trabajaba en una investigación sobre el asesinato de Scheneider, que involucraba a la CIA. Graduado en la Universidad de Harvard se destacó como periodista y guionista de documentales en Nueva York para la WNet TV y en Seattle y Portland para la KMG TV. Trabajó en varios medios de su país, entre ellos *The Nation* y *Innovation*. También fue cofundador de la Fuente de Información Norteamericana (FIN). Se encontraba en Viña del Mar cuando se desató la asonada fascista y conoció pormenores de la operación militar secreta que realizaban agentes de la Inteligencia Naval en esa ciudad, en contubernio con jefe de otras divisiones chilenas.

Teruggi era un exseminarista de la Teología de la Liberación, movimiento eclesiástico que agrupó lo más revolucionario del pensamiento católico en América Latina. Asistía a clases en el Centro de Estudios de la Realidad Nacional, adjunto a la Universidad Católica de Chile para estudiar la historia de ese país. Formó parte del Grupo del Área de Chicago para América Latina (CAGLA), organización no gubernamental de corte ant imperialista.

¿Qué representaba Salvador Allende para provocar tal fiebre de actividad enemiga? ¿Qué amenaza significaba para que una de las naciones más poderosas del mundo quisiera neutralizarlo y borrarlo del escenario político?

Según el Senado de Estados Unidos, el programa político del mandatario tenía como objetivo: redistribuir el ingreso (en un país donde el dos por ciento de la población recibía 46 por ciento del ingreso) y reformar la economía chilena, empezando por la nacionalización de las más importantes industrias, sobre todo en el rubro del cobre; una amplia reforma agraria; y mejores relaciones con los países socialistas y comunistas.

Tampoco pasaron por alto los halcones de la Casa Blanca la evidente colaboración que Cuba brindó al gobierno chileno, después de que le fuera solicitada por el mandatario. Allende pidió la solidaridad cubana en distintos ámbitos, como la comercial, la científico-técnica y la cultural, y también la tuvo, tal y cual él se la brindó a la Revolución desde el mismo mes de enero en que Fidel Castro asumió el Gobierno.

Por parte de Cuba hubo una absoluta cooperación con la administración de la Unidad Popular en todos los momentos en que la reclamó. El gobierno cubano nunca brindó consejos ni qué rumbo tomar a Allende, pero sí lo alertó de los graves peligros que se cernían sobre él y su gobierno.

El 11 de septiembre de 1973 todos los cubanos y cubanas que se desempeñaban en la sede diplomática de su país en Santiago le brindaron de nuevo su absoluto respaldo, fuera cual fuera la decisión que él tomara. Nunca pensaron en que se quitaría la vida en una nueva muestra de sacrificio por sus ideales y por Chile. Incluso los funcionarios de la Isla hicieron hasta lo imposible para convencerlo de ofrecer resistencia a los golpistas. Aunque quedaba el doloroso sentimiento de no poder luchar hasta el final, ofreciendo resistencia a los golpistas, Cuba había cumplido la palabra empeñada con el líder socialista.



# Capítulo V

## Ulises Estrada: momento preciso

Ulises Estrada Lescaille conservaba aún rasgos de la belleza de su juventud. Es un hombre alto, negro, que sabe comunicar sus ideas con firmeza. Le gusta decir siempre lo que piensa. En su vida debió tomar decisiones arriesgadas. Siempre se sentía atraído por las mujeres, a quienes conquistaba con facilidad, sin importarle la nacionalidad ni la edad.

Desde joven se integró a la Revolución Cubana y anduvo los caminos de la vida buscando la manera de cambiar el destino de los pueblos de América Latina, en los primeros años de la década de los 60, destinados por la doctrina Monroe al sometimiento a Estados Unidos, aun cuando en gran parte de ellos existían células revolucionarias, grupos de personas progresistas, intelectuales y artistas sumados a la causa política de la izquierda.

Existía la semilla, solo que había que hacerla germinar, aun en las peores circunstancias, siempre con el merodeo incesante de Estados Unidos sobre la Revolución Cubana y sus planes de eliminar cualquier atisbo similar en otro país latinoamericano o caribeño.

En ese período, Estrada trabajaba en la Inteligencia cubana en el Departamento de Operaciones Especiales, que dirigía el capitán Orlando *Olo* Pantoja, en la que operaban un grupo de oficiales que trabajaban en particular en el área suramericana.

Por su importancia en el entorno latinoamericano, se designó a Luis Fernández Oña para atender a Chile.

Ulises también estaba absolutamente compenetrado con la situación política en esa nación andina, una pieza valiosa en el espectro de la región, dadas las informaciones que se iban recibiendo en La Habana.

Los 10 años previos a la toma de posesión de Allende se mantuvo un fructífero intercambio entre las fuerzas políticas de los dos países, aunque en realidad el interés mayor era de

Cuba, ya que se observaba la existencia de condiciones para que en algún momento asumiera allí un gobierno democrático.

En 1963, cuando todavía existían relaciones diplomáticas, Estrada hizo una escala en Santiago de Chile, de paso hacia Bolivia.

En aquella ocasión conoció a Gladys Marín, quien era dirigente de las Juventudes Comunistas, una muchacha muy convencida de sus ideas y de la necesidad de crear una nueva proyección político-económica en su país.

El funcionario cubano también mantenía buenas relaciones con Carlos Altamirano, y otros dirigentes del Partido Socialista.

Sabía que existía en Chile una izquierda fuerte, encabezada por el Partido Comunista y que había posibilidades para trabajar a favor de los cambios que preconizaba Salvador Allende, quien era considerado desde su juventud una personalidad de la política nacional.

En la nación austral se había consolidado un núcleo de jóvenes chilenos revolucionarios, incluida Beatriz, la hija de Allende, que habían ayudado de diversas maneras al Che y sus hombres en Bolivia mediante Los Elenos, una organización creada con ese fin, y cuyo nombre aludía al Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Esa maquinaria funcionaba desde mucho antes de que Allende triunfara en 1970. O sea, que los vínculos con Chile poseían antecedentes importantes anteriores al contexto del gobierno de la Unidad Popular.

Eran frecuentes las visitas a Cuba de periodistas, gobernadores, congresistas, dirigentes estudiantiles y religiosos, entre otras fuerzas, que estaban vinculadas al proceso revolucionario de la Isla. Admiraban la historia de Cuba y de que ese país mantuviera una firme posición ante las agresiones imperialistas de Estados Unidos.

Elementos izquierdistas, en especial los que después abrazaron la lucha armada, mostraban confusión respecto al proceso político cubano, ya que pensaban que la Revolución la habían hecho solo algunos hombres, sin tomar en consideración que

en Cuba hubo una resistencia fuerte de las guerrillas del llano, que accionaban en las principales ciudades del país, en tanto en la Sierra Maestra, al mando de Fidel Castro, el Ejército Rebelde, eje central de la lucha, fue liberando el territorio nacional, de Oriente a Occidente.

La Inteligencia tenía contactos con todos los países de América Latina aunque no hubiese relaciones con ellos, tanto en Cuba como fuera de sus fronteras. Esos años fueron de muchos intercambios. En otras naciones de la región estaban dadas las condiciones para la lucha, como en Brasil, Guatemala, El Salvador, Perú, Nicaragua y Argentina.

A principios de la década de los años 60 puede considerarse que en Chile existían elementos de izquierda positivos, fuertes y unidos, y entre ellos se destacaba la posición del Partido Comunista.

El después presidente Allende, siempre estuvo a favor de buscar la unidad entre comunistas y socialistas, que eran las fuerzas políticas más poderosas. Ello quedó demostrado cuando se celebraron los comicios de 1970, cuyo escrutinio favoreció a esos partidos.

Resulta interesante el panorama político en que se desarrolló el gobierno de la Unidad Popular. Por la derecha, estaba la Democracia Cristiana, y por la izquierda socialistas y comunistas. Entre los tres se agrupaba la mayoría de la población chilena.

### ***La guerra mediática***

Luego del triunfo de la UP, la contrarrevolución interna atizaba el fuego en los medios de comunicación masiva al servicio de la oligarquía, la que argumentaba que Cuba trataba de exportar su Revolución a tierras chilenas, lo cual era absolutamente falso, y así lo demostró la historia.

El gobierno cubano nunca denegó la colaboración a las fuerzas revolucionarias de país alguno, cuando era solicitada. En el caso de Chile jamás se manejó por la parte cubana la idea de fomentar —como algunos difamaron— una guerra de guerrillas

para defender al gobierno de la Unidad Popular, pero sí se les brindó la ayuda que el gobierno socialista requirió.

En Chile, la juventud se organizó, entre otros grupos, en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que sí pretendía la revolución armada, sin tomar en cuenta las condiciones específicas en que se desarrollaba el proceso socialista dirigido por Allende. De ahí que el MIR careciera del apoyo presidencial para llevar a cabo sus acciones.

El MIR se formó por un grupo de jóvenes estudiantes de la Universidad de Concepción, liderados por su fundador Luciano Cruz. Ellos eran una alternativa de poder, o al menos así se consideraban. Viajaron a Cuba, porque así lo solicitaron, y comenzaron a entrenarse antes del gobierno de Allende.

Con el triunfo de la Unidad Popular, el MIR contribuyó a organizar el Grupo de Amigos del presidente (GAP), que era su escolta personal, integrado, además, por algunos miembros de la Juventud Socialista. Poco después de creado el GAP afloraron discrepancias muy fuertes entre el MIR y Allende.

Sin embargo, como paradoja de la historia resultó un momento crucial aquel en que Carlos Altamirano llamó a Ulises el 11 de septiembre para preguntarle cómo hacía contacto con el MIR, gesto similar al del Anselmo Sule, dirigente del Partido Radical. Pero el cubano no dio respuesta a ninguno de los dos. La razón era sencilla: no se sabía si los teléfonos de la embajada estaban intervenidos. Conocían los diplomáticos cubanos cómo encontrar a los miristas, pero no lo hicieron para protegerlos.

### ***Odio contra un proyecto de nuevo tipo***

Para Ulises, desde sus inicios, el gobierno de Allende adoptó medidas que concitaron el rechazo y el odio en sus adversarios políticos. Todas fueron de carácter popular. Y en todas respetó las leyes establecidas por la burguesía y le concedió un papel políticamente beligerante a las Fuerzas Armadas.

A solo una semana de su toma de posesión, Allende dictó varios decretos encaminados a reducir el alza del costo de la vida en beneficio, principalmente, de la gran masa desposeí-

da que había sido tan explotada y puso, además, en libertad a todos los presos y detenidos por razones políticas que existían en el país.

Pero las regulaciones determinantes fueron sin dudas la decisión de nacionalizar, entre otras, las industrias del carbón, la salitrera y el cobre, sin indemnizar a los propietarios de las empresas Anaconda y Kennecot, con lo cual se enfrentó a los poderosos intereses estadounidenses en el país. Washington incluso le presentó una reclamación al gobierno de la Unidad Popular.

Esas nacionalizaciones incluyeron los bienes del consorcio conocido como ITT, a cargo del mayor porcentaje de la telefonía nacional, de materiales ferrosos, la industria textil y otras menores y una parte importante de la banca, incluyendo nueve bancos estadounidenses.

La Unidad Popular decretó la reforma agraria para quienes poseyeran más de 80 hectáreas de tierra y luego de esa cantidad distribuirla a los campesinos; estableció el monopolio estatal para las ventas del cobre; intervino la agencia automovilística Ford debido a la toma de medidas arbitrarias contra sus trabajadores; puso bajo control el movimiento de las divisas, y tomó medidas para el mejoramiento del sistema de salud y la atención a la población, entre muchas otras acciones que favorecían a la ciudadanía y contribuían a garantizar la soberanía e independencia económicas.

Todas esas acciones tenían su basamento en la Constitución Nacional, en leyes existentes desde el gobierno de Mamaduke Grover, a finales de la década del 30, e incluso algunas del gobierno de Eduardo Frei. No hubo, por lo tanto, acción inconstitucional alguna en aquella toma de decisiones.

### ***Los cubanos eran blancos de la derecha***

El gobierno de la Unidad Popular era constantemente atacado por la derecha y sus medios, no solo por las nuevas leyes, sino fundamentalmente por sus relaciones con Cuba, en lo que llamaban la penetración fidelista en ese proceso.

Paralelamente a las acciones políticas de esa tendencia ideológica para debilitar y derrocar al gobierno de la UP desataron también una ola de terror en el país, fundamentalmente en la capital, que tuvo entre sus principales objetivos a los cubanos acreditados en ese país.

Una de esas acciones terroristas tuvo lugar el 8 de junio de 1971 con el secuestro y asesinato del exviceministro del Interior del gobierno de Frei, Edmundo Pérez Zujovic, cuyos homicidas fueron descubiertos y muertos en enfrentamiento con la policía. En el crimen apareció implicado tiempo después un alto oficial del Ejército que fue juzgado y condenado por los tribunales.

Sin embargo, por esta acción fue allanada la residencia del consejero comercial cubano, Michael Vázquez, debido a una denuncia apócrifa, según la cual los asesinos se encontraban escondidos en su casa.

Afortunadamente, el operativo policíaco fue dirigido por Eduardo *Coco* Paredes, quien al conocer la identidad de los inquilinos, que no se encontraban en la vivienda, comprendió la infame maniobra.

Allende tuvo que enfrentar intentos de atentados personales y dos golpes de Estado anteriores al de Pinochet, uno el 30 de septiembre de 1972, dirigido por el general Alfredo Canales y otro el día 29 de junio de 1973, comandado por el coronel Roberto Souper, que fue sofocado por el propio jefe de estado, llevando consigo el fusil AK que le había regalado el Comandante en Jefe cubano.

En la madrugada del 27 de julio de ese año su edecán naval, el capitán de navío Arturo Araya, fue asesinado por un comando terrorista.

Ulises se enteró de esa barbarie mientras celebraba el 26 de julio, la fiesta nacional cubana, en la casa de *Coco* Paredes y partió de inmediato a la embajada. En tránsito hacia la misión, tomando por la calle Pedro Valdivia, al pasar por la esquina de la casa de Araya, los carabineros abrieron fuego contra su auto, a pesar de tener chapa diplomática. Le respondió y se dispersaron para protegerse. Llegó ileso a la sede.

Increíblemente, su amigo Fernández Oña, que ocupaba el cargo de ministro consejero de la embajada cubana, fue acusado por la prensa amarilla como posible autor de este crimen.

Para entonces, el grupo terrorista Patria y Libertad había sistematizado el envío a los diplomáticos cubanos de una nota que decía: «Remember Jakarta», refiriéndose a la matanza de comunistas ocurrida en Indonesia y al ataque a la embajada China, con lo cual pretendían decirles que les pasaría lo mismo.

La reacción no podía aceptar los vínculos económicos y de otro tipo entre los dos países y los terroristas trabajaban para entorpecerlos, colocando bombas explosivas en las casas de los funcionarios del ministerio de Comercio Exterior. Adicionalmente, el 3 de julio de 1973 un auto en movimiento ametralló la oficina comercial en horas de la noche.

En ese propio mes colocaron un niple en la escuela de los niños cubanos, quienes, afortunadamente, no se encontraban en el lugar en el momento del vandálico hecho. Expertos cubanos en explosivos desactivaron el fulminante.

Durante el mes de agosto fueron colocadas bombas en las residencias del embajador Incháustegui y otra vez en la de los funcionarios de la Oficina Comercial. El auto de Andrés Martínez fue destrozado por el impacto.

En otras de las provocaciones, José Albite, representante de una empresa comercial cubana que se encontraba en negociaciones en Santiago, fue detenido bajo la acusación de violar el toque de queda.

En el ministerio de Defensa, adonde lo condujeron, los militares lo esposaron, desnudaron y sometieron a abusos y vejaciones, interrogándolo sobre su posible participación en actividades guerrilleras en el territorio nacional.

Por gestiones de la embajada, Albite fue puesto en libertad, pendiente de un proceso judicial que no llegaría a realizarse.

### ***Allende busca la unión interna***

Ulises recuerda que el mandatario trató de unir a las fuerzas de izquierda que lo presionaban constantemente, exigiendo de

él medidas más drásticas, o como decían algunos «más revolución».

La división de la izquierda impidió una unidad monolítica del pueblo al lado de su gobierno revolucionario en los momentos cruciales.

El presidente habló muchas veces con diferentes dirigentes de esa tendencia, en el intento de hacerles entender que sin la unidad de las fuerzas revolucionarias junto al pueblo no podría consolidarse una revolución verdadera.

En cuanto a la derecha, trató de dialogar, principalmente con la Democracia Cristiana, que lideraba esa posición, pero sin alcanzar acuerdo alguno debido a las exigencias y ataques de grupos políticos como el Partido Nacional, Renovación Nacional, Unión Democrática Independiente, el PIR y Patria y Libertad.

La partidocracia tradicional ponía en entredicho la autoridad presidencial y en la práctica terminó siendo una de las principales promotoras del golpe. De ella nació el acuerdo aprobado en el Congreso el 22 de agosto del año 73 acusando a Allende de graves y reiteradas violaciones de los derechos humanos y la exigencia de un plebiscito.

Aunque en distintas ocasiones el mandatario habló del golpe de Estado que sabía se estaba gestando, también mantuvo el diálogo con las Fuerzas Armadas. Más de diez altos jefes militares fueron ministros de su gabinete en diferentes períodos: entre ellos el jefe de carabineros general, José María Sepúlveda en el Ministerio de Tierras; el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, César Ruíz Danyau en el Ministerio de Obras Públicas y Transporte y el comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats, en el Ministerio del Interior, cargo en el que por orden constitucional sustituía al presidente en su ausencia.

Los últimos militares designados en estas posiciones lo fueron el 27 de agosto de 1973, catorce días antes del Golpe de Estado. Es decir que, conociendo Allende que había una conspiración en juego, mantuvo su confianza en las Fuerzas Armadas como institución constitucional.

Desde octubre de 1972, los uniformados, principalmente miembros de la Fuerza Aérea, salían a las calles y, amparándose en la Ley de Control de Armas, cerraban vías, detenían automóviles, hacían registros, detenciones arbitrarias y generaban un estado general de intranquilidad en la población, con irrespeto incluso de los autos diplomáticos, muchos de los cuales fueron detenidos y registrados, exceptuando los de la embajada de Cuba, pues jamás permitieron tal humillación.

En su política represiva, los militares asaltaron la fábrica Sumar, un complejo industrial textil ubicada en la comuna de San Joaquín, vejaron y apresaron a los trabajadores, registraron un cementerio e incluso abrieron tumbas en la infructuosa búsqueda de armamentos para una eventual resistencia. Los allanamientos eran constantes.

El presidente estaba consciente de tales acciones, pero como no podía controlar a los militares, que tenían sus propios jefes y mandos. Por tanto, no se pronunciaba públicamente.

El día del golpe, Allende recibió una llamada de Miguel Enríquez, el jefe del MIR, quien se ofreció a ir a palacio y resistir al lado del mandatario. La respuesta del presidente fue ríspida. Le dijo que se marcharan para donde ellos tenían planeado y que tanto habían anunciado. Los invitó a que pelearan y resistieran, pero por su cuenta.

Allende ordenó a las Fuerzas Armadas que esos operativos cesaran, mientras que los partidos Socialista y Comunista presentaban una protesta pública, pero los militares fascistas hicieron caso omiso de la orden presidencial. Evidentemente, pensaban los cubanos, las condiciones para el golpe de estado se estaban creando aceleradamente.

En marzo de 1972, el periodista Jack Anderson, del *Washington Post*, había revelado documentos que mostraban el papel de la ITT, instigando a un levantamiento militar para que Allende no pudiera ascender al poder en 1970 y que, posteriormente, continuó trabajando con la derecha política y algunos militares para derrocarlo.

## ***De vuelta a La Habana***

Cuando regresaron de Chile después del golpe, el entonces ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Raúl Castro, recibió en el aeropuerto internacional José Martí a cubanos y chilenos que viajaban desde Santiago después de tres días de tensión.

En esos momentos de reafirmación política por parte del personal cubano, Fidel se encontraba en una visita oficial a Vietnam.

Poco después, convocados de inmediato por el ministro al palacio de la Revolución acudieron el embajador Incháustegui, el ministro consejero Luis Fernández Oña, el consejero político Ulises Estrada y Patricio de la Guardia, jefe del grupo de Tropas Especiales de la misión.

Los citados informaron a las altas autoridades cubanas las acciones emprendidas en defensa de la soberanía de Cuba ante el intento de los militares de tomar la embajada, dejando claro la valiente respuesta del personal a las amenazas y provocaciones de los uniformados.

La Junta Militar les había dado un ultimátum a los diplomáticos para que abandonaran el país el día 13, lo que motivó que se tomaran decisiones de emergencia por el consejo de dirección de la misión, que no admitían la dilatación de una consulta.

El embajador se comunicaba entonces con Cuba a través de Argentina, en una llamada tripartita a través de una recepcionista. El acuerdo tomado por los cubanos fue entregar la embajada para la protección de sus bienes y de los asilados que allí quedaron a cargo del gobierno de Suecia.

Para Ulises, y así lo transmitió en la reunión, al igual que otros compañeros que se encontraban en la capital chilena, las instrucciones de Fidel siempre estuvieron muy claras y así las cumplieron en aquellos difíciles momentos.



## Últimas palabras de Allende a su pueblo

El 11 de septiembre de 1973, en medio de la asonada golpista, el presidente Salvador Allende se dirigió al pueblo chileno en oportunidades. Lo hizo a través de Radio Corporación y Radio Magallanes. Otras plantas habían sido bombardeadas por los fascistas. Estas son sus últimas palabras públicas.

7:55 a. m. Radio Corporación

Habla el presidente de la República desde el palacio de La Moneda. Informaciones confirmadas señalan que un sector de la marinería habría aislado Valparaíso y que la ciudad estaría ocupada, lo que significa un levantamiento contra el gobierno, del gobierno legítimamente constituido, del gobierno que está amparado por la ley y la voluntad del ciudadano.

En estas circunstancias, llamo a todos los trabajadores. Que ocupen sus puestos de trabajo, que concurran a sus fábricas, que mantengan la calma y serenidad. Hasta este momento en Santiago no se ha producido ningún movimiento extraordinario de tropas y, según me ha informado el jefe de la Guarnición, Santiago estaría acuartelado y normal.

En todo caso yo estoy aquí, en el palacio de Gobierno, y me quedaré aquí defendiendo al gobierno que represento por voluntad del pueblo.

Lo que deseo, esencialmente, es que los trabajadores estén atentos, vigilantes y que eviten provocaciones. Como primera etapa tenemos que ver la respuesta, que espero sea positiva, de los soldados de la patria, que han jurado defender el régimen establecido que es la expresión de la voluntad ciudadana, y que cumplirán con la doctrina que prestigió a Chile y le prestigia el profesionalismo de las Fuerzas Armadas. En estas circunstancias, tengo la certeza de que los soldados sabrán cumplir con su obligación. De todas maneras, el pueblo y los trabajadores,

fundamentalmente, deben estar movilizados activamente, pero en sus sitios de trabajo, escuchando el llamado que pueda hacerle y las instrucciones que les dé el compañero presidente de la República.

8:15 a. m.

Trabajadores de Chile:

Les habla el presidente de la República. Las noticias que tenemos hasta estos instantes nos revelan la existencia de una insurrección de la Marina en la provincia de Valparaíso. He ordenado que las tropas del ejército se dirijan a Valparaíso para sofocar este intento golpista. Deben esperar las instrucciones que emanan de la Presidencia. Tengan la seguridad de que el presidente permanecerá en el palacio de La Moneda defendiendo el gobierno de los trabajadores. Tengan la certeza que haré respetar la voluntad del pueblo que me entregara el mando de la nación hasta el 4 de noviembre de 1976.

Deben permanecer atentos en sus sitios de trabajo a la espera de mis informaciones. Las fuerzas leales respetando el juramento hecho a las autoridades, junto a los trabajadores organizados, aplastarán el golpe fascista que amenaza a la patria.

8:45 a. m.

Compañeros que me escuchan:

La situación es crítica, hacemos frente a un golpe de estado en que participan la mayoría de las Fuerzas Armadas.

En esta hora aciaga quiero recordarles algunas de mis palabras dichas el año 1971, se las digo con calma, con absoluta tranquilidad, yo no tengo pasta de apóstol ni de Mesías. No tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile; sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás. Que lo sepan, que lo oigan, que se lo graben profundamente: dejaré La Moneda cuando cumpla el manda-

to que el pueblo me diera, defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Solo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo. Si me asesinan, el pueblo seguirá su ruta, seguirá el camino con la diferencia quizás que las cosas serán mucho más duras, mucho más violentas, porque será una lección objetiva muy clara para las masas de que esta gente no se detiene ante nada.

Yo tenía contabilizada esta posibilidad, no la ofrezco ni la facilito.

El proceso social no va a desaparecer porque desaparece un dirigente. Podrá demorarse, podrá prolongarse, pero a la postre no podrá detenerse.

Compañeros, permanezcan atentos a las informaciones en sus sitios de trabajo, que el compañero presidente no abandonará a su pueblo ni su sitio de trabajo. Permaneceré aquí en La Moneda inclusive a costa de mi propia vida.

9:03 a. m. Radio Magallanes

En estos momentos pasan los aviones. Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen. Yo lo haré por mandato del pueblo y por mandato consciente de un presidente que tiene la dignidad del cargo entregado por su pueblo en elecciones libres y democráticas.

En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada. Este es un momento duro y difícil: es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

Pagaré con mi vida la defensa de los principios que son caros a esta patria. Caerá un baldón sobre aquellos que han vulnerado

sus compromisos, faltando a su palabra [...] roto la doctrina de las Fuerzas Armadas.

El pueblo debe estar alerta y vigilante. No debe dejarse provocar, ni debe dejarse masacrar, pero también debe defender sus conquistas. Debe defender el derecho a construir con su esfuerzo una vida digna y mejor.

9:10 a. m.

Seguramente, esta será la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción y serán ellas el castigo moral para quienes han traicionado su juramento: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autodesignado, más el señor Mendoza, general rastrero que solo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al Gobierno, también se ha autodenominado Director General de Carabineros. Ante estos hechos solo me cabe decir a los trabajadores: ¡No voy a renunciar!

Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad al pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que solo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empuñó su palabra de que aceptaría la Constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara el Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas

esperando con mano ajena, reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días siguieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas que una sociedad capitalista le da a unos pocos.

Me dirijo a la juventud, aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de pro... [inaudible].

Estaban comprometidos. La historia los juzgará.

Seguramente Radio Magallanes será llamada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa. La seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal [inaudible] los trabajadores.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Santiago de Chile, 11 de septiembre de 1973



## Radio Magallanes en la historia

Declaraciones del periodista Arnaldo Pérez Guerra, quien trabajó el 11 de septiembre de 1973 en Radio Magallanes, y transmitió las alocuciones del presidente Salvador Allende a su pueblo. Logró salvar las grabaciones de sus últimas palabras del mandatario.

El 11 de septiembre estaba en Radio Magallanes. Siempre llegaba temprano pues tenía que hacer un comentario político a las 07:30 hora local. Ese día llegué temprano. Venía de la zona sur de Santiago y pasaba obligadamente por La Moneda para ir a la radio, que quedaba en Estado. La Moneda estaba cercada por militares. Uno no sabía si eran leales o golpistas, porque el 29 de junio hubo un intento de golpe que se conjuró, entre otras razones, gracias al general Prats.

Llegué a la radio a leer la prensa para preparar el comentario. Eran las 07:20 hora local, más o menos, y llamó el presidente a la Radio Magallanes. Un radio controlador, Amado Felipe, me pasó el llamado. Hablé con el presidente y me contó que según sus antecedentes la Armada se había insurreccionado.

Le pregunté si tenía informaciones sobre el Ejército. Entonces me dice: «No. Justamente por eso llamo». Medio enojado: «Por eso llamo, quiero saber si ustedes tienen antecedentes». Le dije que no teníamos mayores informaciones, salvo que La Moneda estaba cercada, pero no sabíamos si eran soldados leales o no. Me pide que Radio Magallanes organice La Voz de la Patria, una cadena de emisoras que apoyaban a Allende y se unían para determinados momentos. A través de ellas salía la voz del presidente u otros actos importantes. Le digo al radio operador que la organice, que comience a llamar a las otras radios. Allende quería hablarle al país.

Mientras se preparaba la cadena, llamé al Partido Comunista y conté la conversación. Me dijeron que hiciera el comentario pero que leyera la declaración completa del Partido que había salido el día anterior y que en *El Siglo* venía titulada «To-

dos a sus puestos de combate». Empecé el comentario diciendo algo así como: «Chile vive momentos muy dramáticos, como lo comprobarán ustedes luego que en algunos instantes el presidente de la República se dirija al país por La Voz de la Patria [...] y en relación a esto, el Partido Comunista ha sacado una declaración». Y leí la declaración. Estaba prácticamente solo y empecé a llamar a compañeros de trabajo, diciéndoles que había un golpe en marcha. Llegaron algunos, otros no pudieron. Armamos un grupo que estuvo toda la mañana transmitiendo. Entrevistamos a Mireya Baltra, Gladys Marín, Víctor Díaz, al presidente de la Central Única de Trabajadores de Chile (disuelta tras el golpe), Luis Figueroa, entre otros, de los que me acuerdo. Hay un casete grabado por ahí, incluso.

Después, Allende volvió a hablar, por segunda vez. A nosotros nos llamaban, nos amenazaban con que nos iban a silenciar. Nosotros decíamos: «Radio Magallanes transmitirá hasta el final [...]» qué se yo. Todos estábamos muy nerviosos. Teníamos la idea de que nos allanarían y que nos matarían. Así estaba el clima. Cerca de La Moneda, escuchábamos los bombardeos, los vuelos rasantes, todo. Seguimos en eso hasta que, finalmente, nos silenciaron. Antes, nos interfirieron. Logramos transmitir las últimas palabras de Allende. Nos mantuvimos al aire. Los golpistas bombardearon las plantas transmisoras y no sé por qué nosotros quedamos para el final. Otros dicen que se equivocaron y creyendo haber bombardeado la nuestra, bombardearon otras.

Ocurrió que fuimos la última radio en permanecer al aire. Eso nos permitió transmitir el último discurso, con Radio Magallanes interferida, técnicamente muy descompuesta. Por eso la calidad de la grabación no es muy buena, pero así salíamos al aire en ese momento. Allende dijo sus últimas palabras y estuvimos un ratito más al aire, bombardearon la planta transmisora y se acabó[...] Intentamos salir con equipos propios, era imposible. Materialmente, era imposible transmitir. Bueno, ahí comenzó la historia.

Teníamos una grabadora japonesa Toshiba, blanca, con radio incorporada. Entonces, en la cosa periodística, cuando

Allende va a hablar, yo digo: esto hay que grabarlo. Evidentemente, el radio operador con toda certeza lo iba a grabar, suponía yo, pero como había tanto nerviosismo, desorden, opté por lo más sano y grabé un casete. Una vez grabado lo rescaté pensando en entregarlo a alguien. No sabíamos qué nos ocurriría pero, por lo menos, teníamos un documento político importante y, además, que es como nuestro rol: uno es periodista en todas. Nos reunimos, pensando qué hacemos. Algunos decidieron quedarse arriba, en oficinas de amigos. Otro compañero y yo nos fuimos. Todo era muy nervioso, te insisto. Sin decirle a nadie de la grabación, decidí irme con el radio controlador Federico Godoy, arriesgándonos porque la ciudad estaba rodeada, cercada, con disparos para allá y para acá. La radio estaba en Galería Imperio, había rejas y salimos por San Antonio. Saltamos la reja, no sé cómo [...] tenía menos edad. Nos fuimos agazapados, por los muros, mirando si venían milicos, pacos. Llegamos al paso bajo nivel del cerro Santa Lucía, apegados a los muros. Nos habíamos ido por el frente del Municipal hacia el cerro. No había vehículos, nada, solo balaceras. Partimos a la casa de Federico Godoy, en Santa Isabel con Portugal, por ahí. Había toque de queda y yo andaba con el casete, sin decirle a nadie, porque se podían poner más nerviosos. Yo también estaba nervioso. En un momento dije: me voy. Sentía que tenía que entregar el casete. «Cómo te vas a ir, estás loco. Hay toque de queda», me dijeron. «No, igual me voy». Y me fui a pie, caminando desde Santa Isabel hasta Antofagasta con Bascuñán. Y tuve suerte. Esa era la razón de irme: sabía que tenía que entregar ese material. Y eso fue lo que hice.

# Capítulo VI

## Terrorismo contra Cuba

Era un amanecer fresco, como correspondía a un día de primavera en el cono sur. Se iba el invierno, duro por lo frío en esa latitud y por carecer de petróleo para los sistemas de calefacción. El desabastecimiento era ya prácticamente total el 11 de septiembre de 1973.

Ese día, sobre las 19:00 hora local de Chile, Michel recibió la llamada que esperaba desde hacía meses, del oficial de guardia en la embajada de Cuba, avisándole que se encontraba en desarrollo un golpe de Estado iniciado por la Marina de Guerra y que debía acudir de inmediato a la sede diplomática.

Félix, el oficial de guardia, al que le unía una larga amistad, le aseguró que los acontecimientos no parecían ser un rumor y que esa llamada no era un simulacro, por lo que debía tomar muy en serio la información.

Tal advertencia se debía a que, en los últimos meses, los rumores de golpe de Estado eran casi diarios y el personal debía concentrarse en la embajada, por lo que casi todos los días terminaban allí, durmiendo donde se pudiera. Igualmente, como un paso intermedio, varios cubanos fueron concentrados en casas de otros, aumentando la seguridad y la rapidez de la movilización y la defensa.

Estas medidas no eran gratuitas. Desde la llegada de los primeros representantes cubanos ante el gobierno del presidente Allende, las agresiones de la derecha chilena eran continuas.

Los opositores hacían provocadores mítines ante la sede diplomática, en los que repudiaban la presencia cubana, acciones acompañadas de una virulenta campaña mediática de la prensa reaccionaria, hasta que, tal como se esperaba, ellos pasaron a la agresión terrorista.

En una expresión de su ideología fascista, explotaron bombas y tirotearon instalaciones, incluyendo la escuela donde estudiaban los niños cubanos, violaron las viviendas de los

funcionarios y buscaron el pretexto de un enfrentamiento armado que solo la madurez de los jefes presentes en Santiago de Chile pudo evitar.

Una de las cosas que más molestó a la derecha chilena era la solidaridad de Cuba con el gobierno popular de Allende.

En el área económica, además de incrementar el intercambio comercial a niveles no vistos anteriormente, se brindó colaboración para eludir el bloqueo que ya aplicaban el gobierno de Estados Unidos a las exportaciones chilenas y a sus transacciones bancarias, además de las donaciones cubanas de azúcar y otros productos.

Las relaciones comerciales generaban intereses en el seno de la propia derecha, por lo que ese era otro obstáculo que los golpistas querían eliminar.

De ahí su saña contra los funcionarios e instalaciones comerciales de la embajada cubana, que fueron tiroteadas y objeto de atentados dinamiteros en varias ocasiones, además de una sistemática campaña mediática de mentiras y tergiversaciones.

Sin embargo, Michel recuerda con emoción particularmente las llamadas del propio presidente Allende ofreciéndoles su solidaridad y la disposición de la Marcha del Pueblo Combatiente que los vecinos de poblaciones humildes hicieron frente a su casa, en desagravio a las provocaciones de la derecha, neutralizada momentáneamente por el terror que les producían esas manifestaciones de apoyo popular.

En el hogar de Michel, también se encontraba viviendo Ismael. Después de recibir la llamada de Félix, Michel le avisó de inmediato de la llamada recibida y las posibilidades reales del golpe.

Metió en un maletín —reacción extraña de su pensamiento— un traje nuevo que no se había estrenado, corbata, camisa y medias en combinación. La pistola se la colocó en su ropa común del día: unos pantalones de los que usaban los mecánicos de vehículos, un *sweater* negro grueso y una chaqueta de tela verde olivo forrada de lana, que fue lo único que sacó de la casa y que aún conserva.

Cuando se fue Ismael, todavía el joven diplomático cantaba en la ducha con suma tranquilidad, a pesar de la peligrosidad que rondaba el ambiente. Su esposa, Nelly Cubillas, era la responsable militar de las mujeres en la embajada, pero aquel día se encontraba en Argentina, en una misión de trabajo.

Cerca de las 08:00 hora local, Michel subió a su auto y en su recorrido hasta la sede diplomática comprobó que la ciudad parecía tranquila. Su barrio, considerado de clase media alta, parecía dormir y el tráfico era inexistente. Llegó a la embajada sin tropiezos y, junto con él, otros hombres que no eran parte de la guarnición permanente, constituida por un selecto grupo de jóvenes de las Tropas Especiales del Ministerio del Interior cubano.

Ya en la entrada, observó la gran actividad que reinaba entre todos, preparando y distribuyendo el armamento y las posiciones de defensa.

Hacía meses que el personal cubano se venía preparando para un momento así, tanto en el aspecto civil como en el militar y ahora era el momento de aplicarlo todo.

Aunque era miembro del consejo de dirección, como consejero comercial, o sea, jefe de la oficina comercial, no pretendió ningún tipo de tratamiento especial y, junto con su esposa, recibió el entrenamiento militar correspondiente. Trabajó en la preparación de los refugios, el puesto de mando, un hospitalito y tanques de agua, gasolina y depósitos de armamento, todos ellos bajo tierra.

De inmediato recibió su equipo militar, consistente en un AK ruso y sus cargadores, y una careta antigases. Ya con ese avaluamiento, subió al tercer piso de la embajada, como jefe de una escuadra, justo en la parte que daba a la entrada por el callejón de Los Estanques.

Desde allí observó la llegada de Andrés Pascal, sobrino de Allende y uno de los líderes del MIR, en una camioneta, con el propósito de recoger armas para su organización. Andrés entró pero para salir tuvo que abrirse paso a tiros porque los vecinos

partidarios del golpe y miembros de la organización fascista Patria y Libertad ya habían cerrado la entrada del callejón.

Las armas que pedía el MIR tenían la finalidad de proteger nuestras instalaciones y apoyar al gobierno legalmente constituido y con el que teníamos relaciones solidarias en caso de la ruptura de la constitucionalidad. La presencia de los miembros de las Tropas Especiales cubanas estaba concebida con igual propósito, lo que no se materializó ante la decisión del presidente Allende de que los cubanos no nos involucráramos en su defensa a costa de su propia vida.

A eso de las 09:00 hora local, ya la embajada estaba rodeada por el Ejército golpista.

Los cubanos también habían ocupado sus posiciones dentro y fuera del edificio principal de la embajada; detrás del muro, por ejemplo, se habían hecho unas especies de peldaños que permitían a quienes defendían esas posiciones alzarse sobre el alto muro, observar lo que pasaba del otro lado y disparar si era necesario. Esas posiciones y la primera línea de defensa fueron ocupadas por los miembros de Tropas Especiales.

Desde el tercer piso, Michel podía verlos en sus posiciones y también a los soldados del Ejército golpista, justo frente a ellos y más allá, dentro de las casas que rodeaban la sede diplomática, con armamento que incluía ametralladoras de trípode y otros equipos de grueso calibre. La posición privilegiada que ocupaba le permitía comunicar a sus compañeros que estaban en el exterior y al puesto de mando los movimientos de los soldados agresores.

Curiosamente, el teléfono, el agua y la luz se mantenían funcionando, y junto con los disparos distantes se escuchaban los partes de la Junta Golpista tratando de justificar lo injustificable.

En las oficinas se recibían llamadas de los amigos, quienes nos informaban de los combates en la ciudad y se despedían, porque pensaban, con razón en muchos casos, que nunca volverían a verse.

Donde se situó, Michael y quienes lo acompañaban no sabían a ciencia cierta lo que estaba pasando en otros lugares, y ni siquiera en la propia embajada.

A eso del mediodía unos milicos, del otro lado del muro, se asomaron por encima de él y le dijeron a uno de los miembros de Tropas Especiales que se rindiera. El soldado cubano le respondió de tal manera que propició que los golpistas le dispararan y cuando estos sintieron el poder de fuego de los atrincherados salieron corriendo a campo traviesa.

Este intercambio de disparos hizo que los soldados se replegaran lejos del muro de la embajada. Pero esa noche, cerca de la madrugada se produjo el enfrentamiento mayor.

Como jefe de la escuadra, Michel dio la orden de fuego, pero en realidad no había necesidad de ello, porque todos los que se encontraban allí comenzaron a disparar hacia las posiciones identificadas.

Dionisio, uno de los hombres de la escuadra de Michel, que estaba parapetado detrás de las tejas que separaban el ático del cuerpo principal del edificio en el tercer piso, levantó las tejas y le disparó a un militar situado del otro lado del muro con una ametralladora pesada de trípode. El soldado respondió el fuego, volando las tejas, lo que motivó que Dionisio saltara dentro del edificio golpeándose una pierna.

Al oír sus gritos de dolor, acudió donde estaba, pero por suerte era solo un golpe. Peor suerte tuvo Farías, quien se encontraba detrás de una ventana protegida por otra de metal. Por ahí penetró una bala, y las alimañas que soltó el metal le penetraron en un ojo. Enseguida lo trasladaron a la enfermería situada en el sótano del inmueble, pero el incidente no tuvo consecuencias mayores.

Desde su ventana, ocupada también por un trabajador de la construcción del Ministerio del Interior que estaba en Santiago apoyando en las obras de protección —eran tres de ese organismo— dispararon en ráfaga balas trazadoras, que encendían la noche y los marcos de madera de las ventanas de las casas

cercanas en las que impactaban, logrando tener más visibilidad de los enemigos.

En su primera experiencia de combate real, para Michel todo era borroso, como en un sueño de colores diluidos, en medio de una tenue neblina iluminada por las luces de la habitación donde estaban.

La sorpresa del ataque no le dio tiempo a apagar la luz. Veía a uno de sus compañeros, tirando de pie con su AK incesantemente, como un héroe de película pero real y un pequeño radio, colgado a su lado que oscilaba, quizás a causa del retumbar de los disparos, imágenes que para él parecían eternas. Se le acabó el primer peine de balas de su AK, con el número de serie 4067, y buscando el segundo se percató de que del lado enemigo no se disparaba.

Después que se dio la orden de cese del fuego se hizo un silencio absoluto de minutos y después, un disparo que nadie sabe de dónde vino, apagó el bombillo del farol de la calle que iluminaba la puerta de la embajada, lo que aumentó el dramatismo del momento.

Este combate, que realmente debe haber durado no más de diez o quince minutos, pareció eterno.

Ya las luces estaban apagadas y el humo y el olor a pólvora de los disparos oscurecían más la noche.

En medio de aquel silencio, se ordenó el repliegue al interior del piso, para proteger a aquellos diplomáticos que se convirtieron en combatientes, pero sin experiencia, y sus posiciones fueron ocupadas por los miembros de Tropas Especiales.

La situación había cambiado para los combatientes que hasta entonces ocupaban el exterior del nivel tres de la embajada. Ahora se encontraban en un lugar donde las paredes interiores eran delgadas y de madera, por lo que ofrecían una protección menor. También eran frágiles las exteriores, que eran de adobe, cruzadas por las balas con facilidad.

El cuchicheo del grupo, sentado en el suelo y rodeado de la mayor oscuridad, era la única señal de vida. Se preguntaban en

aquel momento qué había pasado, si había bajas cubanas, y qué vendría después.

No hubo tiempo para la meditación. Sintieron un ruido fuerte y lejano pero que venía acercándose, que hacía temblar la estructura de la embajada como un ligero sismo ya sentido en ocasiones anteriores. Pero no sabían lo que era, hasta que uno de los hombres, con más experiencia dijo: «yo sé lo que es: son tanques y vienen para acá».

En efecto, luego se conoció que eran tanques del Ejército concentrados en un parque cercano a la embajada, que esperaban órdenes para disparar e intentar aplastar la resistencia cubana.

En esas horas nocturnas de vigilia, sin haber comido durante todo el día y sin ganas de hacerlo porque alimentos había, surgían ideas fantásticas.

Hablaba con Dionisio de que, en caso de que el Ejército ocupara la embajada y quedaran vivos, buscarían una salida para dirigirse a las casas de amistades chilenas, pero que en ninguna circunstancia se dejarían coger prisioneros.

El día 12, en la mañana, el grupo de Michael volvió a ocupar sus posiciones y pudieron apreciar, con más exactitud, los sucesos del día anterior.

Max Marambio, el primer refugiado chileno que se presentó en la embajada desde horas tempranas del golpe, se acercó a la ventana donde se encontraban y señaló la cantidad de disparos que habían impactado en el marco de madera.

Marambio dijo que él no había podido disparar un tiro porque «no había encontrado un lugar disponible desde donde hacerlo». Después, convertido en un gran personaje de la vida pública chilena dio una versión heroica y falsa de su papel en la embajada para tratar de justificar que no se encontraba luchando junto al hombre del cual fue su jefe de seguridad personal.

Volviendo a su primera posición, la escuadra bajo el mando del consejero comercial puso un colchón contra la ventana, más que como protección de las balas, que sabíamos que no

lo era, como medio para ocultar nuestros movimientos de los soldados que aún se encontraban parapetados en edificios del otro lado de la calle. Recibieron en el lugar la visita de otras personas que se encontraban en la embajada, muchos de ellos aún impresionados por el fuerte impacto de los disparos.

Mientras, en los pisos inferiores se desarrollaba la trama de los nuevos acontecimientos.

Los militares bajo el mando de Pinochet telefonearon para quejarse del volumen de fuego que había demostrado tener la embajada durante el tiroteo de la noche anterior y que habían comenzado a negociar la salida del personal cubano.

Uno de los nuestros, enterado de la propuesta habló de rendirse, pero fue fuertemente reprendido por Efrén, uno de los oficiales jefes de Tropas Especiales que, para que no se le olvidara, le repitió la frase dicha por el comandante Juan Almeida en la Batalla de Alegría de Pío, quien ante una petición de rendición de un oficial de la dictadura de Fulgencio Batista le contestó: «Aquí no se rinde nadie, cojones».

Las mujeres cubanas, que eran también combatientes, y como tal actuaban, mostraron en todo momento un valor y serenidad, en medio de una situación compleja y peligrosa.

Ante el enfrentamiento a tiros, la Junta Militar estableció contacto para negociar la salida de Chile, bajo el argumento de que ya no existían de hecho ni formalmente relaciones diplomáticas entre el nuevo régimen golpista y el de Cuba, dejando claro que en el seno militar había dos tendencias: una, borrarlos del mapa y la otra, expulsarnos.

En estas negociaciones hubo nuevos momentos de conflictos potenciales y tensión porque los militares chilenos tuvieron que ingresar a la embajada. Para Michel fue un momento especial, pues se vio frente a frente con aquellos individuos a quienes consideraba sus enemigos mortales.

El sentimiento era recíproco. En aquellos momentos surgieron anécdotas que quedarían para la historia. Uno de los oficiales golpistas, de boina negra y arma larga, penetró en la emba-

jada saltando el muro, en un intento de mostrar prepotencia y machismo y lo que recibió fue la mordida de Alí, el perro del médico que atendía a nuestro personal.

El boina negra calmó sus ánimos de payaso y los cubanos calmaron al perro, pero si este oficial le hubiese disparado al animal, en ese momento, con algunos oficiales de Pinochet dentro de la embajada, armados ellos y los cubanos también, quien sabe cómo hubiera terminado aquello.

El embajador Eldestam, de Suecia, quien se comportó en todo momento de manera valiente, ya se encontraba junto al personal diplomático, del cual ya había salido un grupo como parte de las negociaciones, «custodiados» por la soldadesca. Decían que iban a rescatar al personal cubano que se encontraba en diferentes puntos de la ciudad.

En aquel tránsito presenciaron combates esporádicos, que pusieron en riesgo sus vidas.

Al atardecer salió Michel junto al embajador e Ismael, custodiados por los golpistas y otros diplomáticos, para recoger a dos de las secretarías personales de Allende, Isabel Jaramillo y Patricia Espejo, y visitar a Hortensia, la viuda de Allende, refugiada en la embajada de México.

El recorrido fue aprovechado para pasar por la Oficina Comercial, situada en otro lugar de Santiago, y recoger veinte mil dólares en efectivo que quería entregar en Cuba. Además, allí también había documentación clasificada que, irresponsablemente, no había sido destruida.

Resueltas aquellas situaciones regresaron a la embajada, donde encontraron un ambiente de partida, puesto que las negociaciones habían terminado con la decisión de sacarlos del país, luego de que se dejaran en custodia a la embajada sueca ciertos intereses de la nación cubana.

Horas después, en ómnibus proporcionados por la Junta Militar, y de nuevo bajo la custodia de los soldados y el apoyo de diplomáticos amigos, partieron al aeropuerto con la enorme tristeza de ver a Santiago desierto, iluminado esporádicamente

en la distancia por disparos de alto calibre que revelaban que aún se combatía y la incertidumbre del destino de los amigos chilenos y de los propios, ya que el alto mando militar golpista había proclamado por radio que estaban saliendo expulsados del país terroristas cubanos.

Había que asumir que intentarían eliminar al personal de la embajada en el trayecto hacia la terminal aérea, lo que pudo haber sido un asesinato masivo, pues aunque la caravana iba bien armada podía ser un blanco fácil para los golpistas si entre sus planes hubiese estado preparar una emboscada de aniquilamiento.

Al llegar al aeropuerto, el personal cubano se dividió en dos grupos: los diplomáticos con su pasaporte bajo el cual se amparaban las armas que llevaban encima, con la obligación de defender a quienes no lo eran y que por esa razón estaban desarmados, según lo convenido con la Junta, representada allí por el coronel de la Inteligencia Militar, Uros Domic.

Michel se vio en problemas, no porque se los buscara, sino porque en la maleta en que llevaba su traje sin estrenar y que fue la única posesión personal con la que regresó a La Habana, tenía guardado su revólver, aquel que con ojos llorosos Max Marambio le había pedido que le trajera para Cuba, y una bayoneta de AK.

Pero su amigo Dionisio, que en el momento de subir a los ómnibus no le había visto, tomó la maleta y, al llegar al aeropuerto y no ser diplomático, fue registrado por los militares que encontraron, una a una, las armas que estaban escondidas.

En estas circunstancias pretendieron llevarse a Dionisio a otro lugar, pero Michel actuó con rapidez y se acercó a los militares reclamando su maleta. Ese fue otro nuevo momento de tensión que pudo culminar en una masacre, y que llevó al embajador a una rápida actuación, hablando con el coronel Domic, al que aseguró que el diplomático autor de semejante violación «sería severamente castigado cuando llegara a Cuba».

Mientras ese percance ocurría en el interior de la terminal aérea, en la pista los cubanos con la ayuda de los soldados pinochetistas subían al avión las cajas de madera que supuestamente contenían equipos de oficina.

Ese armamento, que tanto habría contribuido a la resistencia de los chilenos al golpe, no fue retirado de manera oportuna por los responsables de las organizaciones encargados de aquella acción, quienes debían haberse presentado en el momento indicado.

Tras varias horas de peligro e incertidumbre, el avión de Aeroflot que el gobierno soviético puso a disposición de Cuba, partía hacia La Habana.

Entre el personal que iba en aquel aparato se encontraba Beatriz Allende, con su descendencia continuadora del honroso apellido de su padre, varios asilados chilenos, más de un centenar de combatientes cubanos sentados algunos encima de otros por falta de espacio en la nave, sobrecargada además por el peso del cargamento de armas.



## Mensaje del amigo

La Habana, 29 de julio de 1973

Querido Salvador:

Con el pretexto de discutir contigo cuestiones referentes a la reunión de países no alineados, Carlos<sup>2</sup> y Piñeiro<sup>3</sup> realizan un viaje a esa. El objetivo real es informarse contigo sobre la situación y ofrecerte como siempre nuestra disposición a cooperar frente a las dificultades y peligros que obstaculizan y amenazan el proceso. La estancia de ellos será muy breve por cuanto tienen aquí muchas obligaciones pendientes y, no sin sacrificio de sus trabajos, decidimos que hicieran el viaje.

Veo que están ahora en la delicada cuestión del diálogo con la D.C. en medio de acontecimientos graves como el brutal asesinato de tu edecán naval y la nueva huelga de los dueños de camiones. Imagino por ello la gran tensión existente y tus deseos de ganar tiempo, mejorar la correlación de fuerzas para caso de que estalle la lucha y, de ser posible, hallar un cauce que permita seguir adelante el proceso revolucionario sin contienda civil, a la vez que salvar tu responsabilidad histórica por lo que pueda ocurrir.

Estos son propósitos loables. Pero en caso de que la otra parte, cuyas intenciones reales no estamos en condiciones de valorar desde aquí, se empeñase en una política pérfida e irresponsable exigiendo un precio imposible de pagar por la Unidad Popular y la Revolución, lo cual es, incluso, bastante probable, no olvides por un segundo la formidable fuerza de la clase obrera chilena y el respaldo enérgico que te ha brindado

<sup>2</sup> Carlos Rafael Rodríguez, vicepresidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros.

<sup>3</sup> Manuel Piñeiro Losada, jefe del Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

en todos los momentos difíciles; ella puede, a tu llamado ante la Revolución en peligro, paralizar los golpistas, mantener la adhesión de los vacilantes, imponer sus condiciones y decidir de una vez, si es preciso, el destino de Chile. El enemigo debe saber que está apercebida y lista para entrar en acción. Su fuerza y su combatividad pueden inclinar la balanza en la capital a tu favor aun cuando otras circunstancias sean desfavorables.

Tu decisión de defender el proceso con firmeza y con honor hasta el precio de tu propia vida, que todos te saben capaz de cumplir, arrastrarán a tu lado todas las fuerzas capaces de combatir y todos los hombres y mujeres dignos de Chile. Tu valor, tu serenidad y tu audacia en esta hora histórica de tu patria y, sobre todo, tu jefatura firme, resuelta y heroicamente ejercida constituyen la clave de la situación.

Hazle saber a Carlos y a Manuel en qué podemos cooperar tus leales amigos cubanos. Te reitero el cariño y la ilimitada confianza de nuestro pueblo.

Fraternalmente,

Fidel Castro



## El último día del presidente

Una llamada despertó al presidente ese martes a las 06:15 hora local en su residencia personal de la calle Tomás Moro. «¿Qué pasa?», preguntó el mandatario. Le informan que la Marina se ha sublevado. Una hora después enfundado en un traje negro, sube al auto y ordena al chofer dirigirse al palacio de La Moneda, donde radicaba el gobierno.

Durante el trayecto recibe la información de que el Ejército respalda a su Gobierno.

A las 07:55 hora local, en los radios su voz retumba:

Les habla el presidente de la República [...] informaciones confirmadas señalan que un sector de la marinería habría aislado una ciudad y estaría ocupada, lo cual significa un levantamiento en contra del gobierno, del gobierno legítimamente constituido, del gobierno que está amparado por la ley y la voluntad de los ciudadanos.

Como primera etapa tenemos que ver la respuesta, que espero sea positivo de los soldados de la patria que han jurado defender el régimen establecido, en todo caso yo estoy aquí, en el palacio de Gobierno y me quedaré aquí, defendiendo el gobierno que represento por la voluntad del pueblo.

A las 08:03 hora local hace la que será su última aparición pública en un balcón presidencial.

Cuarenta minutos después de ese horario, las fuerzas armadas declaraban por radio «que el señor presidente de la República, debe proceder a la inmediata entrega de su alto cargo a las fuerzas armadas». Tan solo ocho minutos más tarde, la respuesta a la solicitud llegaba por el mismo canal de comuni-

cación: «Se insta a renunciar al presidente de la República, no lo haré». Entonces le hablaba a la historia:

Siempre estaré con ustedes, tengo fe, superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pasa el hombre libre para construir una sociedad mejor.

Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará las felonías, la cobardía y la traición.

En las inmediaciones del palacio, los tanques se aglutinan. Las botas negras de los soldados empiezan a rodear las calles. El miedo y la tensión invaden la atmósfera. Y entonces se escucha el canto de las ametralladoras. El aliento a muerte comienza a llegar.

Minutos después del mediodía, el viento se rompía por el sonido de dos aviones. El piso retumbó, el bombardeo aéreo había llegado. El polvo se levantaba, los muros caían, los vidrios de las ventanas explotaban. Cinco veces atacaron el recinto.

El fuego se hacía presente en las ruinas de la sede del poder. Los militares entran al primer piso del inmueble, buscaban a las 26 personas que se encontraban ahí. Todo había terminado. Una voz anunció: «¡presidente!, ¡el primer piso está tomado por los militares! ¡dicen que deben bajar y rendirse!» Él contesta: «¡Bajen todos! ¡dejen las armas y bajen! Yo lo haré de último».

Como lo prometió, bajó. Pero cubierto por una manta y en una camilla militar custodiada por soldados. Había muerto en el lugar donde residía el poder presidencial. Se suicidó antes de caer en las garras del enemigo. Murió el presidente y nació una de las leyendas políticas del siglo XX.



# Capítulo VII

## Cubanas en Santiago

Nelly Cubillas viajó a Santiago de Chile para integrarse a la oficina comercial de la embajada cubana. Llegó desde los primeros momentos de funcionamiento de esa entidad y permaneció allí hasta pocos días antes del golpe, pues cuando se produjo se encontraba en Argentina cumpliendo una agenda inherente a su cargo. Desde Buenos Aires retornó a La Habana. En la ciudad bonaerense se enteró de la muerte de Salvador Allende, pocas horas después del trágico suceso.

Esposa de Michel Vázquez, el consejero comercial de la embajada cubana en Chile, representaba a un grupo de empresas que poseían acuerdos comerciales con La Habana.

En 1971 empezaron a regresar a Cuba algunas funcionarias de la sede diplomática, ya que se encontraban en Santiago cumpliendo misiones o acompañando a sus esposos, algunas de ellas con niños. La situación interna de la nación empeoraba y se observaban provocaciones de elementos terroristas.

Ese año, tras tomarse determinadas decisiones por parte de Cuba, la única mujer que permaneció en la capital austral fue Nelly, debido al creciente desempeño de la Oficina Comercial.

Durante la visita de Fidel a Chile, en noviembre de 1972, los dirigentes cubanos se percataron de la ausencia femenina, y también de que sería muy extraño para quienes acudieran a los actos oficiales celebrados en aquellos días que no estuviesen las esposas de los diplomáticos o las funcionarias acreditadas.

Entonces se decide que algunas de las féminas retornen a Santiago, pero solo por unos días y el objetivo de regresar a La Habana una vez cumplido el protocolo.

Estando allí conversaron con Fidel y le solicitaron quedarse con sus cónyuges, lo cual él aceptó, pero sin estar de acuerdo con que los niños viajaran a Chile debido a la peligrosidad del momento.

Casi un año antes del golpe de Estado estaban en Santiago alrededor de 30 mujeres, pues varias de las que participaron en

la visita de Fidel tuvieron que regresar, ya que eran las responsables del cuidado de sus hijos en Cuba.

Luego hay una nueva decisión del gobierno de que —en coincidencia con el inicio del curso escolar en la Isla— entrara en funcionamiento una escuela para los menores que se encontraban en Santiago con sus padres. Eran unos 20 niños y niñas.

En muy poco tiempo se habilitó el colegio; se remodeló un edificio, se compró un vehículo, y se adoptaron medidas extraordinarias para proteger a los infantes, quienes viajaban protegidos por guardias de las Tropas Especiales, ya que había sabotajes y acciones terroristas de la derecha en la capital y otras ciudades del país.

Meses después todos los menores regresaron a Cuba luego del atentado contrarrevolucionario que se produjo contra la escuela.

Es en ese momento, el ya fallecido exministro del Interior José Abrahantes,<sup>4</sup> de visita de trabajo en la capital chilena, se comunica con Nelly y le explica la necesidad de que se encargara de la instrucción militar del resto de las mujeres, aunque en realidad ella carecía de tales conocimientos. O al menos eso pensaba.

Entonces Ulises Estrada, quien se encontraba también de visita allí le da la orden de manera oficial: «Tú eres la jefa militar de las compañeras». Su esposo Michel, y otros hombres civiles se mostraron enojados, —o celosos— pues ellos no habían recibido ninguna instrucción militar hasta ese momento.

Algunas representantes de organismos cubanos en Chile, como Cubana de Aviación, estaban responsabilizadas con la logística en la protección de la embajada.

El día del golpe, en medio de la tensión existente, ellas se ocuparon de que a las decenas de empleados y de miembros de los organismos militares que defenderían la sede diplomática si era atacada, no les faltara ni la comida ni el agua. Estudiaron enfermería, y aplicaron sus conocimientos a un herido a causa del tiroteo lanzado contra la embajada por los sediciosos.

<sup>4</sup> Cumplió sanción por la Causa No. 2 de 1989. [N.E.]

Una de las compañeras que iba subiendo por una escalera con una bandeja de comida para el tercer piso tuvo que agacharse y dejarla caer, porque tenía encima una balacera.

Sin embargo, en aquellos delicados momentos no hubo entre las cubanas una sola señal de miedo, histeria, o pánico. Fueron tan valientes como los hombres, e incluso más que algunos.

### ***Una recepción diplomática diferente***

El día antes de que Fidel hablara en el Estadio Nacional de Chile como culminación de su visita, se organizó en la residencia del embajador Incháustegui una recepción a la que asistió el presidente Allende, su gabinete, el cuerpo diplomático acreditado en Santiago, altos dirigentes políticos, artistas e intelectuales, entre otras figuras de relevancia.

Esa noche, la derecha se lanzó a las calles de forma desenfrenada, molesta con la visita del líder revolucionario cubano y la manera cariñosa y atenta que recibió en los lugares de Chile donde estuvo durante sus 26 días de recorrido.

Algunos de los invitados estaban heridos por acciones de la turba derechista. Resultaron agredidos en el trayecto hasta la residencia oficial cubana, y cuando Fidel se percató de lo que estaba ocurriendo se indignó y le solicitó a Allende que denunciara en cadena nacional de radio y televisión tales hechos.

El dirigente cubano le dio suma importancia a la intervención pública del mandatario para que su pueblo conociera las acciones de los opositores, y la gravedad de la situación, señales inequívocas de lo que ocurriría después.

El Comandante ordenó que los chilenos se retiraran de inmediato para evitar otros incidentes que hubiesen podido ser incluso más graves, dada la ferocidad derechista, ya sin respeto alguno por las leyes y la Constitución Nacional.

En esa recepción estuvo Augusto Pinochet, a la razón jefe de la Plaza de Santiago, presencia que le correspondía por su cargo.

En la residencia, Fidel se mostraba muy impaciente. En su criterio, Allende se demoraba demasiado para dirigirse a su pueblo. Habían pasado varias horas desde que había abandonado

el lugar, y nada ocurría. El visitante se había sentado sobre una alfombra frente ante un televisor, esperando expectante.

Tan disgustado estaba que le informó a quienes aún estaban allí que se iba a retirar de Chile de inmediato, y dio la orden de que comenzaran los preparativos para el retorno.

En aquel momento también había ciertos rumores de que algunos grupos oficialistas no querían que él se dirigiera al pueblo al siguiente día en el estadio, aunque finalmente se celebró el acto y le advirtió al pueblo: «He visto el fascismo en las calles», expresión que a algunos, incluso cubanos, les pareció una exageración.

Cuando el Comandante estaba todavía en la residencia indicó a los funcionarios cubanos que también regresaran a sus hogares, y en una decisión que nadie esperaba anunció: «Me voy a recorrer Santiago», acompañado de sus cercanos colaboradores.

Pero Nelly y Michel, sin acatar la orden, se fueron para la embajada. A ella le molestaban los zapatos de altos tacones y el vestido largo, pero no lo pensó dos veces y siguieron directamente para el lugar al que, estaban seguros, Fidel retornaría.

Así fue. Tras un periplo por las calles santiaguinas, el Comandante llegó a la embajada y mandó a buscar a los cubanos que ya estaban en sus hogares, la mayoría sin siquiera acostarse, pues conocían a su jefe y sabían que esa noche habría toma de decisiones importantes.

Con su paso largo, revisó las defensas del inmueble, se dirigió a los que allí se encontraban, entre ellos el embajador, y predijo, con la autoridad de sus años de combatiente: «Esto lo toman en media hora». Y dio órdenes de un refuerzo inmediato de las instalaciones.

En pocas horas comenzaron a trazarse los planes defensivos por especialistas cubanos. Entre las medidas protectoras se instaló un puesto de mando y una guardia médica todo bajo tierra; se enterraron depósitos industriales de gasolina y de agua.

Todo el refuerzo se construyó con la labor de los funcionarios —que trabajaban medio día en sus oficinas y el resto en

las obras— y una brigada de constructores que se encontraban en Santiago de Chile para colaborar con los programas de la Unidad Popular. También se hizo un pasillo que unía los dos edificios de la embajada —cancillería y seguridad—, que estaban separadas, y se levantaron en ambos lados las llamadas «jardineras», que eran unos montículos de concreto donde se podía parapetar una persona para responder al fuego enemigo y también para la observación del otro inmueble.

Todos aquellos aparentes peldaños fueron bautizados como «jardineras», pues se sembraron flores, que era un camuflaje perfecto para que no se detectara el nuevo medio de protección implantado.

Una anécdota que Nelly guarda con cariño es cuando desde su hogar Beatriz Allende llamó a su padre y le dijo: «Papá, a usted le gusta mucho la pintura que yo tengo de René Portocarrero (el emblemático pintor cubano). Le dije a usted que si nacionalizaba el cobre sin pagarle un centavo a la empresa Anaconda (explotadora del crudo en Chile) le regalaría el cuadro. Pero me he enterado que va a pagar un millón de dólares como indemnización. Si mantiene esa postura, olvídese del Portocarrero».

Cuando el dignatario anunció la nacionalización del cobre, afirmó que solo le pagaría un dólar a la Anaconda, pero no pudo cumplir sus deseos expresados en las conversaciones con representantes del consorcio estadounidense, ya que sus asesores le aconsejaron que pagara la cifra para evitar un interminable pleito de indemnización.

A esta cubana sencilla siempre le acompañó el recuerdo de sus días en Chile y entre los más queridos está el amor que Allende demostraba por Beatriz, y el respeto por su amigo Fidel Castro.

En una ocasión confesó a sus íntimos, y ella lo supo. «Lo único que no soporto en esta vida es una mirada atravesada de mi hija Tati, y un regaño de Fidel».



## Nace la OLAS

En enero de 1966, Allende viajó a La Habana, encabezando una delegación del Frente de Acción Popular (FRAP) compuesta por socialistas, comunistas y representantes de otros partidos de la izquierda chilena, para participar en la Conferencia de la Organización de Solidaridad, con África, Asia y América Latina (OSPAAAL), que condenó las acciones agresivas del Imperio en las naciones del llamado Tercer Mundo.

El discurso de Allende, radical y revolucionario, fue aclamado por los participantes y su propuesta de organizar una conferencia latinoamericana de solidaridad recibió el apoyo unánime de los allí presentes. Dicha conferencia se realizó en julio de 1967, en La Habana, dando paso a la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).

Un año después, tres cubanos sobrevivientes de la guerrilla boliviana dirigida por el comandante Ernesto *Che* Guevara, a quien conoció en 1959 en La Habana, lograron ingresar a Chile, pero fueron expulsados por el gobierno de Eduardo Frei.

Ningún país aceptaba otorgarles visas. El vuelo a La Habana debía hacerse vía Tahití-París.

Allende, en gesto solidario, decidió acompañar a los guerrilleros del Che hasta Tahití. Más tarde declaró: «Esto es lo menos que puedo hacer en memoria del Che Guevara».

Meses antes, a mediados de 1966, con la autorización de Allende, su hija Beatriz organizó un grupo clandestino de revolucionarios del Partido Socialista dirigido por Elmo Catalán, miembro de su Comité Central y destacado periodista, con el propósito de auxiliar al movimiento revolucionario que se gestaba en Bolivia y que más tarde constituiría el Ejército de Liberación Nacional de Bolivia (ELNB), dirigido por el Che.

Los llamados Los Elenos desarrollaron numerosas misiones de apoyo, especialmente encaminadas a la reconstrucción del ELNB, tras la caída del Che, bajo la dirección del compañero Guido *Inti* Peredo.

Primero murió asesinado Catalán en Cochabamba, y más tarde caería Inti Peredo, siendo sustituido por su hermano Osvaldo.

Sin embargo, en esos duros y trágicos momentos del ELNB, el grupo de Los Elenos se mantuvo firme y se nutrió de cuadros preparados militarmente, los que combatieron, posteriormente, en la guerrilla de Teoponte.

Luego del triunfo electoral de Allende algunos de los sobrevivientes de este grupo fueron sus importantes colaboradores, como Enrique Huerta y su hermano Félix. Enrique Huerta, caído en La Moneda, se desempeñó como intendente de la casa de gobierno, mientras que Félix era asesor del mandatario.

Arnoldo Camú, miembro del Comité Central del Partido Socialista y quien fuera sustituto de Catalán como jefe de Los Elenos, cayó también combatiendo en las calles de Santiago de Chile, semanas después del golpe, en momentos en que estaba reorganizando el aparato militar de esa organización para continuar la resistencia contra la dictadura de Pinochet.

Otros, como Carlos Gómez, ocuparon relevantes posiciones en la Federación de Sindicatos del Cobre en Chuquicamata.

Es importante señalar que muchos elenos se mantuvieron activos en la intransigencia contra la dictadura pinochetista y en la actualidad manifiestan el orgullo de haber pertenecido a un movimiento revolucionario e internacionalista a favor de la lucha de los oprimidos de América Latina, cuyo fundador fuera Allende y Beatriz su promotora y activista principal.

El espíritu internacionalista y solidario de Allende fue expresado también en su apoyo a Vietnam. Chile fue el segundo país latinoamericano, después de Cuba, en reconocer al estado vietnamita, nación con la que estableció relaciones inmediatamente después de que asumiera como jefe de gobierno.

Igualmente la conducta solidaria de Allende se materializa durante su gobierno de manera consecuente haciendo patente lo enunciado del himno nacional de Chile que sentencia «O la tumba será de los libres, o el asilo contra la opresión».



## Capítulo VIII

### Precursores de la integración

Fidel Castro y Salvador Allende intentaron, hace más de cinco décadas, fomentar la integración bilateral con los recursos de que disponían sus respectivos pueblos, en medio de los ataques imperialistas contra dos sistemas que, desde una óptica humanista y social, buscaban el camino para la construcción del socialismo, cada uno con sus características nacionales.

Ese anhelo de estos dos líderes revolucionarios, en otro escenario político, y tres décadas después del derrocamiento militar del gobierno socialista en Chile, se concretó en el año 2004 en La Habana, cuando Fidel y el fallecido presidente de Venezuela Hugo Chávez suscribieron en La Habana la constitución de la Alternativa Bolivariana para los pueblos de nuestra América (ALBA), una entidad dirigida a contrarrestar el Área de Libre Comercio de las Américas, propuesta por el mandatario estadounidense William Clinton en Miami.

El ALBA —que ante su crecimiento cambió el nombre de Alternativa por Alianza— es, como lo fueron los intercambios realizados por los gobiernos de Cuba y Chile, una posibilidad de crear una nueva tónica comercial alejada de las leyes de mercado, y en los que primó la solidaridad y la hermandad entre los pueblos.

La actitud de desprendimiento del pueblo de Cuba, que no dudó un instante en ayudar al de Chile para evitar la pérdida del nuevo pilar socialista en América Latina, fue el embrión del ALBA, entidad movilizadora de miles de mujeres y hombres en esa región y en el Caribe para alejar de estas tierras el analfabetismo, llevando un mensaje de aliento en sus intercambios de salud pública, comercio, cultura, deporte, siempre con el ser humano como centro de las prioridades de los intercambios en disímiles esferas, sin que las endebles economías de algunos países incluso no miembros de la entidad o diferencias ideológicas impidan la nueva visión política-social de estas zonas geográficas.

Muchos fueron también los esfuerzos y la voluntad política de Fidel y de Allende para desarrollar entre dos hermanos países latinoamericanos un intercambio que comprendiera, además del comercial, las esferas científico-técnica y la cultural, entre otras.

Con el propósito de elevar el intercambio científico-técnico, en marzo de 1972 viajó a la capital chilena una delegación gubernamental cubana para participar en la Primera Sesión de la Comisión Mixta Gubernamental Chile-Cuba.

La parte cubana estuvo presidida por Francisco García Valls, presidente de la Comisión Nacional de Colaboración Económica y Científico-Técnica y por la chilena el subsecretario de Economía de ese país, Oscar Garretón.

El interés de ese primer encuentro estuvo centrado en iniciar la sistematización de la cooperación entre los dos Estados mediante convenios de organismos y sectores que faciliten proyectos en diferentes áreas, especialmente en la Agricultura, Pesca, Industria, Recursos Naturales, Energía, Vivienda, Salud Forestal, Capacitación Profesional, Educación, Informática, Medicina Veterinaria, Ciencias Naturales y Exactas.

Los acuerdos alcanzados entonces fueron:

1. Tipificación de los modos de cooperación y el intercambio de la documentación científico-técnica.
2. Envío recíproco de especialistas.
3. Concesión de becas de ambas partes.
4. Constitución de centros de intercambio y capacitación.
5. Entrega de equipos requeridos para poner en práctica los proyectos de cooperación.
6. Establecimiento de programas entre instituciones afines de ambos países.

### ***Relaciones Comerciales Cuba-Chile***

Las relaciones comerciales entre Cuba y Chile datan de antes de la Revolución en 1959. Ya entre 1949 y 1958, Chile tuvo una balanza comercial negativa respecto a Cuba calculada en más de treinta millones de dólares en el período.

En 1961, Cuba propuso a Chile realizar un comercio balanceado ofertando azúcar a cambio de algunos productos, fundamentalmente frijoles, cebolla y ajo. Este intercambio alcanzó alrededor de quince millones de dólares.

Antes de la asunción al poder de Allende en 1970 y durante el gobierno de su antecesor, el demócratacristiano Eduardo Frei, el comercio entre ambos países no excedía la cifra de siete millones de dólares anuales.

Cuba exportaba azúcar, ron y tabaco mientras que importaba de Chile frijoles, vino y otros productos agropecuarios.

Tras el triunfo del gobierno de la Unidad Popular, el 21 de enero de 1971 llegó a Chile una delegación comercial cubana presidida por el entonces viceministro de Comercio Exterior de Cuba Raúl León Torras.

Como primer paso, el 2 de febrero de ese año se firma el Convenio de Asistencia Naviera, que obliga a ofrecer ayuda a los barcos en los puertos respectivos de los dos países y a gestionar fletes de retorno en ambos casos.

Aún sin suscribir el nuevo Convenio Comercial —que fuera rubricado el 12 de febrero— y durante las conversaciones oficiales, el Gobierno Revolucionario de Cuba, ante la escasez de azúcar en el país austral y a pedido de Allende, envía un barco con 8 500 t del crudo, el cual arribó al puerto de Valparaíso el 6 de febrero.

Seguidamente, otras dos naves llegaron a ese puerto con el valioso producto para dar respuesta a las 30 000 t requeridas de inmediato por el gobierno chileno.

Además de otras mercancías como tabaco manufacturado, henequén, café, artículos de cuero, frutas frescas y en conserva, pescados y mariscos frescos, congelados y en conserva, alcohol, níquel, aceites esenciales, ron de caña y otros productos arribaban en buques procedentes de la Isla.

Los navíos retornaban a Cuba cargados de celulosa, maderas, frijoles, ladrillos refractarios, harina de pescado, manufacturas de cobre, productos plásticos y de acero, tornillería, herrajes y carbón activado, entre otros productos de la industria chilena.

El azúcar crudo recibido era refinado en la Compañía Refinería de Azúcar de Penco, en la ciudad de Concepción.

El Convenio Comercial entre Cuba y Chile para el período 1970/1973 fue firmado por la parte cubana por León Torras y por la chilena por el canciller Clodomiro Almeyda.

En el primer año, el intercambio comercial bilateral superó los veinte millones de dólares, cifra mantenida y superada en los dos años siguientes.

«El Acuerdo constituyó el hecho de mayor trascendencia en las relaciones bilaterales», según declaró a la prensa León Torras, jefe de la delegación cubana a la firma del documento.

Por su parte el canciller Almeyda expresó:

[...] este Convenio Comercial y este Protocolo de Intercambio para los años 1971/1973, está dando forma a un hito importante dentro de las relaciones de dos pueblos integrantes de Latinoamérica. Para Chile que con mucho cariño y admiración ve y respalda solidariamente el proceso cubano, es notorio, como hemos expresado a través de ese trabajo conjunto de nuestras comisiones, esa solidaridad que nace desde una patria socialista y en una patria que camina hacia el socialismo, como es la República de Chile.

La experiencia alcanzada por la parte cubana en las negociaciones y transacciones comerciales internacionales se trasladaron a la parte chilena, pues los primeros negocios realizados por La Habana carecían de esas prácticas internacionales.

Grupos empresariales mostraban interés en negociar con Cuba, entre ellos la organización derechista SOFOFA que deseaba vincularse a la Isla. La Oficina Comercial en Chile y misiones cubanas visitantes eran receptivas a estos intereses que redundarían en beneficio bilateral.

Cabe destacar que ya en 1962 Cuba comerciaba con 73 naciones, de los cuales solo 13 eran socialistas.

### **Balance comercial entre Cuba y Chile durante 1971 y 1972** **Cuba**

Importaciones:

1971 7089,0 miles de pesos

1972 6057,9 miles de pesos

En 1971 se añadieron 1,3 millones de pesos en productos que no estaban contemplados en las compras de ese año, tales como alambión de cobre, y otras manufacturas de ese metal.

Productos importados: frijoles, cebolla fresca, vinos, harina de pescado, madera acerrada, cebada malteada, agar-agar, cátodos de cobre, manufacturas de cobre y latón, alambión de cobre, válvulas de cobre, alambre barnizado de cobre y salitre.

Exportaciones:

1971 184,082 t de azúcar por valor de 19,725 miles de pesos.

1972 166,149 t por valor de 25,503 miles de pesos.

Aunque el volumen de venta del crudo fue inferior, el valor creció debido al aumento del precio del azúcar ese año. Cuba también exportó 84 000 unidades de tabaco torcido por 25 mil pesos.

En 1972 se exportó 25,528 miles de pesos.

Exportación cubana: Azúcar crudo, refino y tabaco torcido.

### **Problemas principales afrontados en el equilibrio de los intercambios estipulados en el Convenio Comercial entre Cuba y Chile (1971-1972)**

1. Incumplimientos o cancelaciones de parte de las empresas chilenas en 1971, que afectaron más de un 20 % de las contrataciones en 1972.
2. Tendencia de las firmas andinas a cobrar a Cuba sobrepuestos por sus exportaciones en comparación con iguales ventas realizadas a otros países.
3. Demora en pagos por las exportaciones de azúcar.

Cuba, además de la donación de 40 000 t de azúcar, le otorgó un préstamo de leche en polvo para contribuir a asegurar el medio litro de leche diario a la población, prometido por Allende. Pero en cuanto comenzaron a reintegrar ese producto a Cuba, la media chilena montó una infame campaña basada en que el presidente Allende la estaba regalando. Igual pasó con otros acuerdos comerciales que fueron rechazados por la derecha política y la prensa reaccionaria.

Poco conocido en el intercambio comercial bilateral está la importación de las posturas de fresa sembradas en la región de San Antonio de los Baños, próxima a la ciudad de La Habana,

así como las del plan de frutas de Caonao, en la antigua provincia de Las Villas (hoy Villaclara) utilizadas en la elaboración de los helados Coppelia y a otros fines comerciales.

Las cepas de fresas llegaron a Cuba desde California, Estados Unidos, a través del gobierno de Chile y la decisiva cooperación del empresario privado de ese país David del Curto, burlando así el bloqueo financiero, económico y comercial de la nación nortea, que aún persiste. Al filtrarse la noticia, la actitud solidaria del presidente le trajo fuertes críticas de la derecha chilena.

El comercio entre los dos países, hermanados por los sentimientos revolucionarios y socialistas, quedaron interrumpidos en el momento que Pinochet rompió relaciones diplomáticas con Cuba el 11 de septiembre de 1970, en una de sus primeras medidas oficiales.

### ***Estados Unidos: todas sus fuerzas y recursos contra Allende***

Las agresiones al gobierno socialista se manifestaron en todos los sectores, particularmente en la economía y las finanzas. El régimen de los Estados Unidos utilizó sus resortes y cómplices disfrazados de organismos internacionales como el Banco Mundial (BM), y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), para socavar cualquier intento de avance de la economía en manos de la izquierda chilena.

Mientras la Casa Blanca otorgó a Frei un préstamo por trescientos millones de dólares en créditos a corto plazo, a Allende le ofreció la décima parte. El BM en su complicidad no le concedió ninguno y el BID de los cuarenta y seis millones que prestó a Frei solo le ofertó 2 a Allende, en 1972.

Había que «aullar» la economía como manifestó Nixon durante la reunión que sostuvo con representantes de la CIA, el 15 de septiembre de 1970.

La escalada contra el gobierno de la Unidad Popular fue denunciada por Allende en el discurso que pronunció ante la Asamblea General de la ONU, el 4 de septiembre de 1972,

cuando subrayó que el bloqueo económico y financiero contra su país lo había convertido en «Un Vietnam silencioso».

### ***Cultura entre dos pueblos***

Entre 1970 y 1973 se afianzan en una colaboración sin precedentes los vínculos culturales con Cuba.

Cuando se implantó la nueva administración socialista, de inmediato se observó en el país austral importantes cambios en el sector educacional, al que se dedicó en 1971 el 20 % del presupuesto nacional, una cifra nunca antes utilizada.

Ello supondría, al igual que ocurrió con la democratización de otras enseñanzas, la entrada de miles de personas antes marginadas al sector educacional de una manera activa, lo que además de su instrucción permitió avizorar un alza en el nivel cultural de la población.

Cuba también estuvo presta a ofrecer sus conocimientos en la creación de determinadas estructuras culturales, en las cuales ya poseía experiencia, así como un novedoso intercambio en materias como la literatura, el cine, las artes plásticas y la música.

En 1971, en uno de los acontecimientos más relevantes ocurridos en ese ámbito, llegó a Santiago de Chile el ya fallecido cineasta Alfredo Guevara, director del Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficos (ICAIC), a fin de suscribir un convenio de intercambio con la empresa estatal Chile Films, bajo la dirección del laureado director Miguel Littin.

En aquella ocasión Guevara declaró que el documento reflejó «el espíritu de aumentar los lazos que unen a nuestros países».

Esa posibilidad de unir fuerzas para llevar adelante obras cinematográficas auspiciadas por las dos naciones hizo que el documentalista cubano Santiago Álvarez filmara ¿Cómo, por qué y para qué se asesina a un general?, el cual denuncia el complot de la derecha chilena que secuestró y mató al general René Schnaider.

Pero como el Consejo de Censura Cinematográfica de Chile (CCCC) estaba en manos de elementos derechistas,

prohibió la proyección del filme también auspiciado por Chilefilms.

La entidad estatal rechazó tal actitud aclarando que la obra cubana no atentaba contra el orden público como afirmaba el CCCC, sino que se limitaba a denunciar y destacar los entretelones que rodearon el asesinato de un general de la República.

También en 1971 se realizó otra coproducción titulada *Introducción a Chile* dirigida por el cineasta cubano Miguel Torres con la cámara del chileno Raúl Rodríguez.

El intercambio firmado por Guevara y Littin comprendía además el intercambio de cineastas, la difusión del cine chileno en Cuba y viceversa; celebración de festivales; intercambio de noticieros; de grupos de filmación y de publicaciones gráficas.

### ***Primera Bienal Chile-Cuba***

Las artes visuales resultaron otro elemento importante de la colaboración cultural bilateral. A mediados de 1971 la Casa de las Américas, de Cuba, y la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile y el Instituto de Arte Latinoamericano propician un intercambio entre artistas de los dos países.

En Chile se mostraron obras de 26 artistas de la Isla que hacían pinturas, dibujos y grabados. Entre ellos, todos reconocidos a nivel mundial, figuraron Wifredo Lam, René Portocarrero, Eduardo Abela, Luis Martínez Pedro, Mariano Rodríguez, Alberto Jorge Carol y Mario Gallardo. En aquella ocasión se hizo una donación de 60 obras de artistas contemporáneos.

Mientras, en La Habana se presentaron obras de pintores y escultores contemporáneos chilenos, como José Balmes, Guillermo Núñez y Mario Toral.

Otra gran muestra inaugurada con la presencia del presidente Allende fue la colección de 44 obras de maestros de ese arte en la sala Matta, del Museo de Bellas Artes de la capital chilena.

En cada una de esas interacciones culturales, la prensa derechista atacó a la Unidad Popular, inventando soeces mentiras, como la publicación en *El Mercurio* de que en el avión que

transportaba las piezas de los cubanos se trasladaban armas para la defensa nacional.

El presidente no perdió la ocasión para ridiculizar al libelo derechista. En respuesta a la falacia, respondió en un discurso pronunciado en la ciudad de Concepción, que «en un largo cajón más largo venía un pescado cuya cabeza voy a mandar a los periodistas de *El Mercurio*. En otra caja venían helados, que me gustan mucho, que me mandan mis compañeras de la Federación de Mujeres Cubanas».

Como parte del convenio cultural, Chile envió a Cuba para su exhibición una muestra de 70 piezas de arqueología, en abril de 1971.

También hubo un acercamiento en las letras, luego de la firma el 23 de octubre de ese mismo año de un convenio entre el Instituto Cubano del Libro y la editorial chilena estatal Quimantú.

La música ocupó también un papel preponderante en las dos direcciones.

Presentaciones inolvidables en Chile fueron las de los trovadores Silvio Rodríguez, Vicente Feliú y Pablo Milanés, íconos del movimiento de la Nueva Trova.

En La Habana hizo su primera presentación en 1971 el conjunto vocal e instrumental folclórico de Chile Quilapaúm, junto a la cantante Isabel Parra, los cuales recorrieron provincias cubanas y brindaron un concierto especial en Casa de las Américas.

Mientras, en Chile, ese mismo año, tuvo su actuación el espectáculo cultural Saludo Cubano. Entre sus integrantes estaban la legendaria orquesta Aragón, Carlos Puebla y sus tradicionales, Ela Calvo y el grupo de percusión Los Papines. Ese grupo artístico recorrió el país austral.

También el conjunto folclórico de la Universidad de Antofagasta en 1972 visitó Cuba y actuó en la mayor parte de la Isla, al igual que el Coro de Cámara de la Universidad de Chile.

Dos meses después, lo hizo el Ballet Folclórico Nacional de Chile Aucamán.

Los tres años del gobierno de Allende permitieron un fructífero intercambio en la rama cultural, en sus diferentes géneros, que también comprendió el teatro.

El ámbito deportivo también sentó plaza en esa época. Se suscribió un acuerdo sobre deportes a fin de organizar los Juegos Panamericanos que se celebrarían en Chile en 1975, además del intercambio de personal calificado en diferentes disciplinas, asesoramiento en medicina deportiva y la programación masiva para el desarrollo de los talentos.

# Capítulo IX

## Visita de Fidel a Chile

Juan Carretero conoció de las intenciones de Fidel Castro de visitar Chile en un despacho que sostuvieron en una de sus visitas a La Habana.

Eso fue unos meses antes de que llegara a Santiago de Chile en noviembre de 1971. Fidel le dio instrucciones de ir preparando las condiciones para que estudiara a fondo el terreno y le enviara un proyecto de programa a cumplir en la nación austral.

La agenda oficial del Comandante debía contemplar un recorrido por un alto número de regiones del país para entrar en contacto con la mayor cantidad de pueblo posible, los dirigentes provinciales y trabajadores y otras clases sociales, como campesinos e intelectuales.

El objetivo de la visita era apoyar la gestión del mandatario socialista, y transmitir un mensaje de solidaridad y apoyo al proceso que la Unidad Popular desarrollaba en Chile.

Fidel se ponía en las manos de Allende para hacer un trabajo de explicación tanto de la Revolución Cubana como de las posibilidades que abría ese gobierno popular a las masas chilenas. Se trataba, entonces, de un llamado a la unidad y al esfuerzo de todos, para lograr los objetivos gubernamentales.

Carretero debía explicarle después al líder cubano la situación que había en cada provincia y cada lugar que se fijara en el programa.

Este tema el diplomático cubano solo podía hablarlo con Allende y pedirle, además, su cooperación para mantener en secreto la visita. Además, Fidel le había indicado que todo lo que hubiese en torno a su estancia en Chile lo hiciera con la aprobación presidencial.

Cuando se reunió con Allende y le planteó la eventual visita de Fidel, a él le agradó mucho la idea de que viajara a su país, pues lo había invitado desde su toma de posesión. Le transmitió

que contara con su apoyo para que realizara una estancia exitosa.

El funcionario cubano proyectó con el mandatario la visita y las principales actividades que cumpliría el líder cubano y sus intercambios con la mayor cantidad de dirigentes sindicales e incluso militares.

Estaban comprendidas también las direcciones de los partidos de la coalición de la Unidad Popular, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y cualquier otro elemento político que el mandatario estimara pertinente.

Carretero hizo recorridos por distintas provincias desde Arica hasta Magallanes.

Lo acompañaba su equipo de oficiales de la DGLP que harían los estudios sobre el terreno de la historia de los lugares, actividades económicas, centros laborales de mayor importancia, sectores sociales predominantes —clase obrera y campesina—, dirigentes políticos, universidades e instituciones culturales.

La investigación también estaba encaminada a conocer la situación operativa de aquel recorrido, las actividades de los grupos antisociales, opositores, terroristas y fascistoides que, según informaciones, operaban en provincias.

Durante su estadía en las tierras andinas, Fidel recorrió gran parte del país. Fue a Punta Arenas, en el Sur, y subió a un destructor chileno con Allende, en el que llegaron hasta Magallanes.

Durante esos meses se fue preparando todo, hasta que ya más cercana a la fecha de la visita, miembros de Tropas Especiales y de la Seguridad del Estado empezaron a arribar a Chile a estudiar el terreno, de acuerdo con los informes emitidos por el equipo de Carretero, cuando ya estos se habían intercambiado con el dignatario y se había ratificado el proyecto de la agenda oficial con la cual se trabajó.

Cuando era muy cercana la llegada de Fidel, el grupo dirigido por Carretero empezó a trabajar confidencialmente con sus pares chilenos encargados de tomar las providencias de seguridad y de logística —transporte, etcétera—. Un papel principal

jugó Eduardo *Coco* Paredes, jefe de la Dirección de Investigaciones.

Lo más peligroso desde el punto de vista de la seguridad personal de Fidel eran los accidentes geográficos, ya que nunca se temió por un factor sorpresa en caso de un atentado. Las medidas para proteger su vida estaban tomadas desde hacía meses.

Cuando ya se conocía la noticia un poco más abiertamente fueron coordinadas las concentraciones con la Unidad Popular en cada uno de los pueblos. Además, esa coalición preparó una recepción popular en la que abundaban pancartas, banderas y otros elementos de alegre recibimiento.

El programa general nunca se hizo público, pero las preparaciones en cada lugar hacía que la población y las autoridades conocieran de la evidente llegada del jefe de la Revolución a la localidad.

Una vez Fidel en Chile, y en la medida que transcurrían los días, en todas esas provincias parecía que se había dado alarma de combate, pues todo el mundo quería presentarle lo mejor. En una visita de tal magnitud es imposible mantener secreto absoluto. Además, la seguridad cubana siempre iba antes para preparar condiciones y los chilenos estaban al tanto de los movimientos.

Una de las cosas que más preocupaba a Carretero fue que Fidel viajó en un avión IL 62, pero se adoptó la medida de llevar a Chile un Iluschin para los traslados dentro del país. Era imposible que hiciera el viaje por carretera, pero hacerlo por vía aérea también traía complicaciones.

Por ejemplo, en algunos lugares el avión salía de una pista no muy larga, y cuando esta se terminaba, ya estaba ahí el mar. Abundaban las montañas y en ocasiones la nave tenía que subir y subir y levantarse casi hasta la mitad de la pista y hacer un giro para no chocar con aquellas moles.

Claro que existía la perspicacia sobre un eventual atentado.

De hecho, hubo tres intentos de magnicidios contra Fidel en Chile, pero de ellos hubo dos que no se pudieron fraguar

por la cobardía de los complotados, que se hicieron pasar por corresponsales de periódicos de Venezuela.

Una de las cámaras que usaba un presunto fotógrafo iba preparada con un arma adentro que se disparaba cuando se apretaba el obturador y salía una bala. Pero el disparo tenía que ser cerca y al implicado lo iban a apresar en segundos.

Siempre alrededor de Fidel había multitudes. Estos supuestos periodistas también intentaron una primera acción contra el dirigente revolucionario durante una conferencia de prensa, pero en el lugar se revisaban las cámaras y allí decidieron suspender.

No obstante, se trasladaron a Concepción y trataron de dispararle durante un acto que se celebraba en el estadio de esa ciudad, pero cogieron miedo y desistieron.

Otro atentado fallido partió de un contrarrevolucionario cubano-americano, que había viajado a Chile con una identidad centroamericana. Este individuo llevaba consigo un AR 15 y una escopeta de perdigones.

Ocurre que a este hombre se le presentó en Santiago una crisis de apendicitis aguda. Va a un hospital y lo operan y lo salvan. Este contrarrevolucionario comienza un romance con una enfermera chilena y cuando le dan el alta se va a vivir con ella a una especie de conventillo en el cual ella tenía una habitación. En determinado momento, cuando ya Fidel se había marchado de Chile el hombre desaparece y le deja una cartica a la enfermera en la que le dice que la quiere mucho, pero que él tiene otras cosas que hacer.

Le dejó una maleta debajo de la cama con el AR 15. Cuando la muchacha la abrió y vio el arma inmediatamente acudió a la Dirección de Investigaciones y le contó a Coco Paredes lo que ocurría. Que ella nunca sospechó que su enamorado era en realidad un cubano que se hacía pasar por un falso turista centroamericano.

En cuanto a los supuestos corresponsales, en Concepción se les colocaron agentes de seguridad para que hicieran relaciones con ellos. Se detectó que no eran periodistas. Pero no cogieron a nadie preso, pues en cuanto los dos individuos se percataron

de que estaban siendo vigilados se fueron de inmediato del país mediante trámites realizados por la embajada de Estados Unidos.

Durante todo el programa, que Carretero supiera, no hubo un incidente por parte del pueblo, porque la gente salía a ver a Fidel y a gritarle, pero cosas buenas.



## Capítulo X

### **Herald Edelstam, un hombre de honor**

El 16 de abril de 1989, a los 76 años de edad fallecía en Estocolmo, Suecia, Herald Edelstam, luchador antifascista sueco, quien durante la Segunda Guerra Mundial se desempeñó como diplomático en las embajadas de Suecia en Roma (1939), en Berlín (1941) y en Oslo (1942-1944), realizando en esta última misión operaciones clandestinas, junto a la resistencia de ese país, bajo el seudónimo de Clavel Negro.

Terminada la confrontación bélica con la derrota del nazi-fascismo, entre 1948 y 1952 se desempeñó en La Haya, y entre 1952 y 1954 en Varsovia, Polonia.

Luego sirvió como cónsul de Suecia en Estambul y embajador en Indonesia y Filipinas, de 1966 a 1968.

Su primera experiencia en América Latina comenzó cuando fue designado embajador en la República de Guatemala, en 1969, y concurrente en varias naciones centroamericanas.

Ante la situación de represión y de injusticia social que encontró en esos países —sojuzgados por gobiernos entreguistas—, este combatiente por los derechos humanos retoma su compromiso de lucha, esta vez en favor de los pueblos latinoamericanos oprimidos por el imperialismo estadounidense.

Gracias a su incondicional y firme actitud, muchas figuras revolucionarias de aquellos años de intensa represión salvaron sus vidas.

Al Chile del presidente Salvador Allende y de la Unidad Popular llegó en 1972 como embajador de su país. En la nación austral resultó acogido de manera favorable por el movimiento popular triunfante y también por el mandatario socialista, con el que estableció una sólida amistad.

En breve tiempo, Edelstam se percató de la existencia de fuerzas antidemocráticas y fascistas las que, bajo la tutela de la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas Chilenas, conspiraban para derrocar al Gobierno Popular.

Ante los virulentos ataques desestabilizadores de la derecha contra la institucionalidad y la legitimidad del gobierno y de su presidente, denunció de inmediato a los fascistas y apoyó al proceso revolucionario que se desarrollaba en aquella nación.

El llamado tanquetazo —un frustrado golpe de Estado en junio de 1973— y la obligada renuncia del general Prats allanaba el camino para la conspiración entre los fascistas chilenos y sus jefes estadounidenses.

Esos hechos revivieron en Edelstam los difíciles momentos vividos en Europa bajo el fascismo, experiencia que le valió para enfrentar el día del golpe militar el 11 de septiembre y poder actuar audaz y firmemente ante la asonada.

Vale recordar los acontecimientos en los que Edelstam participó en Chile arriesgando su vida con la serenidad, valentía, decisión, audacia y firmeza, que le caracterizaron.

En horas tempranas del día 11, el diplomático sueco se puso en contacto con varios embajadores, vía telefónica, con la familia del presidente Allende y con dirigentes de la Unidad Popular, a fin de esclarecerse sobre la situación imperante y ofrecerles su respaldo.

Edelstam fue uno de los primeros en establecer contacto con la embajada de Cuba para intercambiar criterios sobre el difícil momento con su homólogo, el embajador Incháustegui.

Ya en horas del mediodía, los cubanos —en plena disposición combativa— rechazaron el intento de las fuerzas del Ejército golpista de traspasar el muro protector de la Misión Cubana, en el interés de tomar algunos rehenes.

Enterado del suceso, Edelstam se personó de inmediato en la sede diplomática de la Isla, burlando el cerco militar que se había reestructurado alrededor del predio, con el pretexto de llevar agua y alimentos al personal imposibilitado de salir al exterior.

Este fue el primer contacto personal con los diplomáticos cubanos, en situación muy riesgosa, pues los sangrientos encuentros de los militares con la resistencia eran, en esos momentos, generalizados en Santiago.

Al diplomático se le informó de la muerte del presidente Allende y de la represión desatada por Pinochet en los centros

de detención y tortura que habilitó de inmediato, como el Estadio Nacional y otros puntos de la capital chilena.

También se le explicó la posibilidad de que el personal cubano fuera atacado nuevamente por el Ejército y conoció que allí estaban preparados para defender la soberanía e integridad del territorio cubano, que constituía la sede diplomática.

Además, le solicitaron apoyo para dar protección en su embajada a varias mujeres y hombres chilenos, que en ese momento ya habían pasado a la clandestinidad y le pidieron mantener, por su intermedio, comunicaciones con otros amigos.

Recordar que ya era imposible salir de la embajada cubana sitiada militarmente, mientras otras misiones, como a la sueca, les era permitido moverse con salvoconductos y protección militar.

Edelstam se las arregló para continuar en su solidaria labor haciéndose «proteger» cuando hacía una visita oficial, como las muchas que realizó al estadio de Santiago, convertido en campo de concentración y tortura por los golpistas.

Otro asunto importante que se trató en este contacto personal fue valorar su disposición y la de su gobierno, ante la inminente ruptura de relaciones con Chile, de representar los intereses cubanos en la nación suramericana.

Horas después de sostener el encuentro con Edelstam, la embajada de Cuba fue atacada por el Ejército chileno, que recibió un contundente rechazo del personal allí acuartelado.

La soldadesca rápidamente solicitó una tregua y ofreció garantías y facilidades para que los cubanos salieran del país de inmediato, ya que el primer decreto de la dictadura pinochetista determinó la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba —tal como se preveía— y daba un límite de 48 horas para que el personal abandonara el país.

A la sede diplomática asediada por los militares llegaban noticias de que la represión, la tortura y el asesinato se organizaba y ampliaba durante cada hora que transcurría.

Durante el ataque a la misión cubana, al anochecer, Edelstam se mantuvo en contacto permanente con los diplomáticos, al mismo tiempo que denunciaba la atrocidad cometida contra el Derecho Internacional, la Convención de Viena y otros

documentos que se suponen rigen las relaciones entre Estados y sus representaciones diplomáticas.

Al amanecer siguiente, el embajador anunció que Suecia se haría cargo de los intereses de Cuba y que los funcionarios podían iniciar la recogida de documentos y otros enseres con ese propósito.

De nuevo, la Suecia del amigo de Cuba, el primer ministro Olof Palme, respaldaba a su respetado embajador Edelstam en un asunto tan delicado.

Ya en la tarde del 12 de septiembre, el embajador de la entonces Unión Soviética en Chile ofreció el avión Il-62 que había arribado días antes a Santiago, según su itinerario regular, y estaba imposibilitado de retornar a Moscú a causa del cierre del aeropuerto ordenado por la Junta Militar Golpista.

El consejo de dirección de la embajada cubana elaboró y aprobó un plan en detalle de la salida de su personal y de algunos chilenos, en especial colaboradores del presidente Allende que ya se encontraban en ese edificio.

Se realizó un ejercicio de localización de todos los cubanos que estaban en Santiago para concentrarlos en la sede diplomática.

Un coronel golpista y un funcionario de la cancillería chilena se presentaron ante el embajador para discutir los detalles de la salida.

En aquella reunión se aceptaron las condiciones que estableció Cuba, además de las garantías dadas por los militares, en especial para que se trasladaran las valijas sin que fuesen revisadas y sin el cacheo individual del personal, en respeto a las inmunidades diplomáticas.

Los funcionarios de la Isla llevaban, a pesar del peligro, pistolas y granadas ocultas bajo la ropa y en maletines de mano, mientras las valijas eran ocupadas por fusiles, y los archivos por armamento remanente.

El personal de Cuba partió desde su embajada con destino al aeropuerto de Pudahuel en caravana de ómnibus organizada por escuadras, en disposición combativa y llevando sus respectivas valijas, aparentemente selladas, pero de fácil acceso al armamento que contenían.

La caravana fue acompañada, además, por los embajadores de la Unión Soviética, México, Perú, el Nuncio del Estado Vaticano —decano del cuerpo diplomático— y, por supuesto, el embajador Edelstam, quien dejaría protegiendo a la embajada cubana al segundo jefe de la misión de su país, hasta que él regresara del aeropuerto.

La conocida actitud ejemplar de este revolucionario europeo fue revelada una vez más en aquellas horas.

Antes de trasladarse al aeropuerto, la misión le entregó las propiedades de Cuba: dos grandes inmuebles, alrededor de 20 vehículos, muebles, y otras pertenencias, entre ellas algunos fusiles lanzacohetes que no cabían en el vehículo que trasladaba los supuestos archivos.

También quedó bajo su custodia el chileno Max Marambio, quien había jugado un papel importante en el primer año del gobierno de la Unidad Popular como jefe de la seguridad personal de Allende, y quien buscó refugio en la embajada de la Isla el mismo día del golpe.

Marambio fue el único chileno al que los golpistas no ofrecieron salvoconducto para salir del país. Él quedó bajo la salvaguarda del gobierno sueco y por ende de su embajador, el que se comprometió a retornar de la terminal aérea para darle protección personal y cuidar el armamento que quedó en tierra.

Cuando el avión ruso estaba próximo a partir hacia La Habana y solo faltaban dos o tres hombres para abordarlo, Edelstam les pidió las llaves del camión Mercedes Benz, en los que se trasladaron los supuestos archivos.

El embajador sueco le respondió a un soldado que le preguntó para qué necesitaba las llaves del vehículo de los cubanos —como se había acordado— y en su idioma dijo que «no se lo voy a dejar estos cabrones fascistas», según contó después. Cuando las recibió, se fundió en un abrazo entrañable con los cubanos que partían desde un Chile ensombrecido.

Meses más tarde, en diciembre de 1973, la dictadura lo declaraba *non grato* y tuvo que regresar a Estocolmo.



## Reencuentro en Suecia

A finales de diciembre de 1973 Juan Carretero fue enviado a Suecia para sostener conversaciones con la Cancillería de ese país sobre los bienes e intereses de Cuba en Chile, puestos a su resguardo.

En esa ocasión tuvo la posibilidad de encontrarse nuevamente con Edelstam, a quien visitó en su sencillo hogar. Estaba enfermo de neumonía, pero se sobrepuso a pesar del poderoso invierno de su país.

Edelstam le contó, como colofón de esa última conversación y despedida en el aeropuerto de Pudahuel, sobre su regreso esa noche a la embajada cubana, sin problemas y con el camión.

El cubano le manifestó a su amigo —resaltando su audaz actitud—, que si esa noche hubiese habido en Santiago la nieve y el frío que existiese en esos momentos en Estocolmo, estaba seguro de que también se las habría arreglado de alguna manera para cumplir con su compromiso.

El exdiplomático le respondió que le recordaba con sus palabras las operaciones que realizó durante la Segunda Guerra Mundial en Noruega, donde tenía que trasladarse con un comando de la resistencia a decenas de kilómetros en esquíes, para misiones de comunicaciones radiales y de exploración, entre otras.

Su modestia, sin embargo, le impidió decirle que había salvado del campo de concentración del Estadio Nacional y de la muerte a más de 500 militantes de la izquierda chilena y latinoamericana.

Estos últimos habían buscado refugio en el Chile de Allende huyendo de las dictaduras militares que ya aplicaban el siniestro Plan Cóndor, mediante el cual los países se intercambiaban

prisioneros que luego desaparecían, casi siempre lanzándolos al mar.

Tampoco mencionó que había organizado con un grupo de uruguayos y chilenos que habían pedido asilo en la embajada cubana antes de ser cerrada la entrega del armamento bajo su protección, a la resistencia nacida tras el golpe.

Poco tiempo después de los acontecimientos de 1973, Edelstam visitó Cuba, en varias ocasiones, invitado por el Comandante en Jefe, realizando así su sueño de conocerlo y abrazarlo.

Su última misión diplomática como embajador fue en Argelia, entre 1974 y 1979.

En 1980, Carretero y su amigo sueco se reencontraron en Bagdad, capital de Iraq, donde el cubano se desempeñaba como embajador.

En esa ocasión Edelstam viajaba como representante de una empresa farmacéutica de su país.

Como viejos amigos disfrutaron de su estancia en Bagdad y se despidieron con la esperanza de volver a encontrarse en un Chile liberado del fascismo.

Carretero guarda muchas imágenes en su memoria de ese hermano de causa que fue Harald Edelstam.

Sin embargo, cada vez que piensa en él se remite a un retrato imaginario que lo representa vestido con ropa de invierno, con su fusil al hombro y sus resistentes esquíes, dominando el frío y la nieve con la pujanza de sus ideales para derribar las poderosas fuerzas del fascismo.



## **La presencia vigente de Allende**

El mundo nunca olvidará a Salvador Allende y las víctimas de la dictadura militar.

El pueblo chileno, sus organizaciones políticas, obreras y estudiantiles recuerdan cada año el aniversario del golpe de Estado militar contra el gobierno constitucional del presidente socialista Salvador Allende, el 11 de septiembre de 1973.

Cuando se cumplieron 40 años de la oprobiosa acción, centenares de actos fueron convocados entre el 4 y el 11 de ese mes —jornada que se extendió hasta finales de año— en avenidas, barrios, academias, universidades, teatros, ante su monumento en la Plaza de la Constitución, en el cementerio donde reposan sus restos. Flores, canciones, versos, debates políticos dieron muestras de que Salvador Allende sigue vivo y que sus ideas son tema obligado para desentrañar la historia contemporánea de América Latina.

Los actos programados en Chile se iniciaron con un homenaje a su memoria ante su monumento, en la Plaza de la Constitución, frente al presidencial palacio de La Moneda, cubierto de flores ese día, como ocurre usualmente.

Otras acciones de recordación —entre otras decenas— en su país natal fueron:

La inauguración de la muestra «Un Exilio Sin Retorno: Rodrigo Rojas De Negri» realizado en MAC Quinta Normal.

En el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (Matucana 501), abrió la muestra de ese espacio y se realizó un conversatorio con Verónica De Negri, Eduardo Contreras y Montserrat Rojas Corradi.

Exhibición de 40 años del golpe, por Marcelo Montecino. Del 26 de septiembre hasta el 10 de noviembre, 2013.

Muestra de cine con la exhibición de *Recuerdo de Roland* (Un souvenir). Formó parte de esta exhibición el filme *Un diplomático francés en Santiago* (2008) del documentalista Patricio Panlagua y un libro de arte realizado por varios artistas.

Debate *La Izquierda en la postdictadura: los desafíos del tiempo presente*. La iniciativa propuso analizar y discutir el papel que ha desempeñado la izquierda en la sociedad chilena durante los últimos 40 años, además de proyectar su rol en el futuro.

Presentación de la reedición del libro *El gobierno de Allende. Chile 1970-1973*, de Sergio Bitar.

Homenaje al general Carlos Prats y su esposa Sofía Cuthbert, organizado por el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, al cumplirse el 39 aniversario de su asesinato en Argentina.

Lectura de *Poesía* de Jorge Montealegre, quien compartirá versos en un espacio de la Universidad Alberto Hurtado.

Concurso Mala Memoria; música para no olvidar. Concurso nacional de canciones para tributar a las víctimas de la dictadura. Participaron consagrados artistas nacionales.

Presentación número especial de la Revista *Cuadernos Médico-Sociales*, dedicada a la figura del presidente Allende y a los 40 años del golpe de estado. Intervinieron la senadora Isabel Allende, el Dr. Enrique Paris, presidente del Colegio Médico y el Dr. Sergio Sánchez, director de la Revista *Cuadernos Médico-Sociales*.

Velatón Estadio Nacional, homenaje cultural a los caídos en Estadio Nacional. Varios músicos actuaron para los barrios colindantes.

Congreso Interdisciplinario de Estudiantes: Construcción y recuperación de la memoria histórica.

Estreno del documental testimonial *Yo no voy a morir* con imágenes de archivo y entrevistas sobre la vida y obra del poeta Pablo Neruda. Testimonios exclusivos de Mario Toral,

Enrique Inda, Oscar Hahn, Darío Oses, José Balmes, Luis Elmes, Aida Figueroa, Raúl Bulnes, Edmundo Herrera. Acto en homenaje a los ejecutados políticos en el Museo de la Memoria.

La Fundación Salvador Allende y el Comunal Partido Socialista de Viña del Mar convocaron a la tradicional romería que cada 11 de septiembre se realiza en el cementerio Santa Inés.

Homenaje a Ernesto Galaz, quien estuvo detenido y ejecutado junto al general Arturo Bachelet en la AGA.

Seminario organizado por Villa Grimaldi: Representación, relato y memoria: Un debate abierto.

En noviembre, la Cineteca Nacional de Chile propuso un ciclo de cine que incluyó Chile-Francia: del cine du réel a la Cineteca Nacional, cine chileno antes y después del 73.

Celebración del seminario Golpe: 1973-2013. Participaron los expertos Eric Fassin, profesor de sociología de la Universidad de París 8 Vincennes-Saint-Denis y Jean-Louis Déotte, profesor de filosofía de la Universidad de París 8 Vincennes-Saint Denis y coordinador de la Maison des Sciences de l'Homme París Nord.

Exposición Fotografía Presencial del uruguayo Naúl Ojeda, en Cerrillos. Ojeda realizó un impresionante registro para Prensa Latina durante la Unidad Popular y un par de semanas posteriores al golpe militar. Entregó oportunamente las fotografías, trasladadas de manera oculta a Estados Unidos para protegerlas y salvarlas de la destrucción.

Berlín, Alemania. Chile y América Latina: 40 años después. Encuentro de cultura y política con el objetivo de reactivar las discusiones actuales sobre la justicia social y la democracia en América Latina. Se presentaron los grupos Inti-Ilumani, Tiempo nuevo, Lautaro Valdés, entre otros.

Valls, España. La comisión Salvador Allende en Valls, en colaboración con diversas organizaciones chilenas y españolas, organizó diversas actividades conmemorativas, las que se iniciaron con una ofrenda floral en el monumento a Salvador Allende en dicha ciudad.

Salerno, Italia. La asociación socialista Il Riformista, presidido por el senador Gianni Iuliano, y el Partido Socialista Italiano en Salerno recordaron a Salvador Allende, en el cuadragésimo aniversario de su muerte. El evento Salvador Allende, para no olvidar, se celebró en la Sala A. Genovesi de la Cámara de Comercio de Salerno.

París. Francia. La Association Chili, culture et solidarite realizó un evento para recordar los hechos acaecidos en Chile en 1973. Rindieron homenaje al presidente socialista y a las víctimas de la dictadura. Películas, lecturas de textos, poesía chilena y música.

El historiador y periodista español Mario Amorós presentó su último libro, *Allende. La biografía*. A lo largo de sus 688 páginas, analiza de manera minuciosa la trayectoria política y traza la personalidad humana del mandatario chileno.

Costa Rica. El taller latinoamericano Víctor Jara, el Centro de la Cultura Cartaginesa y la Juventud Progresista Cartago brindaron por el recuerdo de Salvador Allende, Víctor Jara, Pablo Neruda y los miles de encarcelados, torturados, asesinados, desaparecidos y exiliados por la dictadura militar chilena.

Colombia. El segundo jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Iván Márquez, en el entorno de las conversaciones de paz de La Habana que mantienen con el gobierno expresó unos poemas del uruguayo Mario Benedetti en homenaje al exmandatario socialista. «Un homenaje y recordación a Salvador Allende. Es también un mensaje que recuerda al pueblo chileno enfrentado a la feroz dictadura de Pinochet».

Roma, Italia. La compañía italiana Asamblea Teatro presentó El funeral de Neruda, con dramaturgia de Renzo Sicco y Luis Sepúlveda que se apoya en documentos y testimonios. Un montaje despojado y tremendo, estremecedor, cautivante.

Madrid, España. Chile Vive es una exposición que se realizó en el año 1987 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Se inauguró la reconstrucción denominada Chile Vive. Memoria Activada», con obras originales y digitalizaciones de archivo.

Saint-Gilles, Bélgica. 1973-2013: Por la ruta de Allende. Actividad organizada por Amicale belgo-chilienne en conjunto

con Presencia y Acción Cultural en la Maison du Peuple de Saint Gilles, en el ámbito mundial de recordación del golpe de Estado pinochetista.

Buenos Aires, Argentina. Estreno en Buenos Aires, Argentina, de la obra teatral Allende, la muerte de un presidente, de Rodolfo Quebleen. Intérprete: Jorge Booth.

Biarritz, Francia. El Festival de Cine América Latina de Biarritz (suroeste de Francia) rinde homenaje a Chile por los 40 años del golpe fascista. En la sección Foco Chile se exhibieron 10 filmes recientes con la mirada de cineastas chilenos sobre su país.

Luxemburgo, Bélgica. Centro cultural Opderschmelz (Dudelange), Musikandes presentó un concierto en honor a Salvador Allende titulado Der andere 11 september.

### ***América Latina recuerda al líder socialista chileno***

El 40 aniversario del golpe de Estado que derrocó al presidente Salvador Allende en Chile se conmemoró también fuera del país austral, con marchas y homenajes en Cuba, Venezuela, Argentina, Ecuador, El Salvador, Bolivia, y Brasil, entre otros países.

En Caracas varios centenares de personas participaron en una marcha con motivo del aniversario del golpe protagonizado por Augusto Pinochet, que acabó con un singular proyecto izquierdista en América Latina y dio pie a una larga y cruenta dictadura militar.

Los manifestantes, muchos de ellos portando carteles con el rostro de Allende y vestidos con el característico color rojo del chavismo, partieron de la Plaza Venezuela y terminaron su movilización en el palacio de Miraflores, donde fueron recibidos por el presidente Nicolás Maduro.

También en el estado de Carabobo, se realizó un acto que reunió a miles de ciudadanos, bajo el lema de Salvador Allende vive en el corazón de la Patria Grande.

En Cuba también hubo actos conmemorativos. El acto central se celebró en el hospital docente que lleva el nombre del

luchador chileno en La Habana, donde el ministro cubano de Salud Pública, Roberto Morales, resaltó que Allende resistió «a costa de su vida el golpe fascista» contra el Gobierno Socialista de la Unidad Popular.

«El imperialismo temía la viabilidad del modelo de lucha por vías pacíficas que encarnaba Allende», apuntó el ministro, quien recordó la amistad que unió al político chileno con Fidel Castro.

En Buenos Aires, la cámara de diputados de Argentina homenajeó al que fue el primer presidente izquierdista de Chile.

Parlamentarios de diferentes bloques usaron de la palabra para recordar al líder socialista.

El jefe del bloque de diputados del Partido Socialista, Juan Carlos Zabalza, destacó la figura de Allende por su «lucha por la justicia, la igualdad, la democracia, el pluralismo y la libertad».

El secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA), el chileno José Miguel Insulza, recordó la muerte heroica de Allende.

En Ecuador, la Asamblea Nacional y el municipio de Quito también le rindieron tributos de recordación.

Miles de víctimas durante el régimen militar del general Augusto Pinochet, quien derrocó a Allende, fueron objeto de detenciones arbitrarias, desapariciones, ejecuciones políticas, prisión política, tortura, tratos inhumanos y represión, indicó una resolución de la Asamblea.

El Salvador dio a los actos conmemorativos un toque académico.

La estatal universidad de El Salvador organizó junto con el partido gobernante, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, un foro de académicos, expertos y diputados de izquierda sobre el 40 aniversario del golpe de Estado contra Salvador Allende en Chile, en particular sobre el papel de las Fuerzas Armadas y la política económica del gobierno derrocado por Pinochet.

Nicaragua envió un saludo al pueblo chileno y la primera dama, Rosario Murillo, sostuvo que la reunión del presidente

Daniel Ortega con la juventud nicaragüense, será en honor de Allende.

En Uruguay fue colocada una placa en homenaje a Salvador Allende, graduado en Medicina, en los locales del Sindicato Médico del Uruguay.

Nayarit, México. Nombran a pueblo como Salvador Allende. Se trata de una localidad situada en el municipio de Tepic, capital del estado mexicano de Nayarit.

En un alto número de países, el nombre de Salvador Allende, identifica calles y avenidas. Ellos son: Alemania, Angola, Arabia Saudita, Argelia, Argentina, Australia, Austria, Bélgica, Bosnia-Herzegovina, Brasil, Bulgaria, Canadá, Chile, Colombia, Cuba, Dinamarca, Ecuador, Eslovaquia, España, Estados Unidos, Francia, Guinea-Bissáu, Holanda, Hungría, India, Irán, Israel, Italia, Luxemburgo, México, Mozambique, Nicaragua, Pakistán, Palestina, Paraguay, Perú, Portugal, Reino Unido, República Checa, República del Congo, República de Macedonia, República Dominicana, Rusia, Salvador, Serbia, Turquía, Uruguay, Venezuela.

Por el 40 aniversario, se inauguró otra vía Salvador Allende en la ciudad de Liège, comuna de Wandre; cabeza de distrito de la provincia del mismo nombre y capital económica de la Región Valona.

Berlín, Alemania. Honores al presidente socialista de Chile en la Puerta de Brandenburgo.

Madrid, España. Intervenciones de José Manuel Martín Medem, Carlos Paris, Eugenio Carcedo, Miguel Pastrana, representante de CCOO, representante de UGT, representante de IU, representante PSOE, Carolina Espinoza, Carlos Berzosa, Marcos Roitman, entre otros. Se leyó el último discurso del presidente Allende durante los diversos momentos del acto.

Lisboa, Portugal. Exposición fotográfica Memoria Rescatada, en Lisboa, Portugal, del fotógrafo portugués Armindo Cardoso. La muestra retrata el ambiente político y los personajes más importantes de sus tres años de gobierno. Las imágenes fueron rescatadas de los cerca de dos mil negativos de Cardoso que sobrevivieron al golpe militar del 11 de septiembre de

1973. Las imágenes fueron escondidas bajo tierra por el reportero gráfico en la embajada de Venezuela, donde se refugió tras el golpe.

Evere, Bélgica. Cuando Septiembre se llama Allende. Inauguración de la nueva plaza que lleva su nombre, en la ciudad de Evere, Bélgica.

Oslo, Noruega. Acto-homenaje que contempló música, cantos, poesía y testimonios. El evento se realizó en Sagene Samfunnshus. El homenaje fue organizado por la colectividad chilena, con la colaboración de Radio Latin-Amerika, Asociación Latinoamericana de la Universidad de Oslo (ALA) y Latin-Amerikagruppene i Norge (LAG).

Estocolmo, Suecia. Socialistas chilenos en Suecia invitaron a la conmemoración, junto a la izquierda y con organizaciones sociales de diversas naciones.



# ANEXOS

## Anexo 1

### Mi vida con Allende

Conocí a Salvador Allende la noche del 24 de enero de 1939.

Es una fecha que no podría olvidar jamás, por dos razones. Aquella fue una noche que convulsionó a Chile, devastó varias regiones y ciudades, como Chillán, Concepción y segó muchas vidas. Miles de chilenos murieron aquella noche.

Conocí —he aquí la segunda razón por la cual ese recuerdo no podía ser olvidado— a aquel que fue el compañero de mi vida.

Me encontraba en el cine Santa Lucía con un matrimonio amigo y Salvador estaba en un lugar cercano. Para ser exactos participaba en una reunión de la Masonería. El terremoto siempre fue una fuente de pánico en Chile y la gente sale a la calle para salvarse de los derrumbes.

También nosotros salimos a la calle.

Ahí me topé con el hombre, quien en ese momento era ministro de Salud del gobierno del Frente Popular del presidente Pedro Aguirre Cerda, uno de los mandatarios más queridos y amados del pueblo.

Como ministro de Salud, Salvador tuvo que viajar muchas veces a Chillán para llevar ayuda inmediata a la población.

Una de las cosas que me atrajeron de Salvador fue su manera de hablar, muy cálida, con mucho calor humano, en especial cuando describía la situación en que vivía la población azotada por el terremoto.

Cuando se refería, por ejemplo, a las gentes que habían perdido a sus hijos. Los hijos eran ya cadáveres y los padres los tenían en brazos como si estuvieran vivos. Y de aquellos que sepultaban a las esposas cerca de las casas para no tenerlos lejos.

## ***Carrera política***

Salvador no había llegado al puesto de ministro de Salud así, de golpe. Había hecho antes una carrera política bastante larga. Cuando era estudiante de Medicina formaba parte del grupo Avance. Les contaré un episodio al respecto que es poco conocido. El grupo Avance estaba más a la izquierda. De aquel grupo de personas hoy quedan solo dos personas, es decir, quedaban, Salvador ha muerto. El otro compañero era embajador de la Unidad Popular en un país latinoamericano. Ellos guardaron fidelidad a su línea. Los otros jóvenes, generosos entonces, se dispersaron.

En aquel tiempo, con su entusiasmo, esos muchachos auspiciaban soluciones que no estaban de acuerdo con la realidad chilena. Cuando el grupo Avance salió a la luz estábamos por el año 1928. No recuerdo bien, pero estábamos a finales de los 20 o a principios de los 30. Estos muchachos querían los Soviets de obreros y campesinos en Chile. Eran cosas irrealizables. Así, Salvador, con su sentido de la realidad, dijo que no aceptaba ese programa y fue expulsado del grupo Avances.

Salvador me contaba siempre de sus amigos, que vivían en condiciones muy modestas. Eran anarquistas, zapateros remendones, panaderos, todos de los cerros de Valparaíso. También Salvador, como Neruda y otros intelectuales y escritores habían recibido una formación anarquista al inicio de su actividad política. Estudió Medicina y se graduó, pero por causa de sus ideas de izquierda no conseguía trabajo. Finalmente le dieron un puesto de análogo-patólogo en Valparaíso.

Valparaíso fue la ciudad donde transcurrió su carrera política. Hacer este trabajo es una de las cosas más duras y difíciles. Hay que abrir los cadáveres y establecer cuáles son las causas de la muerte. Para él, a pesar de todo, fue una gran experiencia profesional.

Más tarde, aunque abandonó la carrera de médico para dedicarse a la política, siempre tuvo un óptimo ojo clínico. Diagnosticaba las enfermedades en la familia y a sus amigos y después el médico confirmaba que la diagnosis era exacta.

## **Juventud**

Después de haber sido médico, Salvador se dedicó por entero a la vida política. Llegó a ser diputado por Valparaíso. Ya era militante del Partido Socialista, colectividad a la cual dedicó el resto de su vida, sin vacilaciones y sin ser jamás expulsado de sus filas.

Cuando nos conocimos ejerció mucha influencia sobre mi formación. Yo también soy de Valparaíso. Mis estudios primarios y secundarios los hice en ese puesto. Para mis estudios superiores me fui con sus hermanos a Santiago. Yo soy la mayor de tres hijos.

Nuestros padres se quedaron en casa. Mi padre estaba en la Marina Mercante. En esos tiempos, en Santiago, en el pedagógico, donde entré para seguir Historia, se vivía un clima político particular. No había nadie, podría decirse, que no fuera de izquierda.

Sí, así era en aquellos tiempos. El Partido Demócrata-Cristiano no existía más que en su forma y denominación inicial: Falange.

Nos casamos cuando Salvador era aún ministro de Salud. Tuvimos tres hijas y muchos nietos, seis en total.

El último que nació hace poco es de mi hija Beatriz, quien se recibió de médico como su padre y tiene una gran capacidad política. Fue la secretaria de toda confianza del presidente de la República en La Moneda.

Pero para volver a los años lejanos, quisiera recordar aquí que la vida de Salvador como estudiante no fue buena para él.

Su padre era un abogado y notario de fama, amigo del presidente Arturo Alessandri Palma.

El abuelo era un médico muy conocido y así también algunos tíos. Sin embargo, Salvador encontró muchas dificultades. Su padre enfermó gravemente de diabetes y murió.

Entonces era dirigente estudiantil y debido a su actividad se encontraba en la cárcel. Chile vivía a fines de 1928 una dictadura militar, la de Carlos Ibáñez. Nosotros la llamábamos dictadura porque aún no conocíamos el fascismo. Ibáñez cayó debido a una huelga de estudiantes. Salvador pidió permiso para

ir a los funerales de su padre y lo dejaron. Junto a su tumba juró dedicar toda su vida al servicio del pueblo.

### ***Lealtad con trabajadores***

Si yo digo y repito e insisto más. Si Salvador mantuvo esa línea de lealtad hacia los trabajadores eso fue porque como médico y como hombre conocía muy de cerca las necesidades de nuestro pueblo.

Yo lo dije, no era un proletario, pertenecía a una familia de profesionales, de buenas condiciones.

Por convicción amaba más que nada al binomio madre y niño.

Todas las leyes que elaboró, que sostuvo, que hizo aprobar, tienen esta distinción: asistir a la infancia y, sobre todo, a la gente pobre. Siempre sostuvo como de primera importancia tener en cuenta la gran función social de la mujer.

Salvador llegó a ser senador por primera vez en 1945 y fue reelegido después. Fue también presidente y vicepresidente del Senado.

Recuerdo el empeño que puso por construir un edificio en el cual tuvieran sede los servicios para la asistencia pública. Fue un proyecto que presentó en 1941 y que se hizo realidad muchos años más tarde, en 1964.

En 1941, Salvador viajó a los Estados Unidos a un Congreso de Ministros de Salud y en esa ocasión prometió a un dirigente del servicio de asistencia pública construir un nuevo edificio. Después de mucho luchar contra la falta de interés de los parlamentarios y gobiernos burgueses, Salvador logró que la construcción del edificio se iniciara en 1964.

Recibió también una medalla de oro por haber fundado el Colegio Médico de Chile, y, además, tuvo muchas medallas más por servicios hechos al país y, en especial, al desarrollo de los servicios de salud y bienestar público. Todas sus medallas y recuerdos se perdieron durante el bombardeo, el saqueo de la casa presidencial de calle Tomás Moro. No tuve tiempo de traérmelos. Se trata de decidir rápidamente bajo aquel bombardeo infernal. Yo estaba sola, en compañía de una pequeña

escorta de personas y Salvador se encontraba en el palacio de La Moneda, donde había caído.

### ***En la intimidación***

Era un hombre dotado de un gran sentido del humor. Le gustaba bromear. Era muy amable con los amigos, hasta servicial. Era de una gran calidad humana. Tenía sin duda un gran carácter. La impresión que causó a todos aquí —también me incluyo— fue el haber robustecido y como engrandecido su propia figura después de haber sido elegido presidente.

Se mostró superior a esa imagen que hasta sus mismos seguidores se habían hecho de él.

Hay que ser honestos, muchos no creían que iba a ser tan firme.

Es un burgués, —decían y esperaban alguna debilidad—. Otros expresaban: Acabará como Gabriel González Videla, entregándolo todo a los consorcios capitalistas nacionales y extranjeros. Tuvo en su contra a la mayor parte de la prensa, de la magistratura y, en fin, de las Fuerzas Armadas, además de aquellos a quienes la política del Gobierno Popular afectaba sus intereses.

Así y todo, luchando contra la corriente, cumplió en tres años con algo más del 70 por ciento del Programa de Gobierno de la Unidad Popular. No lo hicieron cambiar de rumbo, ni siquiera con la muerte.

Declaraciones de Hortensia Bussi de Allende al periodista Augusto Levi para el rotativo italiano *Pesse Slave*.

Archivos Salvador Allende.

## **Anexo 2**

### **Gabriel García Márquez, Premio Nobel de Literatura, Colombia**

#### ***La verdadera muerte de un presidente***

El drama ocurrió en Chile, para mal de los chilenos, pero ha de pasar a la historia como algo que nos sucedió sin remedio a todos los hombres de este tiempo, que se quedó en nuestras vidas para siempre.

A la hora de la batalla final, con el país a merced de las fuerzas desencadenadas de la subversión, Salvador Allende continuó aferrado a la legalidad.

La contradicción más dramática de su vida fue ser al mismo tiempo, enemigo congénito de la violencia y revolucionario apasionado, y él creía haberla resuelto con la hipótesis de que las condiciones de Chile permitían una evolución pacífica hacia el socialismo dentro de la legalidad burguesa.

La experiencia le enseñó demasiado tarde que no se puede cambiar un sistema desde el gobierno, sino desde el poder.

Esa comprobación tardía debió ser la fuerza que lo impulsó a resistir hasta la muerte en los escombros en llamas de una casa que ni siquiera era la suya, una mansión sombría que un arquitecto italiano construyó para fábrica de dinero y terminó convertida en el refugio de un presidente sin poder.

Resistió durante seis horas con una metralleta que le había regalado Fidel Castro y que fue la primera arma de fuego que Salvador Allende disparó jamás.

El periodista Augusto Olivares que resistió a su lado hasta el final, fue herido varias veces y murió desangrándose en la asistencia pública.

Hacia las cuatro de la tarde el general de división Javier Palacios, logró llegar hasta el segundo piso, con su ayudante el capitán Gallardo y un grupo de oficiales. Allí entre las falsas poltronas Luis XV y los floreros de Dragones Chinos y los cuadros de Rugendas del salón rojo, Salvador Allende los estaba esperando. Llevaba en la cabeza un casco de minero y estaba

en mangas de camisa, sin corbata y con la ropa sucia de sangre. Tenía la metralleta en la mano.

Allende conocía al general Palacios. Pocos días antes le había dicho a Augusto Olivares que aquel era un hombre peli-groso, que mantenía contactos estrechos con la embajada de los EE. UU. Tan pronto como lo vio aparecer en la escalera, Allende le gritó: «¡Traidor y lo hirió en la mano!»

Allende murió en un intercambio de disparos con esa patrulla. Luego todos los oficiales en un rito de casta, dispararon sobre el cuerpo. Por último un oficial le destrozó la cara con la culata del fusil.

La foto existe: la hizo el fotógrafo Juan Enrique Lira, del pe-riódico *El Mercurio*, el único a quien se le permitió retratar el cadáver. Estaba tan desfigurado, que a la Sra. Hortensia Allende, su esposa, le mostraron el cuerpo en el ataúd, pero no permitieron que le descubriera la cara.

Había cumplido 64 años en el julio anterior y era un Leo perfecto: tenaz, decidido e imprevisible.

Lo que piensa Allende solo lo sabe Allende, me había dicho uno de sus ministros. Amaba la vida, amaba las flores y los perros, y era de una galantería un poco a la antigua, con esques-las perfumadas y encuentros furtivos.

Su virtud mayor fue la consecuencia, pero el destino le deparó la rara y trágica grandeza de morir defendiendo a bala el mamar-racho anacrónico del derecho burgués, defendiendo una Corte Suprema de Justicia que lo había repudiado y había de legitimar a sus asesinos, defendiendo un Congreso miserable que lo había declarado ilegítimo pero que había de sucumbir complacido ante la voluntad de los usurpadores, defendiendo la voluntad de los partidos de la oposición que habían vendido su alma al fascismo, defendiendo toda la parafernalia apolillada de un sistema de mierda que él se había propuesto aniquilar sin disparar un tiro. El drama ocurrió en Chile, para mal de los chilenos, pero ha de pasar a la historia como algo que nos sucedió sin remedio a todos los hombres de este tiempo, que se quedó en nuestras vidas para siempre.

Gabriel García Márquez: El golpe y los gringos - Taller UNED.

### Anexo 3

## Isabel Allende habla sobre su padre

### *Entrevista a Isabel Allende, en ocasión del 30 aniversario de la muerte de su padre*

«Creo que el Chicho estaría contento », Isabel Allende vive en la misma casa de calle Guardia Vieja donde creció, pero nunca se sienta en la cabecera de la mesa del comedor: es el lugar que tradicionalmente ocupaba su padre. Lo único que no le agrada de su cargo como presidenta de la Cámara de Diputados es que le falta el tiempo para ir al teatro o el cine, actividad que aprovecha de realizar cuando le toca salir de viaje, especialmente a España. Aunque reconoce que lo único que le cuesta digerir es la poesía, es fanática de la lectura y le hubiera encantado pasarse meses enferma en cama para leer lo que pasara por sus manos. Resignada a no tener nietos —sus hijos Gonzalo Meza (38) y Marcia Tambutti (31) no planean tener hijos— se conforma con Fernando, su sobrino nieto. Confiesa dos matrimonios y varios amores, sus ansias juveniles de estudiar teatro y el dolor insuperable de la muerte de su hermana Beatriz, en 1977, y de su padre el 11 de septiembre de 1973.

—¿Por qué los 30 años son tan potentes?

—Tengo la sensación de que 30 años es más redondo, más fuerte. Hay una cierta conmoción nacional e internacional.

—Para algunos Allende es el presidente mártir, el político[...] pero también hablamos de su padre[...]

—Imposible no mezclarlo. El papá pasó a ser líder, presidente, una figura universal, de los homenajes, controvertida para algunos por lo mismo, pero no lo puedes separar. Conmueve pensar que son 30 años y me produce la sensación de un círculo bien memorable porque justo me toca estar en la presidencia de la Cámara de Diputados. ¡Es muy fuerte! Y un día dije: «Sí, yo creo que el Chicho estaría contento». Es como un desafío, porque uno tiene que hacer acuerdos, velar porque las cosas funcionen. Esto de que mi primera gira oficial fuera por Gre-

cia, Hungría y Polonia fue espectacular. Es poco habitual que te reciba el presidente, el primer ministro; y en todos los países lo mismo, lo que no se hace jamás con un presidente de la Cámara de Diputados.

—¿Lo estaban recibiendo a él?

—A la hija, que cubría ese doble rol: símbolo del presidente Allende, pero al mismo tiempo la presidenta de la Cámara de Diputados. Es bonito y me gusta el desafío, están pasando cosas, es remecedor. Se decía que era posible la remoción de cuerpos pero otra cosa es tener conciencia de que efectivamente ocurrió. Ha sido muy fuerte. Creo que se había perdido bastante la capacidad de asombro[...] a mí me choqueaba que se hablara de «excesos» y no de violaciones a los derechos humanos. Hay que reconocer que el Informe Retting marcó un hito, pero solo después de la detención de Pinochet se puso de lleno en el tapete un tema que se soslayaba. Por suerte las cosas cambiaron drásticamente con la detención de Pinochet. Ahí se produce el quiebre. Y aunque todavía es difícil tener un balance final, uno se da cuenta de que algo está pasando.

Aunque hasta el momento haya 200 procesados, todavía falta.

—Volvamos hace 30 años, en lo personal[...]

—Era una funcionaria de la biblioteca del Congreso elegida presidenta de la asociación de empleados. A pesar de estar todo bastante polarizado, al interior habíamos logrado crear un clima de respeto. Tenía la percepción de que ese era un refugio para mi propio equilibrio, me parecía que con el Chicho, la Tencha y la Tati, todos volcados en el primer plano, era más que suficiente y mi actitud más bien era de cierto repliegue. Entré en 1962 a la universidad, a los 17 años, y a la Brigada Universitaria Socialista, pero nunca fui una superdirigenta. Obviamente participábamos desde chicas en las campañas y ese era mi ambiente natural. El parlamento estaba en Santiago y el Chicho venía todos los días a almorzar, por lo que en esta casa todos los días había alguien invitado y las conversaciones siempre eran muy entretenidas. Además circulaba mucha gente de teatro, amistades de mi madre.

Quando recién egresé estaba muy confundida, decidí que no iba a dar el bachillerato, quería estudiar teatro.

—¿En serio?

—Sí, y me encantaba. La Tencha con la Marta Rivas formaron parte del grupo experimental y se creó un ambiente bonito entre los compañeros. A mí me parecía sensacional y entonces decidí no dar el bachillerato. Pero mi padre me pescó de una oreja cuando se dio cuenta de que yo estaba feliz veraneando en Algarrobo y me mandó a Santiago, porque el bachillerato se rendía unos diez días después y yo estaba encantada de la vida haciéndome la lesa. Al final terminé dando un bachillerato en Biología, Física y Química, sin ninguna preparación. Me salvó solamente el haber tenido buena formación. Llegué a mi entrevista de teatro y cuando fui acercándome me bajó el pavor, no fui capaz, me di media vuelta y nunca más. Creo que esta es la primera vez que lo hablo, incluso. Ahí me di cuenta que no me atrevía, arrugué y entré a sociología.

—¿Hay otra cosa que le hubiera gustado hacer?

—Después me gustó la sociología. Cuando era adolescente y tenía 16 años me gustaba mucho leer, me encantaba la literatura clásica, la literatura rusa, Shakespeare. Mi madre en esa época estaba sufriendo un cuadro de tuberculosis y debió guardar reposo como ocho meses, y era divertidísimo porque yo empecé a hacer un cuadro febril y me dejaron en cama como quince días. Me hacían exámenes pero no había nada claro, yo estaba fascinada, el sueño de mi vida en ese momento era que alguien me hubiera dicho que también tenía un cuadro de tuberculosis y que tenía que hacer seis meses de reposo. Porque odiaba ese colegio, nunca me sentí bien ni me adapté.

—¿Por qué?

—Cuando chica estuve en La Maisonette y ahí me sentía estupenda porque era un colegio chiquito, nada de famoso, casi como un club de amigos. Y después, según yo, en el único acto no democrático que tuvo, mi padre nos cambió de colegio sin preguntarnos. Él encontraba que debíamos aprender inglés porque una de sus frustraciones era no dominar idiomas a pesar de su gran facilidad para la comunicación. En este nuevo

colegio no me sentía bien y tampoco aprendí mucho inglés, porque mi gesto de rebeldía fue no aprender.

Además, las que eran mis compañeras habían aprendido desde chicas en este colegio bilingüe, pero cuando yo entré, a los 12 o 13 años, se daba por hecho que uno sabía. Igual penetró bastante y me desenvuelvo bastante bien, salvo en la parte gramatical, porque nunca lo estudié. Lo que el Chicho deseaba hacer lo he podido hacer yo.

—¿La descubrieron con lo del cuadro febril?

—Llevaba como quince días en cama y cada mañana y tarde tenía fiebre. El vecino era el doctor Oscar Gazmuri, y un día, para mi desgracia, viene y dice «nos vamos a olvidar que existe el termómetro y esta niñita se levanta y se va al colegio». ¡Y hasta ahí llegó mi cuadro! La fiebre era real, pero decidieron que no importaba. Y se acabó[...] ¡lamenté tanto no haber tenido un cuadro de tuberculosis! Es cierto que a veces veía a Tencha sumida en las lágrimas cuando venía el médico y dictaminaba dos meses más de cama, pero para mí era fantástico, la casa llena de gente, pasaban a verla, conversaban[...]

—Volvamos al 73[...]

—Volví a vivir a esta casa el año 70, cuando Chicho es confirmado presidente y se va a Tomás Moro. Entonces me pide que me venga y vivo acá hasta el 73.

Me había casado por segunda vez, y estaba con mi marido, mi hijo mayor del primer matrimonio y había nacido Marcia, la menor. De aquí salí rumbo a La Moneda esa mañana y volvió a entrar el año 88...

—Cuando vuelve a Chile[...]

—Mi hijo Gonzalo me llamó un día y me dijo que habían hablado con algunos abogados y pensaban que por la cercanía del plebiscito era difícil que Pinochet se atreviera a hacer algo, y que me viniera de inmediato de Médico, callada, porque iban a presentar un recurso de amparo apenas llegara. Llegué primero a Argentina y nos pusimos de acuerdo en que lo haríamos con un diputado y un senador, uno justicialista y otro radical. Solo que el diputado se fue de lengua y, para mi sorpresa y de todos, el diputado dio una conferencia de prensa donde dijo

que acompañaría a la hija de Allende (risas). Fue horroroso, Roberto Garretón estaba furioso porque se había colado la noticia. Incluso no sabía si tenía algún sentido hacerlo porque ya se sabía por todos lados y corríamos el riesgo de que me deportaran.

Mientras, habían salido de Chile Jorge Schaulsohn, a quien yo no conocía, y Jorge Arrate para acompañarme en esta operación. Esa noche Schaulsohn nos invitó a uno de los mejores restaurantes del barrio Recoleta para decidir si valía la pena hacerlo. Y decidimos que sí. Al otro día me exigieron que me viniera sin maletas porque el viaje llegaba a Santiago y me mandaban de vuelta. Cuando llegamos al aeropuerto en Buenos Aires, estaban todos los medios porque había una nota del gobierno diciendo que Aerolíneas Argentinas sería multada e Isabel Allende deportada. Nos embarcamos con periodistas argentinos y mientras redactábamos la nota de lo que íbamos a declarar, me decían que estuviera tranquila, que iban a subir las fuerzas de seguridad pero que a mí no me iban a tocar, etcétera. Antes de llegar a Mendoza, el comandante de la aeronave se me acerca, me dice que tiene una noticia y me mostró unos papeles: Pinochet acababa de decretar el fin del exilio, incluida Hortensia Bussi, radicada en México [...] e Isabel Allende Bussi, «quien actualmente viaja en tal vuelo». Fue impactante. Me ofrecieron que fuera a la cabina a mirar la cordillera [...] Fue un golpe fuerte.

Era el 1.º de septiembre de 1988. Gonzalo me estaba esperando y le pidió a Sergio Bitar que me alojara, porque no tenía casa ni nada. Por si las moscas había echado un par de calzones en la cartera, pero nada más [...] ¡no tenía nada! Pero hubo mucha gente solidaria que se dedicó a vestirme.

—¿Y cuándo entró a esta casa?

—Al día siguiente fui al cementerio Santa Inés (se conmueve). Eso fue bien fuerte. Y a los 10 o 15 días pedí entrar a esta casa. Le avisé a la gente que la habitaba que me venía a vivir acá y que se tomaran su tiempo para desocuparla. Me vine del todo a fines del 89 y esta casa era un asco, un desastre, estuve casi seis meses en arreglos.

—¿Y sus cosas?

—Perdimos todo, y casi todo lo de Tomás Moro. Apenas ahora han ido apareciendo algunas cosas que estaban en el ministerio de Salud y otras pocas que devolvió el OS-7 de Carabineros. Ese día salimos de la casa con lo puesto. La Moy (de Tohá) y una amiga se metieron a esta casa y lograron hacer un bultito con algunas cosas de mis hijos, pero todo lo demás se perdió. Lo mismo Tencha, que también salió con lo puesto. Cuando llegamos a México fue muy impactante porque estaba esperándonos el presidente Echeverría en persona con todo su gabinete vestido del más riguroso luto, y se abre la puerta del avión y Tencha se baja con un traje color lúcumá. Una imagen que me quedó marcada: todos del más riguroso luto y Tencha de amarillo lúcumá, y yo con un suéter morado [...] (se queda en silencio).

—Significó armar nido en otro lado...

—El papá de mi hija Marcia tuvo que ponerse como proveedor porque Isabelita se dedicó a la solidaridad (sonríe). Era necesario el testimonio, conseguir trabajos, ayudar a sacar gente, hacer denuncias en Naciones Unidas, etcétera. Me pasé entre el 74 y el 80 sin parar, viaje tras viaje. Ahí uno crece de una sola vez porque tienes que entrevistarte con primeros ministros, jefes de Estado, pero también era muy gratificante ver el cariño, la solidaridad en la imagen de Salvador Allende, y creo que ahí percibí que tenía una trascendencia de la que no nos habíamos dado cuenta en Chile. En 1980 decidí parar y me volví estudiante. Hice una maestría en Flacso.

Fue una época muy privilegiada porque en México estaban viviendo como refugiados una serie de argentinos de primer nivel que fueron nuestros profesores.

—No pasó mucho tiempo y murió Beatriz, su hermana...

—Fue tremendo... creo que nunca se perdonó el haber salido de La Moneda. La Tati era súper apegada al Chicho y le fue muy difícil salir de La Moneda. Ella tenía una contradicción porque estaba embarazada y porque el mismo Chicho le dijo que tenía que salir. Y además pasó algo que por suerte a mí no me tocó vivir en México: ella en Cuba se convirtió en un

símbolo con dos piernas, no se puede vivir así, entonces fue atroz porque permanentemente había visitas que llegaban a Cuba y Fidel, por supuesto por cariño, decía que había que ir a buscar a Beatriz Allende, presentarla, invitarla a un gran acto de masas, etcétera. Después iban saliendo los presos políticos que pedían hablar con ella, desahogarse con ella, contarle todas sus torturas y se fue cargando, cargando y cargando. Creo que eso fue lo que la quebró. Yo no me he recuperado nunca de lo que le pasó, es un dolor que queda ahí. A mí no me gusta hablar de eso...

—Volvamos al 11...

—Después del tanquetazo acordamos con mi marido que si pasaba algo me iba a La Moneda. Así que ese día partí y Romilio se llevó a los niños a la casa de sus padres a La Cisterna. Salí en un Fiat 600 sin radio, sin saber lo que estaba pasando. Había cenado en Tomás Moro la noche anterior, había mucha tensión mientras se preparaba un referéndum. Cuando me fui me llamó la atención que mi padre pidiera que alguien me viniera a dejar, pero me vine en mi auto. Y en ese mismo auto partí a La Moneda.

Fue bastante difícil pasar por varios puntos, pero con una seguridad enorme yo bajaba el vidrio, decía que era la hija del presidente Allende y que iba a La Moneda. Parecían desconcertados, pero así fui avanzando hasta llegar a Valentín Letelier, donde dejé el auto. Tenía tan poco claro todo que eché un neceser pequeño con la muda indispensable, pensaba que íbamos a estar un par de días y que después todo se iba a solucionar. En esas condiciones llegué a La Moneda, con mucha dificultad en el acceso mismo. Creo que fui la última persona que entró cerca de las 9 de la mañana.

El Chicho le había dicho a mi madre «llama a las niñitas» porque siempre pensó que Tomás Moro iba a ser muy seguro. Uno de los dolores que debe haber tenido es que nunca se le ocurrió que Tomás Moro fuera bombardeado [...] Por suerte que Tencha no tuvo tiempo para llamarnos. La historia desde entonces es larga y lo que destacó es esa sensación de haber podido llegar, de haber compartido, haberse sentido parte de

lo mismo. Estábamos con el Chicho y queríamos estar ahí[...]

—¿Tuvo miedo?

—Era tal el deseo de llegar que no medí nada, realmente no sé lo que viví. Todo fue muy fuerte, tan brutal que no puedo decir si estaba aterrada. Cuando llegué a La Moneda nos pusieron en una pieza que estaba a bajo nivel, era la más segura porque ya había tanques. Entonces llegaba el ruido pero lejano. Y cuando finalmente el Chicho nos convence para que salgamos, el silencio era absoluto... Antes estaba todo esto del fuego, los tanques, y cuando salimos había un silencio impresionante. No lo olvidaré jamás. Era la desolación. Ya habían ordenado el bombardeo y el silencio lo podías cortar con cuchillo...

—¿Tenía la sensación de que se estaba despidiendo de su papá?

—No la quise tener o no pude. Él quería que todas las mujeres abandonáramos el lugar, ¡le costó mucho convencernos! Nos rogaba, nos pedía y como a la cuarta vez Tati fue la que dijo «ya basta». Se dio cuenta que lo estábamos angustiando y dijo que nos fuéramos. Él subió con nosotros, se aseguró de que llegáramos hasta Morandé 80 y ahí nos dio un abrazo. Nos dijo que había hablado con el general Baeza y que nos iban a tener un *jeep* para sacarnos de ahí y estaba seguro de que iba a cumplir. Y aun en esas circunstancias, él volvió a creer, porque pertenecía a una generación donde la palabra de honor se cumplía, valía. Pero cuando llegamos a la puerta no había *jeep* ni nada. Me acuerdo que la Tati le dijo: «¿y qué pasa si nos toman presas y nos utilizan como rehenes?», «bueno, el mundo sabrá esta traición», dijo él.

—¿Cuándo se encuentra con tu madre?

—El día 12 en la tarde, cuando a la casa donde estábamos va un *jeep* militar con salvoconducto para la Beatriz porque estaban expulsando a todo el personal de la embajada de Cuba. En ese momento la Tati nos dijo que nos fuéramos.

Llamé al embajador de México que se puso inmediatamente al teléfono y me avisó que partía a buscarme. Cuando llegó le dije que no estaba sola, que otras dos mujeres estaban conmigo, y nos metió a todas en su auto enorme y se sentó al lado del chofer. Nos pararon como diez veces y Gonzalo con gran seguridad

bajaba el vidrio y mostraba el salvoconducto que decía que estaba autorizado a retirar a Isabel Allende y a sus hijos menores, que en este caso eran estas señoras (risas). Ahí sentí un poco de miedo, nunca tuve temor por mí porque no era una gran dirigente, no estaba en la primera línea, pero otra cosa eran Nancy y Frida y ahí se me apretaba el estómago. Así llegamos hasta la embajada sanas y salvas. Después me fui a la casa de Felipe Herrera, donde estaba mi madre.

—¿Y sus hijos?

—Tenía claro que Romilio se iba a hacer cargo. Cuando restablecimos comunicación telefónica, supe que mis hijos estaban a salvo aunque no lo habían pasado muy bien. Y después nos juntamos todos en la embajada de México. Gonzalo tenía 8 años y quedó bastante marcado, estaba en La Cisterna, cerca de El Bosque, y sintió bastante ruido.

Esa es otra cosa que a uno le queda, el ruido de los helicópteros no me gusta. Estuvimos en la embajada de México hasta el día 15, cuando nos fuimos, pero esta quedaba bastante cerca de la Escuela Militar. El ruido permanente de los helicópteros es algo que no nos gusta para nada [...].

—El aniversario la encuentra como presidenta de la Cámara...

—Sí, como que se cierra un círculo. Lo dije cuando asumí en marzo, ojalá que ahora, después de 30 años, los chilenos nos reencontremos, pero este reencuentro tiene para mí un significado: la valoración ética de un «nunca más». Me alegro que algunos actores empiecen a señalarlo porque es el mayor compromiso frente a las generaciones que vienen. Nunca más, bajo ninguna circunstancia y pretexto, ni unos para incitar ni otros para sentirse convocados y por lo tanto actuar, porque nadie le dijo a las Fuerzas Armadas que tenían que romper el orden constitucional.

Como tampoco me parece bien que algunos civiles de la derecha hayan pasado bastante piolita, porque se señala con el dedo lo horroroso de cierta gente de las Fuerzas Armadas, pero la derecha está piolita. ¡No!, no me vengan con las excusas de que los políticos o los quiebres. Es muy sesgado decir que la izquierda tuvo la responsabilidad, es el colmo del cinismo. La violencia en este país se instaló en los años 60. La amistad cívica

ca, republicana, entre los políticos adversarios pero amigos se rompió entonces. Mi padre y su amistad con Frei —con quien se tomaba unos traguitos en Algarrobo o jugaban, se reunían, chacoteaban, hacían bromas y todo eso— se acabó con la campaña del 64, con el envenenamiento del ambiente. Cuando uno dice «nunca más», significa reencontrarnos pero sobre la base de una valoración común ética: nunca más, bajo ninguna circunstancia, puede romperse el orden democrático.

—¿Perdonó?

—Nunca he sentido que tengo que perdonar, nunca, y me carga cuando alguien trata de imponerlo. Odio no he tenido nunca. Rabia sí, de repente, respecto a cierto cinismo. Hablar de «excesos» realmente me resulta repulsivo, me duele, porque tengo amigos y familiares desaparecidos.

Y en la familia nunca tuvimos odio, por eso vivo tranquila. Lo que me importa es la injusticia, y por cierto la retribución pasa por ahí. La justicia es innegable, es un sagrado derecho de todo familiar. Y un país que se respete tiene que entregar justicia, punto. Lo otro es imposible. Yo veo a este país todavía dividido [...]. Se cumplirán 30 años y comienzan a aparecer cosas que nunca se habían visto, es fuerte y demuestra por qué era imposible acelerar nada. Porque cuando negaste por años, cuando no diste justicia, entonces 30 años parecen muchos, pero en virtud real de lo que ha pasado, no son muchos. Por eso tiene que tardarse lo que tiene que tardarse.

—¿Qué va a hacer el día 11?

—Quiero estar acá y el 5 y 6 de septiembre tenemos programado como Fundación hacer en el Estadio Nacional dos días de grandes conciertos y expresión popular. Esperamos a algunos artistas de Brasil, Argentina, etcétera. El día 11 hay que estar acá, justamente porque son 30 años. Es un día bien simbólico. Y ahí se remueve mucho. Habitualmente voy a La Moneda, aparentemente entro y salgo igual, pero cada vez siento algo.

En la época de Aylwin fui a una reunión en Cerro Castillo y no medí mi reacción. Cuando entré fue muy fuerte encontrarme con ese círculo de pasto, con la tortuga a la que a Gonzalo le gustaba subirse, el ajedrez con el que jugaba el Chicho [...].

## ***Último llamado***

—¿Por qué le decían Chicho a su padre?

—Siempre fue así, ni siquiera me acuerdo de dónde salió ese apodo. A veces le decíamos papá, pero fundamentalmente Chicho, y Tencha a mi mamá: y cuando se enojaban conmigo me decían Isabel.

—¿Y cómo ve a su mamá en estos días?

—Tiene 88 años y está fantástica, muy lúcida, con algunos achaques. Yo la gozo mucho porque es entretenida, asertiva. Habla conmigo por teléfono cuatro veces al día y cuando viajé —aunque le gusta que lo haga— me echa terriblemente de menos.

Me doy cuenta de que diez días se le hacen una eternidad. Vive sola en su departamento porque siempre ha sido muy independiente, tiene cero drama, no es autocompasiva, lo que es una virtud maravillosa. Sigue siendo muy lectora, jugamos scrabble y nos entretenemos mucho.

—¿Lamentó su padre no haber tenido un hijo hombre?

—Mis padres nunca tuvieron hijos varones, aunque estuvieron próximos a tenerlos y ese capítulo fue bastante triste. El año 53 mi madre tenía un embarazo casi de seis meses y perdió esta guagua (niño) que después se supo era hombre. Fue bien traumático. Después de eso hicieron un largo viaje por China, por Europa, que duró como cinco meses. Fue muy importante para ellos.

—¿Le gustaría ser abuela? Sí, pero mis muchachos no quieren tener hijos. Marcia es bióloga, está haciendo un magister en Londres por un año, le gusta mucho lo que hace, y siempre ha pensado que este mundo está muy poblado y que el día que quiera tener un hijo lo puede adoptar. Y este discurso lo tiene desde los 20 años, hoy tiene 31 y sigue con eso. ¡Y no hay manera que lo cambie!

Gonzalo siempre ha dicho que él será el mejor tío del mundo pero que no tiene por qué tener hijos. ¡No quieren! Es una generación que me asombra. Ya estoy resignada. Viven conmigo desde hace años la hija de Tati, Maya, con su pareja y Fernando, mi sobrino nieto.

## **Anexo 4**

### **Allende: un luchador por la libertad**

Tuve la oportunidad de conocer a Salvador Allende en el gimnasio del hotel Habana Libre, durante una visita que realizaba a Cuba en ocasión de conmemorarse el XIII Aniversario del 26 de que teníamos. Pienso que hasta un poco de competencia hubo entre ambos para ver quién soportaba más el para mí cotidiano entrenamiento en las pesas.

Pocos días después, a principios de agosto de ese año, juntos viajamos a México desde La Habana. Allende en ese momento se desempeñaba como presidente del Congreso de Chile y viajaba a México, cumplimentando una invitación de su homólogo mexicano, Manuel Moreno Sánchez.

El viaje resultó una verdadera odisea debido a que el avión, cuando ya sobrevolaba a la altura de la parte más occidental de la Isla por la provincia de Pinar del Río, sufrió una avería en uno de sus motores que en pleno vuelo comenzó a incendiarse y de repente sentimos que otro de los motores se había apagado. Era un Britannia de cuatro motores, de Cubana de Aviación.

La tensión entre los pasajeros aumentó cuando la nave tuvo que hacer un giro y realizar un aterrizaje forzoso en Pinar del Río. El piloto trató, infructuosamente, de levantar el vuelo en dos ocasiones hasta que se decidió suspender el viaje.

Entonces nos citaron para que estuviésemos en el aeropuerto internacional José Martí, al otro día, a las 05:00 hora local. Los únicos que nos presentamos fuimos Allende, un correo diplomático cubano, un diputado mexicano, un campesino que había participado en las actividades por el 26 de Julio y yo.

En el avión conversamos. Le prevengo a Allende que podía haber problemas en el aeropuerto de Ciudad de México. Me respondió que él era el presidente del Senado de Chile y no pensaba que tuviese ninguna dificultad cuando arribara a México.

No obstante, como conocedor del terreno, le manifesté que teníamos que fijar una estrategia antes de llegar para que no nos dolieran tanto los golpes.

Sorprendido por mis palabras, y totalmente incrédulo de lo que estaba escuchando, volvió a subrayar que era invitado de Manuel Moreno Sánchez y de Emilio Sánchez Piedra, presidente del Senado y de la Cámara de Diputados, respectivamente.

Sin embargo, y pese a que no estaba convencido de lo que le decía, me preguntó qué le sugería.

Le dije que debíamos bajar pegados el uno al otro sin confundirnos. Le agregué que en caso de presentarse una situación difícil teníamos que ponernos culo con culo para defendernos mutuamente. Si lo agredían a él yo respondería y si fuese a mí él tendría que ripostar. Él era un hombre fuerte.

Aterrizamos y ya en el aeropuerto observé un ambiente de tensión. Le digo Chicho, como le llamaba afectuosamente, aquí vamos a tener problemas. De repente se presentaron doce individuos, entre ellos un fotógrafo, quien de inmediato le estampó a Allende una cámara en su cara para tomarle una foto.

La reacción del chileno no se hizo esperar y le propinó un contundente puñetazo en el rostro al individuo, a quien se le cayó la cámara, la que Allende pisoteó hasta hacerla prácticamente añicos, replicándole al individuo que cómo se había atrevido meterse con el presidente del Senado de Chile. Les dimos palos a todos y disfruté ver a Allende pegando duro con golpes secos y efectivos, como si fuese un famoso del ring de boxeo.

Casi de inmediato irrumpió Miguel Nazar con sus huestes. Se forma una verdadera trifulca en la que nos dimos gusto Allende y yo en repartir golpes.

Nazar se destacó por su sanguinaria acción contra todos los elementos de la izquierda mexicana. Torturó y asesinó a cientos de jóvenes por su afiliación política. Fue un agente confeso de la Agencia Central de Inteligencia y se enorgullecía en pertenecer a ella. Por su actividad ilegal en el robo de autos en Estados Unidos, que después vendía en México, fue condenado a la cárcel.

En medio del fragor de la lucha se escucha un grito: ¡Détenanse, soy el presidente del Senado de Chile! La acción hizo

que los secuaces de Nazar tuviesen que detenerse en la agresión hacia nosotros.

Finalizada la riña, Allende me dice, en un gesto solidario que nunca olvidaré: ¡Vente conmigo y no te me despegues! Te voy a meter en el auto que me está «esperando».

Así lo hizo, y para sorpresa de sus anfitriones, me invitó a entrar a la parte trasera del auto, junto a él, obligando a ir sentado en la parte delantera a Moreno Sánchez, mientras que Emilio Sánchez tuvo que irse en otro vehículo.

Ya en el camino Allende me pregunta que hacia dónde voy y le digo que para Sucesos por la Avenida Revolución.

Aprovechó la ocasión para decirle a Moreno Sánchez que yo era un excelente compañero de lucha, en un gesto de apoyo hacia mi persona. Luego me dejó en «Sucesos» y añadió: «Vengo a recogerte a las dos de la tarde» (14:00 hora local) hecho que subrayaba más su intención de protegerme.

A las 2:30 (14:30 hora local) exactamente vino a buscarme y fuimos a un restaurante alemán. Me prometió que nos veríamos y no lo volví a ver más.

Allende regresó a México en noviembre de 1972, invitado por el presidente Luis Echeverría. Yo me encontraba en Cuba en ese momento.

En agradecimiento a Echeverría, pronunció un discurso desagradable para los que estábamos luchando, motivo por el cual escribí un editorial muy duro, criticándolo, y recordándole que ese individuo había matado a más de mil jóvenes en la Plaza de Tlaltelolco.

El editorial provocó que las agencias occidentales especularan sobre nuestras relaciones, pues conocían que estas eran amistosas.

Allende envió a Cuba a su amigo, el periodista Augusto Olivares, quien me fue a ver al hotel Habana Libre, donde estaba hospedado, y me dijo: «Mario ¿por qué escribiste esto?» Le respondí al «Perro» Olivares, como solíamos llamarlo, que si se habían olvidado de quién era Echeverría.

Le argumenté a Olivares preguntándole si a ellos les gustaría que se ensalzasen a militares que arremetieran contra el pueblo.

Entonces el colega Olivares me pidió disculpas, en nombre de Allende.

Fue en 1972 que volví a encontrarme con Allende, en un viaje oficial que hizo a Cuba, en su condición de dignatario. Me pidió disculpas por sus palabras de alabo a Echeverría y me dijo que en esa ocasión había perdido la brújula.

Comenzamos a hablar sobre la situación en Chile. Le pregunté por qué no le daba las armas al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), si ya se presumía la posibilidad de un golpe militar.

Allende respondió: «Mario, es que tú no tienes conocimiento de cómo es el chileno, que se mueve dentro de un sistema de democracia, con una cultura diferente a la del mexicano».

Por supuesto que en cuanto a ese planteamiento tuvimos puntos divergentes, pero sí le reiteré mi disposición de apoyarlo diciéndole que cuando sonara el clarín siempre me tendría a su lado.

Salvador me dio una visión diferente de lo que era la realidad chilena. Él la veía de una forma y yo de otra. Mis relaciones más próximas fueron con el MIR y con el Partido Socialista de Chile.

Respondí a Allende que no crecí en Chile, sino en México donde viví y he visto la violencia, la represión. Como cuando el sistema capitalista y sus gendarmes están acorralados acuden a las fuerzas armadas y que ese fenómeno podía producirse en Chile.

Luego se dio el golpe militar fascista. Nos preparamos un grupo para integrar la Brigada Internacionalista. El único que no era cubano era yo. Me despedí de Alicia en una carta que le escribí.

Nuestras intenciones de acudir a Chile fueron frenadas por una decisión de la alta dirección de la Revolución que no permitió la salida de nuestro contingente, luego de analizar los

factores que se estaban desencadenando en Chile. Medida que más tarde comprendimos.

A Salvador Allende hay que verlo como un luchador por la libertad. Pensar en el hombre que dio su vida, su pensamiento, que lo puso al servicio de su pueblo, su entrega total y absoluta a la causa del pueblo chileno, cayó como caen los hombres de verdad, los revolucionarios verdaderos.

Mario Menéndez, director de las publicaciones *Por esto*, México.

## **Anexo 5**

### **Pablo Neruda**

Mi pueblo ha sido el más traicionado de este tiempo. De los desiertos del salitre, de las minas submarinas del carbón, de las alturas terribles donde yace el cobre y lo extraen con trabajos inhumanos las manos de mi pueblo, surgió un movimiento liberador de magnitud grandiosa. Ese movimiento llevó a la presidencia de Chile a un hombre llamado Salvador Allende para que realizara reformas y medidas de justicia inaplazables, para que rescatara nuestras riquezas nacionales de las granjas extranjeras.

Donde estuvo, en los países más lejanos, los pueblos admiraron al presidente Allende y elogiaron el extraordinario pluralismo de nuestro gobierno. Jamás en la historia de la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, se escuchó una ovación como la que le brindaron al presidente de Chile los delegados de todo el mundo. Aquí, en Chile, se estaba construyendo, entre inmensas dificultades, una sociedad verdaderamente justa, elevada sobre la base de nuestra soberanía, de nuestro orgullo nacional, del heroísmo de los mejores habitantes de Chile.

De nuestro lado, del lado de la revolución chilena, estaban la constitución y la ley, la democracia y la esperanza.

Del otro lado no faltaba nada. Tenían arlequines y polichinelas, payasos a granel, terroristas de pistola y cadena, monjes falsos y militares degradados. Unos y otros daban vueltas en el carrusel del despacho. Iban tomados de la mano el fascista Jarpa con sus sobrinos «Patria y Libertad», dispuestos a romperle la cabeza y el alma a cuanto existe, con tal de recuperar la gran hacienda que ellos llamaban Chile. Junto con ellos, para amenizar la farándula, danzaba un gran banquero y bailarín, algo manchado de sangre; era campeón de rumba González Videla, que rumbeando entregó hace tiempo su partido a los enemigos del pueblo. Ahora era Frei quien ofrecía su Partido Demócrata-Cristiano a los mismos enemigos del pueblo, y bailaba al son que estos le tocaran, y bailaba además con el exconronel Viaux, de cuya fechoría fue cómplice. Estos eran los prin-

cipales artistas de la comedia. Tenían preparados los víveres del acaparamiento, los «miguelitos», los garrotes y las mismas balas que ayer hirieron de muerte a nuestro pueblo en Iquique, en Ranquin, en Salvador, en Puerto Montt, en la José María Caro, en Frutillar, en Puente Alto y en tantos otros lugares.

Los asesinos de Hernán Mery bailaban con los que deberían defender su memoria. Bailaban con naturalidad, santurrónamente. Se sentían ofendidos de que les reprocharan esos «pequeños detalles».

Chile tiene una larga historia civil con pocas revoluciones y muchos gobiernos estables, conservadores y mediocres. Muchos presidentes chinos y solo dos presidentes grandes: Balmaceda y Allende. Es curioso que los dos provinieran del mismo medio, de la burguesía adinerada, que aquí se hace llamar aristocracia. Como hombres de principios, empeñados en engrandecer un país empequeñecido por la mediocre oligarquía, los dos fueron conducidos a la muerte de la misma manera. Balmaceda fue llevado al suicidio por resistirse a entregar la riqueza salitrera a las compañías extranjeras.

Allende fue asesinado por haber nacionalizado la otra riqueza del subsuelo chileno, el cobre. En ambos casos la oligarquía chilena organizó revoluciones sangrientas. En ambos casos los militares hicieron de jauría. Las compañías inglesas en la ocasión de Balmaceda, las norteamericanas en la ocasión de Allende, fomentaron y sufragaron estos movimientos militares.

En ambos casos las casas de los presidentes fueron desvalijadas por órdenes de nuestros distinguidos «aristócratas». Los salones de Balmaceda fueron destruidos a hachazos. La casa de Allende, gracias al progreso del mundo, fue bombardeada desde el aire por nuestros heroicos aviadores.

Sin embargo, estos dos hombres fueron muy diferentes. Balmaceda fue un orador cautivante. Tenía una complexión imperiosa que lo acercaba más y más al mando unipersonal. Estaba seguro de la elevación de sus propósitos. En todo instante se vio rodeado de enemigos. Su superioridad sobre el medio en que vivía era tan grande, y tan grande su soledad, que

concluyó por reconcentrarse en sí mismo. El pueblo que debía ayudarlo no existía como fuerza, es decir, no estaba organizado. Aquel presidente estaba condenado a conducirse como un iluminado, como un soñador: su sueño de grandeza se quedó en sueño. Después de su asesinato, los rapaces mercaderes extranjeros y los parlamentarios criollos entraron en posesión del salitre: para los extranjeros, la propiedad y las concesiones; para los criollos, las coimas. Recibidos los treinta dineros, todo volvió a su normalidad. La sangre de unos cuantos miles de hombres del pueblo se secó pronto en los campos de batalla.

Los obreros más explotados del mundo, los de las regiones del norte de Chile, no cesaron de producir inmensas cantidades de libras esterlinas para la city de Londres.

Allende nunca fue un gran orador. Y como estadista era un gobernante que consultaba todas sus medidas. Fue el antidictador, el demócrata principista hasta en los menores detalles. Le tocó un país que ya no era el pueblo bisoño de Balmaceda; encontró una clase obrera poderosa que sabía de qué se trataba. Allende era un dirigente colectivo; un hombre que, sin salir de las clases populares, era un producto de la lucha de esas clases contra el estancamiento y la corrupción de sus explotadores. Por tales causas y razones, la obra que realizó Allende en tan corto tiempo es superior a la de Balmaceda; más aún, es la más importante de la historia de Chile. Solo la nacionalización del cobre fue una empresa titánica, y muchos objetivos más que se cumplieron bajo su gobierno de esencia colectiva. Las obras y los hechos de Allende, de imborrable valor nacional, enfurecieron a los enemigos de nuestra liberación.

El simbolismo trágico de esta crisis se revela en el bombardeo del palacio de gobierno; uno evoca la Blitz Krieg de la aviación nazi contra indefensas ciudades extranjeras: españolas, inglesas, rusas; ahora sucedía el mismo crimen en Chile; pilotos chilenos atacaban en picada el palacio que durante dos siglos fue el centro de la vida civil del país.

Escribo estas rápidas líneas para mis memorias a solo tres días de los hechos incalificables que llevaron a la muerte a mi compañero el presidente Allende. Su asesinato se mantu-

vo en silencio; fue enterrado secretamente; solo a su viuda le fue permitido acompañar aquel inmortal cadáver. La versión de los agresores es que hallaron su cuerpo inerte, con muestras visibles de suicidio. La versión que ha sido publicada en el extranjero es diferente. A renglón seguido del bombardeo aéreo entraron en acción los tanques, muchos tanques, a luchar intrépidamente contra un solo hombre: el presidente de la república de Chile, Salvador Allende, que los esperaba en su gabinete sin más compañía que su gran corazón, envuelto en humo y llamas.

Tenían que aprovechar una ocasión tan bella. Había que ametrallarlo porque jamás renunciaría a su cargo. Aquel cuerpo fue enterrado secretamente en un sitio cualquiera. Aquel cadáver que marchó a la sepultura acompañado por una sola mujer que llevaba en sí misma todo el dolor del mundo, aquella gloriosa figura muerta iba acribillada y despedazada por las balas de las ametralladoras de los soldados de Chile, que otra vez habían traicionado a Chile.

Pablo Neruda

Premio Nobel de Literatura, Chile.

Tomado de *Confieso que he vivido*, pág. 451-455.

## **Anexo 6**

### **Emir Sader Salvador Allende, el Chicho**

Como yo vivía a solo dos cuadras del palacio de La Moneda, pude verlo muchas veces cuando salía para caminar por la ciudad o dirigirse a alguna reunión, siempre de maneras sencillas y en contacto directo con el pueblo. Su frase preferida pertenecía a un poema de Antonio Machado: «Caminante, no hay camino, se hace camino al andar», consciente de que intentaba trazar caminos históricos, en la construcción del socialismo, que no figuraban en los manuales.

En la última imagen que tengo de él, estaba encuadrado por la misma ventana del palacio de La Moneda desde donde acostumbraba a dirigirse al pueblo chileno. Solo que esa vez el escenario era muy diferente. El palacio estaba cercado por las fuerzas golpistas que le habían dado un ultimátum: abandonar la casa de gobierno y rendirse, o ser bombardeado.

Allende portaba un casco que los trabajadores de las minas le habían regalado y empuñaba un fusil soviético AK que había recibido de Fidel Castro, algo inusual para su temperamento pacífico.

Con las armas en la mano y con la vida defendía la democracia que lo había elegido presidente de todos los chilenos. Prefirió inmolarse en medio del bombardeado Palacio Presidencial, para cumplir su palabra de que solo saldría de allí al final del mandato que el pueblo le había confiado, o muerto, en lugar de terminar sus días melancólicamente exiliado.

Cuando las fuerzas de la resistencia chilena le propusieron rescatarlo del palacio de La Moneda, dijo que su puesto era ese, que serían otras generaciones las que reabrirían «las grandes alamedas de la democracia en Chile». Concluía así la limpia trayectoria de un militante socialista que había comenzado su vida política como ministro de Salud del gobierno del Frente Popular en 1938, de forma coherente con su profesión de médico y su dedicación a los temas de salud pública. Tres veces candidato a la presidencia de Chile, apoyado por la coalición socialista-comunista, terminó triunfando en 1970 cuando las

otras opciones —la derecha tradicional y el centrismo demócrata-cristiano— fracasaron. Fue elegido para llevar a la práctica, por primera vez en el mundo, un programa de transformaciones del capitalismo al socialismo por la vía institucional de las elecciones.

Asumió el proyecto, consciente de los riesgos y del potencial que representaba. Era un socialista convencido de la superioridad de las soluciones que el socialismo planteaba a la humanidad, y era respetado como tal. El Che, de paso en una ocasión por Chile, regaló a Allende un libro suyo con la siguiente dedicatoria: «A Salvador Allende, que lucha por otros medios, por el mismo fin, el socialismo». Posteriormente Allende fue a rescatar, en la frontera con Bolivia, a los sobrevivientes de la guerrilla del Che. Era un dirigente de integridad incuestionable, que mereció el respeto de quienes en la izquierda discrepaban con él, e incluso de sus adversarios.

Cercado por la «justicia» del aparato del Estado, el Parlamento, las Fuerzas Armadas con un plan golpista articulado por el gobierno de Nixon y su secretario de Estado, Kissinger, el gran empresariado y la mayor parte de los medios de comunicación, Allende lanzó su última carta. El apoyo electoral de la izquierda, a pesar de la crisis por el desabasto impulsado por los grandes empresarios y por el plan de desestabilización interno articulado por el gobierno de Estados Unidos, había crecido de 36 por ciento en 1970 a 43 por ciento en 1973. Pero aún no contaba con la mayoría de los chilenos, ya que la centrista Democracia Cristiana se había inclinado hacia la derecha, formando un bloque golpista opositor. Allende decidió entonces convocar un plebiscito que dividiría a la oposición. Esta, sin mayoría para un golpe parlamentario, se había decidido por el golpe militar.

Allende se comprometía a abandonar el gobierno si era derrotado en el plebiscito, y consideraba que así podría mantener la institucionalidad democrática, al entregar el gobierno al presidente del Senado, el demócrata-cristiano Eduardo Frei.

Entonces, en la mañana del martes 11 de septiembre, día en el cual Allende había convocado a una cadena de radio

y televisión para anunciar el plebiscito, se ejecuta el golpe de Estado, anticipadamente, para evitar esa última maniobra de Allende.

Aquel día me desperté con los mismos ruidos de aviones sobrevolando el Palacio Presidencial, como lo había hecho dos meses antes, a finales de junio, en una primera tentativa de golpe, entonces frustrada. Salí y pude ver esa última imagen de Allende, conocido como Chicho, diminutivo de Salvador en Chile. Ya se había dirigido por última vez al pueblo chileno, por la única radio a la que logró tener acceso, una estación de la central sindical chilena. Luego, desde la Universidad de Chile, a pocas cuadras de allí, pudimos ver el bombardeo al Palacio Presidencial, después que Allende respondió con sonoras palabrotas la propuesta de los golpistas para que abandonase la sede del gobierno. Caía la democracia de más larga tradición en América Latina y con ella la posibilidad de que un pueblo optara, por la vía institucional, por una alternativa socialista.

Queda el ejemplo de Allende que engrandece a la izquierda, mientras que para la derecha sobra el fantasma de Pinochet y su devastadora obra de liquidación de la democracia en el país del continente donde había echado sus más profundas raíces.

Tomado de *La Jornada*.

## **Anexo 7**

### **Mario Benedetti: Versos para el hombre de la paz**

Para matar al hombre de la paz  
Para matar al hombre de la paz  
para golpear su frente impia de pesadillas  
tuvieron que convertirse en pesadilla,  
para vencer al hombre de la paz  
tuvieron que congregar todos los odios  
y además los aviones y los tanques  
para batir al hombre de la paz  
tuvieron que bombardearlo hacerlo llama,  
porque el hombre de la paz era una fortaleza.

Para matar al hombre de la paz  
tuvieron que desatar la guerra turbia,  
para vencer al hombre de la paz  
y acallar su voz modesta y taladrante  
tuvieron que empujar el terror hasta el abismo  
y matar más para seguir matando  
para batir al hombre de la paz  
tuvieron que asesinarlo muchas veces  
porque el hombre de la paz era una fortaleza.

Para matar al hombre de la paz  
tuvieron que imaginar que era una tropa,  
una armada, una hueste, una brigada,  
tuvieron que creer que era otro ejército,  
pero el hombre de la paz era tan solo un pueblo  
y tenía en sus manos un fusil y un mandato  
y eran necesarios más tanques que rencores  
más bombas más aviones más oprobios  
porque el hombre de la paz era una fortaleza.

Para matar al hombre de la paz  
para golpear su frente limpia de pesadillas  
tuvieron que convertirse en pesadilla,  
para vencer al hombre de la paz  
tuvieron que afiliarse siempre a la muerte

matar y matar más para seguir matando  
y condenarse a la blindada soledad,  
para matar al hombre que era un pueblo  
tuvieron que quedarse sin el pueblo.

Mario Benedetti, poeta uruguayo.  
Punto Final. Chile 1983.

## **Anexo 8**

### **El último día de Salvador Allende**

12 de septiembre de 2012

Por Fidel Castro Ruz

Nosotros nos vamos a referir esencialmente al carácter de combatiente y de soldado de la revolución del presidente Allende el 11 de septiembre.

A las 6 y 20 de la mañana de ese día, el presidente recibió una llamada telefónica en su residencia de Tomás Moro informándole del golpe militar en desarrollo. De inmediato pone en estado de alerta a los hombres de su guardia personal y toma la firme decisión de trasladarse al palacio de La Moneda para defender, desde su puesto de presidente de la república, al gobierno de la Unidad Popular. Lo acompaña una escolta de 23 hombres, armados con 23 fusiles automáticos, dos ametralladoras calibre 30 y 3 bazucas, que se traslada con el presidente en cuatro automóviles y una camioneta al Palacio Presidencial, donde llegan a las 7 y 30 de la mañana.

Portando su fusil automático, el presidente, acompañado por la escolta, penetró por la puerta principal de La Moneda. A esa hora la protección habitual de carabineros se mantenía normal en el palacio.

Ya en el interior se reunió con los hombres que lo acompañaban, les informó de la gravedad de la situación y su decisión de combatir hasta la muerte defendiendo al gobierno constitucional, legítimo y popular de Chile frente al golpe fascista, analizó los efectivos disponibles y dictó las primeras instrucciones para la defensa del palacio.

Siete miembros del Cuerpo de Investigaciones arribaron para sumarse a los defensores. Las postas de carabineros, mientras tanto, se mantenían en sus puestos y algunos adoptaban medidas para la defensa del edificio. Un pequeño grupo de la escolta personal custodia la entrada del despacho presidencial con instrucciones de no dejar pasar ningún militar armado, para evitar una traición.

En el espacio de una hora se dirige tres veces por radio al pueblo expresando su voluntad de resistir.

Pasadas las 8 y 15, por los citófonos de palacio la junta fascista conmina al presidente a la rendición y la renuncia de su cargo, ofreciéndole un transporte aéreo para abandonar el país en compañía de sus familiares y colaboradores. El presidente les responde que «como generales traidores que son no conocen a los hombres de honor» y rechaza indignado el ultimátum.

El presidente sostiene en su despacho una breve reunión con varios altos oficiales del Cuerpo de Carabineros que habían acudido a palacio, los cuales rehúsan cobardemente en aquel instante defender al gobierno. El presidente los reprocha duramente y los despide con desprecio, conminándolos a que abandonen de inmediato el lugar. Mientras se efectuaba esta reunión con los jefes de Carabineros llegaron los tres edecanes militares; el presidente les expresa que no era momento para confiar en los uniformados y les pide que se retiren de La Moneda. No obstante, el presidente se despide con afecto del comandante Sánchez, que había sido su eficiente edecán por la Fuerza Aérea durante varios años.

Minutos después de retirarse los edecanes y los altos oficiales de los Carabineros, el teniente jefe a cargo de la Guarnición de Carabineros del Palacio Presidencial, obedeciendo órdenes de su jefatura, instruye a un carabinero que recorra el edificio impartiendo la orden de retirarse a los miembros de la guarnición, los cuales comienzan de inmediato a abandonar La Moneda, llevándose parte de su armamento. Lo mismo hacen los carros blindados de Carabineros, que hasta ese instante estaban en posiciones de defensa del palacio.

Un grupo de diez carabineros, acompañados del portador de la orden de retirada y cumpliendo, sin duda, instrucciones, cuando se retiraban por la escalera principal y ya próximos a la salida, vuelven sus fusiles intentando disparar contra el presidente, siendo enérgicamente ripostados por el personal de la escolta. Son estos los primeros disparos que se cruzan con los golpistas.

Mientras estos hechos ocurrían, numerosos ministros, subsecretarios, asesores, las hijas del presidente, Beatriz e Isabel, y otros militantes de la Unidad Popular, van arribando al palacio para estar junto al presidente en esas horas críticas.

A las 9 y 15 de la mañana aproximadamente, se realizan las primeras descargas desde el exterior contra palacio. Tropas fascistas de infantería, en número superior a doscientos hombres, avanzaban por las calles de Teatinos y Morandé, a ambos lados de la Plaza de la Constitución, hacia el Palacio Presidencial, disparando contra el despacho del presidente. Las fuerzas que defendían el palacio no pasaban de cuarenta hombres. El presidente ordena abrir fuego contra los atacantes y dispara él personalmente contra los fascistas, que retroceden desordenadamente con numerosas bajas.

Los fascistas introducen entonces los tanques en el combate apoyados por infantería. Un tanque avanza por la calle Moneda, otro por Teatinos, otro por Alameda con Morandé y otro en dirección de la puerta principal por la Plaza Constitución. En ese instante, desde el propio despacho del presidente se abrió fuego de bazuca contra el tanque que estaba junto a la puerta principal, que fue totalmente destruido. Otros dos tanques concentran su fuego sobre el gabinete del presidente y un carro blindado dispara sus ametralladoras hasta la secretaría privada y la oficina de escoltas. Varias piezas de artillería, situadas por el lado de la Plaza Constitución, disparan también contra palacio.

El presidente recorre las distintas posiciones de combate alentando y dirigiendo a los defensores. La lucha violenta se prolonga más de una hora, sin que los fascistas logren avanzar una pulgada.

A las 10 y 45 el presidente reúne en el Salón Toesca a los ministros, subsecretarios y asesores que habían acudido a palacio para estar junto a él, y les expresa que la lucha en el futuro necesitaría de conductores y cuadros, que todos los que estaban desarmados debían abandonar La Moneda en la primera ocasión posible y todos los que tenían armas debían continuar en sus puestos de combate. Naturalmente que ninguno de los

colaboradores que carecían de armas estuvo de acuerdo con esta tesis del presidente; tampoco las hijas del presidente y demás mujeres que se encontraban en La Moneda, se resignaban a abandonar el palacio.

El combate prosiguió violento. Por los citófonos de palacio los fascistas lanzan rabiosamente nuevos ultimátums, anunciando que si los defensores no se rinden emplearían de inmediato la Fuerza Aérea.

A las 11 y 45 el presidente se reúne con las hijas y restantes mujeres que en número de nueve se encontraban en el palacio, ordenándoles con toda firmeza que debían abandonar La Moneda, pues consideraba que no tenía sentido que murieran allí indefensas. Y de inmediato solicitó de los sitiadores una tregua de tres minutos para evacuar el personal femenino. Los fascistas no conceden la tregua, pero sus tropas comenzaban en esos instantes a retirarse de los alrededores de palacio, para llevar a cabo el ataque aéreo, lo que produjo un *impasse* en el combate que permitió la salida de las mujeres.

A las 12 aproximadamente comienza el ataque de la aviación. Los primeros *rockets* cayeron en el Patio de Invierno que está en el centro de La Moneda, perforando los techos y estallando en el interior de las edificaciones. Nuevas oleadas de aviones y nuevos impactos se suceden unos tras otros, inundando de humo y de aire tóxico todo el edificio. El presidente da órdenes de recolectar todas las máscaras antigases, se interesa por la situación del parque y exhorta a los combatientes a resistir firmemente el bombardeo.

El parque de los fusiles automáticos de la guardia personal del presidente se estaba agotando después de casi tres horas de combate, por lo que el presidente ordenó derribar de inmediato la puerta de la armería de la guarnición de carabineros del palacio, donde podía encontrarse parte del armamento de aquella. Al impacientarse por la tardanza de la información sobre dichas armas, él mismo, cruzando el Patio de Invierno se dirigió a la armería y observando que se demoraban en derribar la puerta ordenó que se emplearan granadas de mano en la operación, lográndose abrir un boquete en el cuarto de armas,

de donde extrajeron cuatro ametralladoras calibre 30 y numerosos fusiles Sik, gran cantidad de parque, máscaras antigases y cascos.

El presidente ordena que todo se lleve de inmediato a los puestos de combate y personalmente recorre los dormitorios de los carabineros, recogiendo fusiles Sik y otros armamentos que allí quedaban. El propio presidente cargó sobre sus hombros numerosas armas para reforzar los puestos de combate, exclamando: «Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto», lo que produjo profunda emoción en todos los que lo acompañaban.

Mientras el presidente transportaba pertrechos desde la armería, de nuevo se reanuda el ataque aéreo con violencia. Una explosión quebró cristales próximos al sitio donde se encontraba el presidente, lanzando fragmentos de vidrio que lo hieren por la espalda. Fue esta la primera herida que sufrió. Mientras recibía atención médica ordenó que continuara el traslado de las armas, y no cesaba de preocuparse por la suerte de cada uno de los compañeros.

Minutos después los fascistas reanudan violentamente el ataque, combinando la acción de la Fuerza Aérea con la artillería, los tanques y la infantería. Según los testigos presentes, el ruido, la metralla, las explosiones, el humo y el aire tóxico convirtieron al palacio en un infierno. No obstante la instrucción dada por el presidente de que se abrieran todos los grifos y llaves de agua para evitar el incendio de la planta baja, el palacio comienza a arder por el ala izquierda y las llamas se propagan hacia la sala de los edecanes y el Salón Rojo. Pero el presidente, que no se desalentó un solo instante, ni en los momentos más críticos, ordena hacer frente al ataque masivo con todos los medios disponibles.

Tuvo lugar entonces una de las mayores proezas del presidente. Mientras el palacio estaba envuelto en llamas se arrastró bajo la metralla hasta su gabinete, frente a la Plaza Constitución, tomó personalmente una bazuca, la dirigió contra un tanque situado en la calle Morandé —que disparaba furiosamente contra palacio— y lo puso fuera de combate con un impacto

directo. Instantes después otro combatiente pone fuera de acción un tercer tanque.

Los fascistas introducen nuevos carros blindados, tropas y tanques por la calle Morandé 80, intensificando el fuego por la puerta de acceso a La Moneda, mientras el palacio continuaba ardiendo. El presidente desciende a la planta baja con varios combatientes para repeler el intento de los fascistas de penetrar al interior del palacio desde la calle Morandé, rechazándolo.

Los fascistas suspenden entonces el fuego en ese sector y piden a gritos dos representantes del gobierno con carácter de parlamento. El presidente envía a Flores, secretario general de Gobierno y a Daniel Vergara, subsecretario del Interior, quienes salen por la puerta de la calle Morandé y se dirigen a un *jeep* militar que se encontraba enfrente. Esto tenía lugar aproximadamente a la una de la tarde. Flores y Vergara conversan con un alto oficial que se encontraba en dicho *jeep*. Al regresar a palacio y ya próximo a la entrada, desde el mismo *jeep* les disparan a traición, recibiendo Flores un impacto en la pierna derecha y Daniel Vergara varios disparos por la espalda, que lo abatieron, siendo recogido por sus compañeros bajo el fuego protector de otros defensores.

Los fascistas habían pedido el parlamento para exigir de nuevo la rendición, ofreciendo facilidades al presidente y los defensores para abandonar palacio y dirigirse al destino que escogieran. El presidente reiteró de inmediato su decisión de combatir hasta la última gota de sangre, interpretando no solo su deseo, sino el de todos los heroicos defensores de palacio. Desde la planta baja resistieron las embestidas procedentes de Morandé, mientras la entrada principal de palacio estaba ya prácticamente destruida.

Próximo a la 1 y 30, el presidente sube a inspeccionar las posiciones de la planta superior. A estas alturas numerosos defensores habían perecido por la metralla, las explosiones o calcinados por las llamas. El periodista Augusto Olivares asombró a todos por su comportamiento extraordinariamente heroico. Habiendo sido herido grave, fue atendido y operado en la sala médica de palacio, y cuando todos lo suponían yaciendo en

una cama, con el arma en la mano ocupó de nuevo su puesto de combate en el segundo piso junto al presidente. Sería prolijo enumerar aquí los nombres y los actos de heroísmo de los combatientes que allí se destacaron.

Pasada la 1 y 30 los fascistas se apoderaron de la planta baja de palacio, la defensa se organiza en la planta alta y prosigue el combate. Los fascistas tratan de irrumpir por la escalera principal. A las 2 aproximadamente logran ocupar un ángulo de la planta alta. El presidente estaba parapetado, junto a varios de sus compañeros, en una esquina del Salón Rojo. Avanzando hacia el punto de irrupción de los fascistas recibe un balazo en el estómago que lo hace inclinarse de dolor, pero no cesa de luchar; apoyándose en un sillón continúa disparando contra los fascistas a pocos metros de distancia, hasta que un segundo impacto en el pecho lo derriba y ya moribundo es acribillado a balazos.

Al ver caer al presidente, miembros de su guardia personal contraatacan enérgicamente y rechazan de nuevo a los fascistas hasta la escalera principal. Se produce entonces, en medio del combate, un gesto de insólita dignidad: tomando el cuerpo inerte del presidente lo conducen hasta su gabinete, lo sientan en la silla presidencial, le colocan su banda de presidente y lo envuelven en una bandera chilena.

Aun después de muerto su heroico presidente, los inmortales defensores del palacio resistieron durante dos horas más las salvajes acometidas fascistas. Solo a las cuatro de la tarde, ardiendo ya durante varias horas el Palacio Presidencial, se apagó la última resistencia.

Muchos se asombrarán de lo que aquí se acaba de narrar. Y así es, sencillamente asombroso. La alta oficialidad fascista de los cuatro cuerpos armados se había levantado contra el gobierno de la Unidad Popular y solo cuarenta hombres resistieron durante siete horas el grueso de la artillería, los tanques, la aviación y la infantería fascista. Pocas veces en la historia se escribió semejante página de heroísmo.

El presidente no solo fue valiente y firme en cumplir su palabra de morir defendiendo la causa del pueblo, sino que se

creció en la hora decisiva hasta límites increíbles. La presencia de ánimo, la serenidad, el dinamismo, la capacidad de mando y el heroísmo que demostró, fueron admirables. Nunca en este continente ningún presidente protagonizó tan dramática hazaña. Muchas veces el pensamiento inerme quedó abatido por la fuerza bruta.

Pero ahora puede decirse que nunca la fuerza bruta conoció semejante resistencia, realizada en el terreno militar por un hombre de ideas, cuyas armas fueron siempre la palabra y la pluma.

Salvador Allende demostró más dignidad, más honor, más valor y más heroísmo que todos los militares fascistas juntos. Su gesto de grandeza incomparable, hundió para siempre en la ignominia a Pinochet y sus cómplices.

¡Así se es revolucionario!

¡Así se es hombre!

¡Así muere un combatiente verdadero!

¡Así muere un defensor de su pueblo!

¡Así muere un luchador por el socialismo!

Las últimas palabras del compañero presidente Salvador Allende:

Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores!



*Testimonio*  
*Gráfico*



El presidente Salvador Allende en el palacio de La Moneda, junto a varios de sus colaboradores. 11 de septiembre de 1973.



Carlos Rafael Rodríguez, miembro del Buró Político del Partido Comunista de Cuba y viceprimer ministro para Asuntos Exteriores recibe a Aníbal Palma, ministro de Estado del gobierno de Allende. Aeropuerto internacional José Martí. La Habana.



Equipo de trabajo de Agencia de Noticias Prensa Latina, acreditado en Chile. La oficina fue cerrada durante el golpe militar de 1973.





Dirigentes de organizaciones de izquierda chilenas durante el acto de solidaridad con Cuba, 1971.



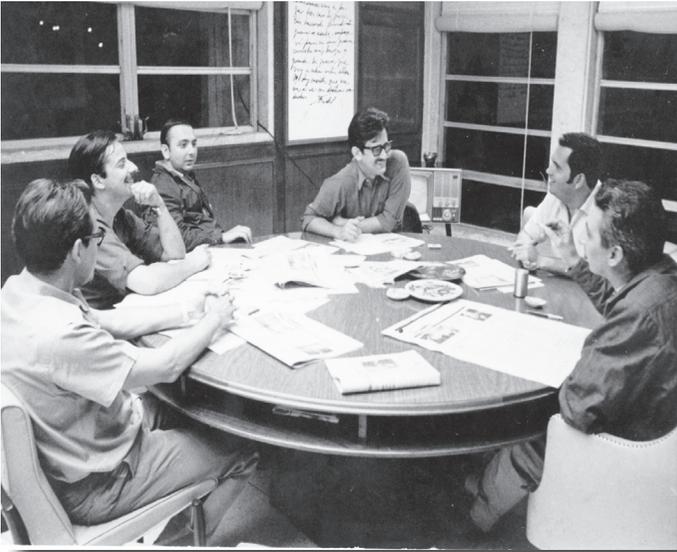
Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile (PCCH). Clausura del acto de solidaridad con Cuba. Santiago de Chile, enero de 1973.



Raúl Roa García, ministro de Relaciones Exteriores, saluda a los funcionarios cubanos en Chile. De derecha a izquierda Juan Carretero, Michael Vázquez, Nelly Cubillas y Ulises Estrada. Santiago de Chile, 1972.



Armando Hart Dávalos, miembro del Buró Político del Partido Comunista de Cuba y Juan Carretero Ibáñez conversan con Aníbal Palma, ministro de Estado del Gobierno de la Unidad Popular. La Habana, Cuba, 1972.



Dirigentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), entre ellos su secretario general, Miguel Enríquez, y el vicesecretario Pascal Allende, son recibidos en el periódico *Granma* por su director Jorge Enrique Mendoza (primero de derecha a izquierda, de espaldas.). A su lado Ramón Perdomo, subdirector, y Juan Carretero, Consejero de la embajada cubana en Chile, *Granma*, 1972.



Miguel Enríquez, murió en combate durante el golpe militar, 1973.



Visita a pobladores de una comuna en los alrededores de Santiago de Chile realizada por Mario Finale y Nancy Núñez, miembros de la delegación de la Universidad de La Habana que visitó Chile, noviembre, 1970.



Acto en el Estadio Nacional capitalino convocado por el presidente Allende. De izquierda a derecha, Carlos Rafael Rodríguez, miembro del Buró Político del PCC; Carlos Altamirano, líder del Partido Socialista de Chile y Mario García Inchaústegui, embajador de Cuba en Chile, noviembre, 1970.



Hortensia Bussi, esposa del presidente Salvador Allende junto a Nelly Cubillas, agregada comercial de la embajada de Cuba en Santiago de Chile.



Beatriz Allende, hija del presidente y cercana colaboradora en La Moneda.



Miriam Contreras, Payita, (primera a la derecha.) junto a su hija Isabel Ropert, (centro) y su hermana Mixi Contreras (izquierda) y a los niños Alejandro Fernández Allende y Celia Mariana Carretero. La Habana, diciembre, 1977.



Miriam Contreras (izquierda) y Carmen Castillo, combatiente de la resistencia y compañera de Miguel Enríquez, dirigente del MIR.



Oswaldo Dorticós Torrado, presidente de Cuba; el general de ejército Raúl Castro Ruz, ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias; Sergio del Valle, ministro del Interior, acuden al aeropuerto internacional José Martí para recibir a los cubanos y chilenos que regresan de Chile tras el golpe militar.



Luis Farias, diplomático cubano herido por los golpistas, desciende del avión junto a los demás funcionarios cubanos.



El ministro de las FAR, Raúl Castro, recibe en el aeropuerto José Martí de La Habana a cubanos y chilenos que lograron retornar a Cuba tras el golpe militar.



Osvaldo Dorticós Torrado, presidente de Cuba y Vilma Espín Guillois, presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas, reciben en la escalerilla del avión a cubanos y chilenos que llegan a Cuba tras el golpe militar que derrocó al gobierno constitucional de Salvador Allende.



Fidel Castro visita Chile y junto a su anfitrión saluda al pueblo capitalino, 1971.



Fidel y Allende cultivaron una amistad basada en sólidos principios revolucionarios.



Visita de Fidel a Chile. Palacio de La Moneda. 1971



## **Bibliografía**

ARCHIVO CHILE WEB DEL CENTRO DE ESTUDIOS: «Miguel Enríquez», CEME, [http://www.archivochile.com /archivochileceme@yahoo.com](http://www.archivochile.com/archivochileceme@yahoo.com)

Cable secreto desclasificado de la CIA para el jefe de Estación en Santiago de Chile, Hecksher, [s. a.].

CASTRO RUZ, FIDEL: Discursos, versiones taquigráficas del Consejo de Estado.

CIA: «Memorias de Richard Helms», documentos desclasificados (A Look Over my Shoulder. A life in the Central Intelligence Agency), abril, 2003.

Consejo Nacional de Seguridad: Informe secreto desclasificado para Henry Kissinger sobre negativa de colaboración financiera con Chile, 1970.

CORPORACIÓN ITT: «Covert Action», informe ante el Senado de los Estados Unidos por la Comisión Church, documentos secretos, 1975.

Declaraciones del secretario de Estado de Estados Unidos Dean Rusk al presidente Lyndon B. Johnson.

Documento confidencial firmado por Keiderling Franz filtrado por Wikileaks, abril, 2013.

Documentos desclasificados, reunión de Henry Kissinger con el director general de la Agencia Central de Inteligencia y el fiscal militar John Mitchell, en la oficina Oval 15 de septiembre, 1970.

Documentos de Salvador Allende, Centro de Estudios.

Documentos Informe Hinchey. desclasificados, Internet.

Ejecución de los estadounidenses Charles Horman y Frank Terruggi en el Estadio Nacional por la Junta Militar Chilena, 21 de octubre de 1973, en [http://www.seas.gwu.edu/ archive](http://www.seas.gwu.edu/archive) perteneciente al National Security Archive.

GOSENS ALLENDE, SALVADOR: Discurso en el Congreso, 21 de mayo, 1971.

\_\_\_\_\_ : Discurso en el Estadio Nacional, 4 de septiembre de 1971.

\_\_\_\_\_ : Intervención en las Naciones Unidas, 4 de septiembre, 1972.

Intervenciones de los presidentes de Venezuela, Nicolás Maduro; de Ecuador, Rafael Correa; de Bolivia, Evo Morales y de Nicaragua, Daniel Ortega en el 40 aniversario de la caída de Allende.

IV Cumbre de las Américas, 2005.

KERRY, JOHN: Discurso ante el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes, abril, 2013.

KISSINGER, HENRY: Memorándum Secret-Sensitive, 1970.

LABARCA, EDUARDO: Salvador Allende. Biografía sentimental, 2007.

Memorándum secreto desclasificado «Génesis del Proyecto Fubelt», 16 de septiembre de 1970.

MINCEX: Informe sobre las negociaciones comerciales con Chile, abril, 1971.

\_\_\_\_\_ : Informe sobre el comercio en Chile, marzo, 1973.

NERUDA, PABLO: *Confieso que he vivido*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2022, en <http://www.cervantesvirtual.com>  
Periodico *El Siglo*, 4 de septiembre, 1973.

Periódico *Granma*, 18 de marzo, 1972.

Periódico *Granma*, 1970-1973.

Periódico *L' Unitá*: «Declaraciones del secretario general del Partido Comunista de Chile Luis Corvalán», [http://www.archivochile.com/S\\_Allende\\_UP/html/sallende\\_doc\\_de.html](http://www.archivochile.com/S_Allende_UP/html/sallende_doc_de.html) Departamento de Estado de los Estados Unidos: «Reseña política y estrategia de Estados Unidos en caso de una victoria de Salvador Allende», entregado a la Casa Blanca, 18 de agosto, 1970.

Periódico *La Jornada*, México.

Periódico *The New York Times*, 20 de septiembre, 1974.

Proyecto Camelot, 1963 y 1964.

Radio Corporación: Avisos sobre intervención militar en el palacio de La Moneda, 1973.

Radio Magallanes: Última intervención de Allende a su pueblo, definir año con la autora

Reunión Comité 40 del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos, 27 junio de 1970.

ROJAS, ALEJANDRA: Salvador Allende. *Una época en blanco y negro*, Aguilar Chilena de Ediciones, Buenos Aires, 1998.



# Índice

Prólogo /10

Capítulo I: Preámbulo de una asunción /25

Capítulo II: Zancadillas contra la Unidad Popular /63

Capítulo III: El más allegado al presidente /65

Capítulo IV: La CIA contra Allende /105

Capítulo V: Ulises Estrada: momento preciso /115

Capítulo VI: Terrorismo contra Cuba /133

Capítulo VII: Cubanas en Santiago /149

Capítulo VIII: Precursores de la integración /157

Capítulo IX: Visita de Fidel a Chile /167

Capítulo X: Herald Edelstam, un hombre de honor /173

Anexos /189

Testimonio Gráfico / 229

Bibliografía / 244

